

EL FIN DEL FIN  
DE LA TIERRA  
JONATHAN  
FRANZEN



# **EL FIN DEL FIN DE LA TIERRA**

**JONATHAN FRANZEN**

Jonathan Franzen

EL FIN DEL FIN  
DE LA TIERRA

 narrativa  
salamandra

*El fin del fin de la Tierra*

Jonathan Franzen

ISBN edición en papel: 978-84-9838-934-0

ISBN libro electrónico: 978-84-17384-54-8

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2019

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

El autor da las gracias a Will Akers, Ernesto Barbieri, Henry Finder, Adrian Forsyth, Susan Golomb, Pilar Guzmán, Casey Lott, Etleva Pushi, Jamie Shreeve y Nell Zink por su ayuda con estos ensayos.

Título original: *The End of the End of the Earth*

Traducción del inglés de Enrique de Hériz, con excepción del ensayo «El fin del fin de la Tierra», a cargo de Patricia Antón de Vez

Ilustración de la cubierta: John James Audubon, Roseate Tern de «The Birds of America».

*Copyright © Jonathan Franzen, 2018*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2019*

Cita de *La casa de la alegría* de Edith Wharton. Traducción de Pilar Giralt Gorina, Barcelona, Alba, 2008.

Cita de «La inmensidad azul» de Robert T. Vollmann, en *Historias del arcoíris*. Traducción de José Luis Amores, Málaga, Pálido Fuego, 2013.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

*A Kathy, nuevamente,  
y en memoria de Martin Schneider-Jacoby  
y Mindy Baha El Din*

## EL ENSAYO EN TIEMPOS OSCUROS

Si un ensayo es algo *que se ensaya* —algo arriesgado, que no pretende ser definitivo ni sentar cátedra; algo aventurado a partir de la experiencia personal y la subjetividad del autor—, se diría que estamos viviendo la edad de oro del ensayismo. La fiesta a la que acudiste el viernes por la noche, el trato que te deparó una azafata, tu punto de vista sobre la atrocidad política del día: según la premisa de las redes sociales, hasta el más diminuto microrrelato subjetivo merece no sólo una mera anotación privada —por ejemplo, en un diario personal—, sino ser compartido con los demás. El presidente de Estados Unidos actúa, hoy en día, con esa misma premisa. La información pura y dura, en medios como *The New York Times*, se ha suavizado para permitir que el yo, con su voz propia, sus opiniones e impresiones, ocupe un lugar destacado en las primeras planas, y los que firman las reseñas de libros se sienten cada vez menos obligados a hablar de ellos con cierta objetividad. Antes no tenía ninguna importancia si Raskólnikov y Lily Bart caían mejor o peor, mientras que ahora el asunto de la «simpatía», que supone privilegiar implícitamente los sentimientos personales del autor de la reseña, se ha convertido en un elemento clave del juicio crítico. Y la propia ficción literaria se parece cada vez más al ensayo: algunas de las novelas más influyentes de los últimos años, firmadas por Rachel Cusk o Karl Ove Knausgård, llevan el procedimiento del testimonio personal, deliberado y en primera persona, a un nivel desconocido hasta ahora. Sus admiradores más fervientes dirán que la imaginación y la invención son artilugios superados; que habitar la subjetividad de un personaje distinto del autor es un acto de apropiación, incluso de colonialismo; que el único modo de narrar auténtico y políticamente defendible es la autobiografía.

Mientras tanto, el ensayo tradicional —el aparato formal adecuado para un examen de conciencia honesto y un compromiso continuado con las ideas, tal como lo desarrolló Montaigne y luego evolucionó en manos de Emerson, Woolf y Baldwin— está eclipsado. Las revistas de mayor tirada de Estados Unidos casi han dejado de publicar artículos puramente ensayísticos. El género persiste sobre todo en publicaciones que, en conjunto, tienen menos lectores que seguidores de Twitter Margaret Atwood. ¿Deberíamos estar de luto por la extinción del ensayo o celebrar que haya conquistado la cultura de masas?

Un microrrelato personal y subjetivo: las pocas lecciones que he aprendido sobre cómo escribir artículos ensayísticos me las dio Henry Finder, mi editor en *The New Yorker*. Acudí a Henry por primera vez en 1994, en calidad de aspirante a periodista con una necesidad urgente de dinero. En gran medida gracias a la suerte, me salió un artículo publicable sobre el servicio postal en Estados Unidos; luego, a causa de una incompetencia innata, escribí un reportaje impublicable sobre el Sierra Club. Justo entonces Henry sugirió que yo podía tener alguna aptitud como ensayista. «Porque resulta obvio que como periodista eres una calamidad», me pareció que hubiera querido agregar, de modo que negué tener dicha aptitud. Me había criado con ese horror, típico del Medio Oeste americano, a hablar demasiado de mí mismo, y tenía un prejuicio adicional, derivado de ciertas nociones erróneas sobre la escritura de novelas, en virtud del cual siempre era más provechoso mostrar las cosas que limitarse a describirlas. Sin embargo, como aún necesitaba dinero, seguí llamando a Henry para que me encargara reseñas de libros. En una de esas llamadas me preguntó si tenía algún interés en la industria del tabaco, tema central de un reciente estudio histórico de Richard Kluger. «Si hay algo en este mundo en lo que no quiero pensar es en cigarrillos», le contesté de inmediato, a lo que Henry, aún más inmediatamente, replicó: «Por lo tanto, debes escribir sobre eso.»

Fue la primera lección que me dio, y sigue siendo la más importante. Yo había fumado entre los veinte y los treinta, pero después había conseguido dejarlo durante dos años. Sin embargo, cuando me encargaron el artículo sobre el servicio postal, aterrorizado ante la idea de levantar el teléfono y presentarme como periodista del *New Yorker*, había empezado a fumar de



nuevo. Desde entonces habían transcurrido algunos años a lo largo de los cuales había logrado formarme una imagen de mí mismo como un no fumador, o al menos como alguien tan firmemente decidido a dejarlo de nuevo que prácticamente ya podía considerarse ex fumador aunque siguiera fumando. Vivía en un estado mental equivalente a una función de onda cuántica que me permitía ser totalmente fumador y totalmente no fumador al mismo tiempo, siempre y cuando no me viera obligado a medirme con la realidad. Y enseguida me di cuenta de que escribir sobre el tabaco me obligaría a medirme: es lo que pasa con los ensayos.

También estaba el problema de mi madre: mi abuelo había muerto de cáncer de pulmón y ella era una auténtica militante en contra del tabaco. Yo le había escondido mi hábito durante más de quince años y una de las razones por las que necesitaba conservar mi indeterminación entre ser y no ser fumador era que no me gustaba nada mentirle. En cuanto consiguiera dejarlo de nuevo, y ya para siempre, la función de onda colapsaría y yo sería, al cien por cien, el no fumador que siempre había sido para mí mismo. Eso, claro está, si no me delataba antes por escrito como fumador.

Henry era un joven prodigio de poco más de veinte años cuando Tina Brown lo contrató para *The New Yorker*. Hablaba de una manera curiosa, como si sintiera una permanente opresión en el pecho: su voz era una especie de murmullo superarticulado, una prosa singularmente bien corregida pero apenas legible. A mí me asombraban su inteligencia y su erudición, y desde el principio me dominó el miedo a decepcionarle. El apasionado énfasis que puso en la frase «Por lo tanto, debes escribir sobre eso» (para mí, era la única persona capaz de pronunciar airoosamente una frase que combinaba el enfático «por lo tanto» y el imperioso «debes») me permitió alentar la esperanza de que había dejado alguna huella en su conciencia, aunque fuera muy discreta.

Así que me puse a trabajar en ese artículo, quemando cada día media docena de cigarrillos bajos en nicotina y empleando un ventilador para expulsar el humo por la ventana de la sala de estar, y entregué el único texto de todos los que escribí para Henry que no requirió correcciones por su parte. No recuerdo cómo cayó en manos de mi madre, ni cómo me hizo saber que se sentía profundamente traicionada, si lo hizo por carta o me llamó por teléfono, pero sí que pasó seis semanas sin ponerse en contacto conmigo... con mucho, el lapso más largo que ha pasado sin comunicarse. Y cuando al

fin lo superó y empezó a enviarme cartas de nuevo, me sentí expuesto ante ella de un modo que no había experimentado hasta entonces, como si ella pudiera ver quién era yo de verdad. No era tan sólo que mi «verdadero» yo hubiera permanecido oculto hasta entonces; era, más bien, como si jamás hubiera habido un yo que mostrar.

En *O lo uno o lo otro*, Kierkegaard se burla del «hombre atareado» para quien las ocupaciones son una forma de evitar un examen de conciencia sincero. Puede que te despiertes a media noche y descubras que te sientes solo pese a estar casado, o que sientas la necesidad de reflexionar sobre lo que tu nivel de consumo supone para el planeta, pero al día siguiente tienes un millón de asuntos pendientes y al siguiente otro millón: mientras la lista de cosas que hacer sea infinita no tendrás que detenerte a encarar los asuntos verdaderamente importantes. Escribir o leer un ensayo no es la única manera de parar a preguntarte quién eres en realidad y qué puede significar tu vida, pero es una buena manera. Y si tenemos en cuenta lo ridículamente poco ajetreado que era el Copenhague de Kierkegaard comparado con nuestro tiempo, esos tuits tan subjetivos y esos blogs escritos a toda prisa no parecen ya tan ensayísticos. Más bien tienen visos de ser una forma de evitar aquello a lo que nos obligaría un ensayo de verdad. Nos pasamos el día leyendo en las pantallas sobre asuntos que ni se nos ocurriría leer en un libro impreso y luego refunfuñamos por lo ocupados que estamos.

Dejé de fumar por segunda vez en 1997 y de nuevo en 2002, por última vez. Y después en 2003 por última vez de verdad, si no se tiene en cuenta la nicotina sin humo que circula por mi torrente sanguíneo mientras redacto esto. El intento de escribir un ensayo sincero no anula la multiplicidad de mis identidades: sigo siendo, al mismo tiempo, un adicto (por culpa del cerebro reptiliano), alguien que se preocupa por su salud, un eterno adolescente y un depresivo tendente a la automedicación. Lo que cambia, si me tomo el tiempo necesario para detenerme y examinarme, es que esa multiplicidad de identidades adquiere *sustancia*.

Uno de los misterios de la literatura es que la sustancia personal, tal como la perciben tanto el escritor como el lector, se ubica fuera del cuerpo de ambos, en una página. ¿Cómo es posible que me sienta más auténticamente yo mismo en algo que estoy escribiendo que dentro de mi propio cuerpo?

¿Cómo es posible que me sienta más cerca de otra persona al leer sus palabras que cuando estoy a su lado? La respuesta es, en parte, que tanto escribir como leer exigen toda nuestra atención. Pero sin duda también tiene que ver con una manera de *ordenar* que sólo es posible en la página.

Aquí podría mencionar otras dos lecciones que aprendí de Henry Finder. Una era que «Todo ensayo, incluso si trata exclusivamente de ideas, cuenta una historia»; la segunda, que «Sólo hay dos maneras de organizar el material: “Lo que se parece va junto” y “Esto es consecuencia de aquello”». Puede que ambos preceptos parezcan perogrulladas, pero cualquiera que haya corregido trabajos de instituto, o incluso universitarios, podrá confirmar que no lo son. Para mí, la noción de que un ensayo de ideas debería seguir las normas de una obra dramática resultaba especialmente oscura, pero ¿no es verdad que un buen razonamiento suele empezar planteando un problema difícil y proponiendo alguna solución atrevida a la que luego pondrá obstáculos en forma de objeciones y contraargumentos hasta llevarnos finalmente, a través de una serie de reveses, a una conclusión imprevista pero satisfactoria?

Si aceptan la premisa de Henry, según la cual toda obra en prosa que se precie consiste en un material ordenado en forma de historia, y si comparten mi convicción de que nuestras identidades se componen de las historias que nos contamos sobre nosotros mismos, les parecerá razonable que se obtenga una elevada dosis de sustancia personal en el trabajo de escribir y en el placer de leer. Cuando estoy solo en el bosque, o cenando con un amigo, me abrumba la cantidad de datos sensoriales que recibo aleatoriamente; por el contrario, el acto de escribir nos despoja de casi todo, dejándonos tan sólo con el alfabeto y los signos de puntuación, y avanza luego hacia un territorio en el que no manda el azar. A veces, al ordenar los elementos de una anécdota familiar, descubrimos que no tiene el significado que le habíamos atribuido. A veces, sobre todo al argumentar algo («Esto pasó *por* aquello») se hace necesario un relato completamente nuevo. La disciplina de dar forma a una historia interesante puede cristalizar pensamientos y sentimientos que sólo presentíamos de forma vaga en nuestro interior.

Si nos enfrentamos a un material que aparentemente se resiste a adoptar la forma de una historia, Henry diría que nos queda la opción de ordenarlo por categorías, agrupando los elementos similares: «Lo que se parece va junto»:

ésta es, al menos, una manera pulcra de escribir; pero también se pueden convertir los patrones en historias. Para encontrarle un sentido a la victoria de Donald Trump en unas elecciones que todo el mundo daba por hecho que perdería, resulta tentador construir una historia a partir del principio «Esto es consecuencia de aquello»: Hillary Clinton no tuvo cuidado con sus correos electrónicos, el Departamento de Justicia decidió no procesarla, entonces salieron a la luz los correos de Anthony Weiner, James Comey informó al Congreso de que era posible que Clinton siguiera estando en apuros y Trump ganó las elecciones. Pero, de hecho, podría ser más provechoso agrupar todo lo que se parece: la victoria de Trump fue como el voto del Brexit y como el resurgimiento del nacionalismo europeo contrario a la inmigración. El manejo del correo electrónico por parte de Clinton, extraordinariamente torpe, fue como toda su campaña, pobre en mensajes, y como su decisión de no hacer una campaña más fuerte en Michigan y Pensilvania.

El día de las elecciones yo estaba en Ghana, observando aves con mi hermano y dos amigos. El informe de James Comey al Congreso había sacudido la campaña antes de mi partida a África, pero las encuestas del reputado sitio web de Nate Silver, *FiveThirtyEight*, seguían concediendo a Trump apenas un treinta por ciento de posibilidades de ganar. Al llegar a Accra, después de votar a Clinton por correo, las elecciones me preocupaban más bien poco, y me felicité por haber tomado la decisión de pasar la última semana de la campaña sin entrar diez veces al día en *FiveThirtyEight*.

En Ghana me entregaba a una compulsión de otro tipo. Para mi vergüenza, soy uno de esos a los que los aficionados a la ornitología se refieren como «los de las listas». No es que no me encanten los pájaros en sí mismos: salgo a observarlos para disfrutar de su belleza y su diversidad, aprender más sobre su comportamiento y sobre los ecosistemas a los que pertenecen y dar caminatas largas y atentas por lugares nuevos. Pero también hago un montón de listas. No sólo llevo la cuenta de las especies de pájaros que he avistado en todo el mundo, sino también la de cuáles he visto en cada país y en cada uno de los estados de la Unión Americana en los que me he dedicado a observarlos, e incluso en lugares más pequeños, como mi propio jardín, contabilizados por años naturales desde 2003. Puedo explicarme este hábito de contar de forma compulsiva como un goce añadido a mi pasión por

las aves, pero lo cierto es que soy compulsivo, lo que me convierte en un ser moralmente inferior ante quienes se dedican a contemplar pájaros exclusivamente por placer.

Resulta que ir a Ghana me daba la oportunidad de superar el récord de 1.286 especies que había establecido el año anterior. En 2016 ya llevaba más de ochocientas y sabía, por mi investigación en internet, que en viajes similares al nuestro se habían detectado cerca de quinientas especies, de las cuales apenas un puñado eran comunes en Estados Unidos. Si conseguía avistar 460 ejemplares de especies distintas en África y luego aprovechaba la escala de siete horas en Londres para sumar 20 pájaros europeos fácilmente localizables en un parque cerca de Heathrow, 2016 sería mi mejor año.

Estábamos observando cosas magníficas en Ghana: turacos espectaculares y abejarucos que sólo habitan en África Oriental, pero los pocos bosques que quedan en el país están sometidos a la presión de la caza y la tala de árboles, de modo que nuestras caminatas resultaban más sofocantes que productivas. La víspera del día de las elecciones se nos había escapado ya la única oportunidad de avistar algunas de las especies que yo andaba buscando. A primera hora de la mañana siguiente, cuando todavía estaban abiertas las urnas en los estados de la costa oeste, encendí el móvil sólo por el placer de confirmar que Clinton estaba ganando las elecciones. En lugar de eso, me encontré con los afligidos mensajes de mis amigos de California, acompañados de fotos en las que se los veía mirando la tele con rostro taciturno y a mi novia acurrucada en un sofá en posición fetal. En ese momento, el titular del *Times* era «Trump se adjudica Carolina del Norte y acelera; el camino de Clinton hacia la victoria, cada vez más estrecho».

Yo no podía hacer nada más que salir a observar pájaros. En una pista que cruzaba el bosque Nsuta, esquivando camiones de leña cuya aceleración me hacía pensar en Trump, pero aferrándome a la idea de que Clinton aún tenía una vereda hacia la victoria, vi algunos ejemplares de Toco Negro Occidental, un Baza Africano y un Pito Lúgubre.<sup>1</sup> Fue una mañana sudorosa, pero satisfactoria, que terminó cuando emergimos de nuevo en una zona con cobertura con la noticia de que ese «hombre vulgar de dedos cortos» (descripción memorable de la revista *Spy*) era el nuevo presidente de mi país. En ese momento entendí lo que había hecho mentalmente con el dato del treinta por ciento de probabilidades que Nate Silver otorgaba a Trump: de

algún modo había interpretado ese dato en el sentido de que, a partir del día de las elecciones, el mundo podía llegar a hundirse en la mierda, en el peor de los casos, un treinta por ciento más, cuando lo que aquella cifra representaba en realidad era, desde luego, una probabilidad del treinta por ciento de que el mundo se hundiera un cien por cien en la mierda.

A medida que íbamos subiendo hacia el norte de Ghana, más seco y deshabitado, nos cruzamos con algunos pájaros con cuyo avistamiento llevaba tiempo soñando: Chorlitos Egipcios, Abejarucos Carmesíes y un Chotacabras Portaestandarte macho con unas plumas timoneras tan llamativas en la cola que parecía un halcón perseguido de cerca por dos murciélagos. Sin embargo, cada vez estábamos más lejos del ritmo que yo necesitaba para mi marca anual. Se me ocurrió, demasiado tarde, que las listas que había visto en internet debían de haber incluido algunas especies sin verlas, sólo de oídas, mientras que yo necesitaba ver un pájaro para sumarlo a mi recuento: esas listas habían alimentado mis esperanzas del mismo modo que Nate Silver. Cada vez que se me escapaba alguna de las especies que me había puesto como objetivo, aumentaba la presión de avistar todas las que me faltaban, incluso las más locamente improbables, si de verdad quería batir el récord. Por supuesto, aquella estúpida lista no tenía importancia ni siquiera para mí, pero me perseguía el titular del *Times*: en vez de 275 votos de delegados yo necesitaba 460 especies, y mi camino hacia la victoria se estaba volviendo igualmente estrecho. Al final, a cuatro días de terminarse el viaje, en el aliviadero de un embalse cerca de la frontera con Burkina Faso donde, pese a haber alentado la esperanza de sumar media docena de nuevos pájaros de pradera, no había conseguido avistar ninguno, tuve que aceptar la realidad de la derrota. De pronto me di cuenta de que tendría que haber estado en casa, consolando a mi novia por las elecciones y poniendo en práctica la única ventaja de ser un pesimista depresivo, que es la propensión a reír en tiempos oscuros.

¿Cómo había llegado a la Casa Blanca el hombre vulgar de dedos cortos? Cuando Hillary Clinton volvió a hablar en público, utilizó un relato del tipo «Esto es consecuencia de aquello» para dar credibilidad a una descripción de su carácter en términos de «Lo que se parece va junto». Daba lo mismo que hubiera manejado con negligencia sus correos electrónicos y que hubiera

pronunciado las palabras «Cesta de los deplorables». Daba lo mismo que sus votantes hubieran podido tener quejas legítimas contra la élite liberal que ella representaba; que no acabaran de apreciar la racionalidad del libre comercio, las fronteras abiertas y la automatización de las fábricas cuando el aumento de la riqueza global se obtenía a costa de las clases medias; que tal vez les molestara la imposición federal de valores progresistas urbanos en comunidades rurales conservadoras. Según Clinton, el culpable de su derrota era James Comey... y tal vez los rusos.

Lo cierto es que yo tenía mi propio relato del asunto. Cuando regresé de África a Santa Cruz, mis amigos progresistas seguían devanándose los sesos para entender cómo podía haber ganado Trump, pero yo guardaba en la memoria un acto público en el que participé con Clay Shirky, un especialista en redes sociales conocido por su optimismo que había contado al público presente lo afectados que se habían sentido los críticos de gastronomía profesionales de Nueva York cuando Zagat, un proyecto microfinanciado de crítica culinaria, escogió el Union Square Cafe como mejor restaurante de la ciudad. Shirky opinaba que los críticos gastronómicos no son tan listos como creen; que, en realidad, en los tiempos de los *big data*, los críticos ya ni siquiera son necesarios. En aquel acto, sin importar que el Union Square Cafe fuera mi restaurante favorito de Nueva York (¡la masa tenía razón!), me había preguntado con amargura si Shirky creía que los críticos eran también estúpidos al considerar que Alice Munro escribía mejor que James Patterson. Pero ahora resultaba que la victoria de Trump también reivindicaba la burla que Shirky había dedicado a los expertos: las redes sociales habían permitido a Trump saltarse el *establishment* crítico, y a una cantidad concreta de miembros de la masa, justo en aquellos estados cuyo voto determina el equilibrio electoral, su comedia vulgar y su discurso incendiario les había parecido «mejor» que los argumentos matizados de Clinton y su dominio de la política. «Esto es consecuencia de aquello»: sin Twitter y Facebook no habría Trump.

Después de las elecciones, Mark Zuckerberg pareció aceptar (brevemente y de una manera indirecta) la responsabilidad de haber creado la plataforma perfecta para transmitir noticias falsas sobre Clinton, al sugerir que Facebook podría adoptar en el futuro una posición más activa a la hora de filtrar noticias (deseémosle buena suerte en esa tarea). Los responsables de Twitter,

por su parte, mantuvieron la cabeza gacha: ¿qué iban a decir, si Trump continuaba tuiteando sin cesar? ¿Que aquello convertía el mundo en un lugar mejor?

En diciembre, mi emisora de radio favorita de Santa Cruz, la KPIG, empezó a emitir un anuncio falso que ofrecía servicios de asesoría a los adictos a tuits y entradas de Facebook contrarias a Trump. Al mes siguiente, una semana antes de la investidura presidencial, el PEN American Center organizó actos por todo el país para mostrar su repulsa al ataque a la libertad de expresión que, en su opinión, Trump representaba. Pese a que las restricciones migratorias de su gobierno hicieron más difícil para los escritores de países musulmanes hacerse oír en Estados Unidos, si hay algo malo que *no* podía decirse de Trump en enero era que hubiese recortado en modo alguno la libertad de expresión. Sus tuits, mentirosos y bravucones, eran la mismísima libertad de expresión cargada de esteroides. El propio PEN, unos años antes, había concedido a Twitter un premio a la libertad de expresión por su papel en la Primavera Árabe, un papel que la propia red social se había encargado de publicitar. El verdadero resultado de la Primavera Árabe era el atrincheramiento de la autocracia, y Twitter se había revelado desde entonces, en manos de Trump, como la plataforma perfecta para los autócratas. Pero las paradojas no terminaban ahí: durante la misma semana de enero, los escritores y las librerías progresistas de Estados Unidos propusieron un boicot a la editorial Simon & Schuster por el «crimen» de pretender publicar un libro de Milo Yiannopoulos, el famoso y lúgubre provocador de derechas. Los libreros más indignados hablaban de rechazar las entregas de *todos* los paquetes de S&S, que presumiblemente incluían libros de Andrew Solomon, presidente del PEN. El debate no cesó hasta que S&S rescindió su contrato con Yiannopoulos.

A Trump y a sus seguidores de la derecha alternativa les encanta buscar las cosquillas a lo políticamente correcto, pero esto tan sólo funciona porque las cosquillas están efectivamente ahí: estudiantes y activistas que reclaman el derecho de no oír aquello que les molesta, y de gritar para acallar las ideas que les ofenden. La intolerancia florece de modo especial en internet, donde cualquier discurso moderado recibe el castigo de que nadie haga clic en él, donde los algoritmos invisibles de Facebook y Google te dirigen hacia contenidos con los que estás de acuerdo y las voces disconformes guardan



silencio por miedo al acoso, el troleo y la pérdida de amistades. El resultado es un fortín en el que, más allá del lado en que te encuentres, te sientes en plena posesión del derecho a odiar aquello que odias. Y así llegamos a otro modo en que el ensayo se distingue de ciertos tipos de discurso subjetivo que sólo se le parecen superficialmente. El ensayo hunde sus raíces en la literatura, y la literatura, en sus mejores expresiones (la obra de Alice Munro, por ejemplo), nos invita a preguntarnos si nos habremos equivocado en algo, o quizá incluso en todo, y a imaginar a qué podría deberse que otra persona nos odie.

Hace tres años yo estaba en plena indignación por el cambio climático. El Partido Republicano seguía mintiendo acerca de la falta de consenso científico sobre el clima (el Departamento de Protección Medioambiental de Florida había llegado al extremo de prohibir a sus empleados usar las palabras «cambio climático» por escrito después de que el gobernador del estado, un republicano, insistiera en que no se trataba de un «hecho cierto»), pero la izquierda no me producía menos rabia. Había leído un libro nuevo de Naomi Klein, *Esto lo cambia todo*, en el que la autora aseguraba a sus lectores que, si bien quedaba «muy poco tiempo», todavía disponíamos de diez años para reformar radicalmente la economía global e impedir que la temperatura siguiera aumentando hasta alcanzar alrededor de dos grados Celsius más para finales de este siglo. El optimismo de Klein resultaba conmovedor, pero no era sino otra clase de negacionismo. Incluso antes de la elección de Donald Trump, no existía evidencia alguna de que la humanidad sea capaz —política, psicológica, ética, económicamente— de reducir las emisiones de carbono con la rapidez suficiente para cambiarlo todo. Incluso a la Unión Europea, que desde muy pronto había tomado el testigo en asuntos climáticos y era propensa a sermonear a otras regiones a propósito de su irresponsabilidad, le bastó con una recesión en 2009 para desplazar el foco hacia el crecimiento económico. Si no se produce una revuelta mundial contra el capitalismo de libre mercado en los próximos diez años —hipótesis que, según Klein, aún podría salvarnos— el aumento de temperatura más probable para el final de este siglo es del orden de los seis grados. Suerte tendremos si somos capaces de evitar el incremento de dos grados antes de 2030.

Con un horizonte político cada vez más claramente polarizado, la verdad sobre el calentamiento global resultaba aún más incómoda para la izquierda que para la derecha. Las negaciones de la derecha eran mentiras odiosas, pero al menos eran coherentes con cierto realismo político implacable. La izquierda, tras vituperar a la derecha por su deshonestidad intelectual y convertir el negacionismo climático en un escándalo político, se encontraba en una posición imposible: tenía que insistir en la certeza de la ciencia al tiempo que persistía en la ficción de que una acción colectiva mundial podía salvarnos de lo peor, de que la aceptación universal de los hechos, que tal vez hubiera podido cambiarlo todo en 1995, aún podía cambiarlo todo. De lo contrario, ¿qué más daba que los republicanos pusieran objeciones a la ciencia?

Como yo simpatizaba más con la izquierda —reducir las emisiones de carbono es mucho mejor que no hacer nada: cada grado cuenta—, también le ponía el listón más alto. Negar la lóbrega realidad, pretender que el Tratado de París podía impedir la catástrofe, era comprensible como táctica para mantener a la gente motivada a la hora de reducir emisiones; para mantener viva la esperanza. Como estrategia, sin embargo, hacía más mal que bien: renunciaba a la exigencia ética, ofendía la inteligencia de los electores indecisos («¿De verdad todavía tenemos diez años?») e impedía una discusión franca sobre cómo debería prepararse la comunidad global para los cambios drásticos o sobre la necesidad de compensar a naciones como Bangladés por lo que otras naciones como Estados Unidos les han hecho.

La deshonestidad también alteró las prioridades. Durante los veinte años anteriores, el movimiento medioambiental se había vuelto cautivo de un único asunto. En parte por una alarma auténtica, en parte también porque poner en un primer plano los problemas de las personas tenía menos riesgos políticos —era menos elitista— que hablar de la naturaleza, las grandes ONG ecologistas habían invertido todo su capital político en la lucha contra el cambio climático, un problema con rostro humano. Como amante de los pájaros, la ONG que me indignaba particularmente era la National Audubon Society, antaño defensora irredenta de las aves y ahora convertida en una institución letárgica con un inmenso departamento de relaciones públicas. En septiembre de 2014, éste había anunciado al mundo con grandes aspavientos que el cambio climático era la principal amenaza para las aves de América

del Norte. El anuncio era deshonesto tanto en un sentido estricto, puesto que su formulación divergía de las conclusiones de los científicos de la propia organización, como en un sentido amplio, dado que era imposible atribuir directamente a las emisiones humanas de carbono la muerte de un solo pájaro. En 2014, los mayores peligros para las aves de Estados Unidos eran la pérdida de su hábitat y los gatos silvestres. Al invocar la expresión de moda, «cambio climático», la Audubon obtuvo mucha atención por parte de los medios progresistas: se había logrado sumar un punto más contra los negacionistas de la derecha. Pero no estaba claro que esto ayudara de algún modo a las aves. La única consecuencia práctica del anuncio de la Audubon, según me pareció, fue desalentar el combate frente a las verdaderas amenazas que se cernían sobre los pájaros en aquel momento.

Estaba tan indignado que decidí que lo mejor sería escribir un artículo. Arranqué con una jeremiada contra la National Audubon Society y la fui ampliando hasta convertirla en una denuncia llena de desdén por el movimiento ecologista en general. A partir de entonces empecé a despertarme en plena noche acosado por los remordimientos y las dudas. Para un escritor, un artículo ensayístico es un espejo, y a mí no me gustaba lo que estaba viendo en aquél. ¿Por qué me dedicaba a vituperar a mis amigos de izquierdas, si los negacionistas eran mucho peores? La perspectiva del cambio climático me resultaba tan nauseabunda a mí como a los grupos a los que atacaba. Con cada grado adicional de calentamiento global, cientos de millones de personas más sufrirían en todo el mundo, ¿acaso no tenía sentido hacer un esfuerzo supremo para conseguir una reducción aunque sólo fuera de medio grado? ¿No era obsceno ponerse a hablar de pájaros cuando los niños de Bangladés estaban en peligro? Sí, la premisa de mi artículo era que nuestra responsabilidad ética se extiende a otras especies tanto como a la nuestra, pero... ¿y si esa premisa era falsa? E incluso si era cierta, ¿de verdad me importaba tanto, personalmente, la biodiversidad o sólo era un blanco privilegiado al que le encantaba salir a observar pájaros? Además, mi pasión por los pájaros ni siquiera era pura: ¡soy de los que hacen listas!

Tras poner en duda mis motivos y mi personalidad durante tres noches, llamé a Henry Finder y le dije que no podía escribir aquel artículo. Había soltado un montón de sermones sobre el clima a mis amigos y a algunos

conservacionistas que pensaban como yo, pero eran arengas como las que suelen soltarse en internet, donde te sientes protegido por la naturaleza improvisada de la escritura y sabes que cuentas con la complicidad de tu público. Intentar escribir algo con cara y ojos, un ensayo, me había hecho tomar consciencia de la chapucería de mi pensamiento: el riesgo de pasar vergüenza era enorme porque no se trataba de un escrito improvisado y se dirigía a un público en el que predominarían los desconocidos, muchos de ellos en desacuerdo con mis planteamientos. Siguiendo la advertencia de Henry («Por lo tanto...»), me había acostumbrado a pensar en el articulista como un bombero cuyo trabajo consiste en correr directamente hacia las llamas de la vergüenza cuando todo el mundo huye de ellas a la carrera. Sin embargo, en esta ocasión me enfrentaba a algo mucho más temible que el disgusto de mi madre.

Podría haber abandonado definitivamente el proyecto del artículo si no llega a ser porque en un momento dado había hecho clic en un botón de la web de la Audubon Society para confirmar que quería sumarme a sus esfuerzos por luchar contra el cambio climático. Mi única intención había sido recoger munición retórica que pudiera usar contra la propia organización, pero tras aquel clic había recibido una avalancha de peticiones de dinero por correo postal (llegaron al menos ocho en seis semanas) y otra similar en mi bandeja de entrada del correo electrónico. A los pocos días de hablar con Henry abrí uno de esos mensajes y me encontré ante una foto mía —una imagen halagadora, por suerte— tomada en 2010 para la revista *Vogue*, que me había vestido mejor de lo que suelo vestirme y me había hecho posar con mis binoculares en pleno campo, como si estuviera observando pájaros. El encabezamiento del correo decía algo así como «Únase al escritor Jonathan Franzen para apoyar a la Audubon Society». Era cierto que, algunos años antes, en una entrevista para la revista de la organización la había alabado cortésmente —o al menos a su revista—, pero nadie me había pedido permiso para usar mi nombre y mi imagen con la intención de pedir dinero. Ni siquiera tenía del todo claro que ese mensaje de correo electrónico fuera legal.

Un estímulo más benévolo para retomar el artículo provino de Henry. Hasta donde sé, le importan un comino los pájaros, pero daba la impresión de que había visto algo en mi argumento de que la preocupación por las

catástrofes del futuro nos resta aliento para enfrentarnos a los problemas medioambientales que tienen solución aquí y ahora. En un correo electrónico me sugirió que abandonara el tono de desdén profético y, en otro, añadió: «Paradójicamente, tu artículo resultará más persuasivo si es más ambivalente, menos polémico. Si en vez de atacar a los que pretenden que prestemos atención al cambio climático y a la reducción de emisiones, te concentras en las consecuencias de ignorar lo que el discurso predominante relega a los márgenes.» Correo tras correo, revisión tras revisión, Henry me fue empujando para que planteara el ensayo no como una denuncia, sino como una pregunta: ¿cómo encontrar sentido a nuestras acciones cuando parece que el mundo llega a su fin? Buena parte del último borrador hablaba de un par de proyectos bien pensados de conservación regional en Perú y Costa Rica que de verdad contribuyen a convertir el mundo en un lugar mejor, no sólo para plantas y animales silvestres, sino también para los peruanos y costarricenses que viven allí. Trabajar en esos proyectos es significativo desde el punto de vista personal y aporta beneficios inmediatos y tangibles.

Al escribir sobre estos dos proyectos, esperaba que una o dos de las grandes fundaciones benéficas, de las que gastan decenas de millones de dólares en desarrollar el biodiésel o en instalar parques eólicos en Eritrea, leyeran el artículo y se plantearan la posibilidad de invertir en proyectos que ofrecen resultados tangibles. En vez de eso, lo que obtuve fue un ataque con misiles desde el fortín progresista. Yo no estoy en redes sociales, pero mis amigos me informaban de que allí me dedicaban toda clase de epítetos, incluidos los de «cabeza de chorlito» y «negacionista del cambio climático». Algunos fragmentos de mi artículo, reducidos al tamaño de los tuits y retuiteados fuera de contexto, daban la sensación de que yo había propuesto *abandonar* los esfuerzos por reducir las emisiones de carbono, tal como propone el Partido Republicano, lo cual, por culpa de la lógica polarizante del discurso en internet, me convertía en negacionista. En realidad, acepto hasta tal punto lo que la ciencia dice sobre el clima que ni siquiera pierdo tiempo en alimentar esperanza alguna para los casquetes polares. Lo único que yo negaba era que una élite de mentes bienintencionadas, reuniéndose en buenos hoteles por todo el mundo, pudiera impedir el deshielo: ése era mi delito contra la ortodoxia. El asunto del clima ha bloqueado de tal modo la imaginación progresista que cualquier intento de cambiar la conversación —

así sea para hablar de la extinción épica que los humanos ya estamos provocando sin la ayuda del cambio climático— se convierte en una ofensa contra la religión.

Sentí cierta compasión por los profesionales del cambio climático que criticaron mi artículo. Se habían pasado décadas intentando hacer sonar la alarma en Estados Unidos y por fin tenían al presidente Obama de su lado: tenían el Tratado de París. Era un momento inoportuno para señalar que el drástico calentamiento global ya es un hecho y no parece probable que la humanidad vaya a dejar un solo fragmento de carbón en las minas, habida cuenta de que no hay ni un solo país en todo el mundo, ni siquiera ahora, que se haya comprometido a ello. También entendí el monumental enfado de la industria de las energías alternativas, que es un negocio como cualquier otro. Si se concede que los proyectos de energía renovable forman parte de una estrategia de moderación incapaz de revertir el daño que las emisiones de carbono del pasado seguirán causando durante siglos, se abre la puerta a otras preguntas que afectan a ese negocio. Por ejemplo: ¿de verdad necesitamos tantos molinos de viento? ¿Era necesario ubicarlos en áreas ecológicamente sensibles? Y los parques solares del desierto del Mojave... ¿no tendría más sentido cubrir la ciudad de Los Ángeles con paneles solares y salvaguardar los espacios abiertos? ¿No estábamos destruyendo en cierta medida la naturaleza con la intención de salvarla? Creo que el que me llamó «cabeza de chorlito» tenía un blog sobre asuntos industriales.

Por lo que concierne a la Audubon Society, aquel correo en el que habían pedido donaciones en mi nombre tendría que haberme puesto sobre aviso de la personalidad de sus gestores. Aun así, me sorprendió su respuesta al artículo, que consistió en un ataque *ad hominem contra* la misma persona de cuyo nombre e imagen se habían apropiado tan alegremente dos meses antes. En mi texto había dado algún que otro palo a la Audubon, es cierto: quería que se dejaran de tonterías, que dejaran de hablar sobre lo que podía suceder dentro de cincuenta años y defendieran con más decisión los pájaros que tanto ellos como yo amamos. Por lo que parece, sin embargo, la Audubon Society sólo había reconocido la amenaza de una posible disminución de sus miembros y de los correspondientes esfuerzos recaudatorios, y en consecuencia había tenido que atacarme de manera personal. Me han contado que el presidente de la Audubon en persona había disparado cuatro andanadas

contra mí: a eso se dedican ahora los presidentes.

Y funcionó: sin leer esas andanadas —tan sólo por saber que otros las estaban leyendo—, pasé vergüenza. Me sentí igual que cuando era un estudiante de secundaria marginado por la masa y objeto de insultos que no debían doler, pero dolían. Deseé haber prestado más atención a mis pánicos nocturnos y haberme guardado mis opiniones. En un estado de relativa ansiedad, llamé a Henry y le eché encima todo mi bochorno, todo mi resentimiento. Contestó, de aquella manera suya apenas legible, que las respuestas online venían a ser como la predicción meteorológica del día: «En la opinión pública —dijo—, hay cosas que equivalen al tiempo y otras que equivalen al clima. Tú pretendes cambiar el clima, y para eso se tarda mucho.»

Tanto si me lo creía como si no, daba lo mismo: tuve bastante con sentir que una persona, Henry, no me odiaba. Me consolé con la idea de que, si bien el clima es demasiado extenso y caótico para que lo cambie una sola persona, para un individuo basta con ser capaz de incidir en la vida de una pequeña aldea afligida, de una sola víctima de la injusticia global, de un pájaro, de un lector. Cuando la llamarada digital se apagó, personas que se dedican a la conservación del medio ambiente empezaron a contactar conmigo en privado para decirme que compartían mis frustraciones aunque no pudieran permitirse expresarlas en público. Me llegaron tan sólo unos cuantos mensajes, pero mucha gente debe de haber pensado lo mismo. Y el caso es que cada uno de los que me dieron su apoyo despertó en mí el mismo sentimiento: he escrito el artículo para ti.

En cambio ahora, al cabo de dos años y medio, mientras las plataformas de hielo se desprenden y el presidente tuitero nos saca del Tratado de París, ya no estoy tan seguro. Ahora puedo reconocer que no escribí aquel artículo sólo para animar a unos pocos conservacionistas y derivar hacia mejores causas unos cuantos dólares de la beneficencia. La verdad es que quería cambiar el clima. Sigo queriéndolo. Comparto con aquellos a quienes criticaba en mi artículo el reconocimiento de que el calentamiento global es *el* asunto de nuestro tiempo, tal vez el mayor asunto de toda la historia de la humanidad. En este momento nos encontramos todos en la misma situación que los indígenas de América cuando vieron llegar a los europeos con sus

armas y su viruela: nuestro mundo se enfrenta, de manera imprevista, a un cambio enorme que, en su mayor parte, será a peor. No tengo ninguna esperanza en que podamos impedir el cambio que está por llegar; confío, eso sí, en que seamos capaces de aceptar esa realidad a tiempo a fin de prepararnos humanamente para lo que viene, y en que enfrentarnos a ese futuro con honestidad, por doloroso que resulte, es mejor que negarlo.

Si escribiera aquel artículo a día de hoy, quizá diría todo esto. En tanto espejo, el ensayo, tal como se publicó, refleja a un amante de los pájaros marginal y airado que se cree más listo que las multitudes. Tal vez yo sea ese personaje, pero no me representa de manera completa, algo que sin duda se habría podido reconocer en un artículo mejor. En un artículo mejor podría haber dedicado a la Audubon Society la regañina que merecía, pero habría encontrado el modo de hacer más evidente mi simpatía por cierta gente que en aquel momento me tenía indignado: los activistas del cambio climático, que habían visto cómo se les había ido estrechando de una manera repugnante el camino hacia la victoria en los últimos veinte años, a medida que las emisiones de carbono aumentaban y los objetivos de reducción de las mismas se volvían cada vez menos realistas; los que trabajaban en energías alternativas, que tenían familias que alimentar y se esforzaban por ver algo más allá del petróleo; las ONG ecologistas, que creían haber encontrado por fin un asunto capaz de despertar al mundo, así como los izquierdistas que —a medida que el neoliberalismo y sus tecnologías iban reduciendo a los electores para convertirlos en meros consumidores individuales— veían en el cambio climático el último argumento convincente en pro del colectivismo. Me habría esforzado especialmente por acordarme de todas las personas que necesitan tener más esperanza que un pesimista depresivo como yo, esas personas para las que la perspectiva de un futuro sofocante y lleno de calamidades resulta insoportablemente triste y aterradora, a las que se puede perdonar por no querer pensar en ello. Habría seguido revisando y corrigiendo.



## MANHATTAN, 1981

Mi novia V y yo estábamos a punto de terminar la universidad, teníamos por delante un verano que quemar y Nueva York nos llamaba. V viajó a la ciudad y consiguió que le realquilara su piso un estudiante de Columbia, Bobby Atkins, que tal vez fuera el hijo del creador de la dieta Atkins (o quizá simplemente nos hacía gracia imaginar que lo era). El piso, en el cruce entre las calles 110 y Amsterdam, tenía dos habitaciones pequeñas y estaba irremediablemente sucio. Llegamos en junio con una botella de Tanqueray, un cartón de Marlboro light y el libro de recetas italianas de Marcella Hazan. Alguien se había dejado una pantera negra de peluche, fabricada en Corea, de la que nos apropiamos después de liberarla.

Vivíamos al margen. Antes de que la gentrificación llegara a su cénit, antes del encarcelamiento masivo, la ciudad parecía un dibujo en blanco y negro. Cuando en la línea tres del metro, dirección norte, un joven humorista de Harlem hizo desaparecer a todos los pasajeros blancos en la calle 96 con un «truco de magia», me sentí como si me hubieran declarado culpable por mi tez. A nuestro amigo Jon Justice, que ese verano llevaba la novela *V* de Thomas Pynchon embutida en el bolsillo trasero de sus pantalones de pana, lo asaltaron en la tumba del General Grant, adonde no tendría que haber acudido. A mí me atraían estéticamente las ciudades, pero tenía un miedo morboso a que me pegaran un tiro. La avenida Amsterdam era una especie de línea divisoria y yo sólo pasé a su lado oriental en una ocasión, cuando cometí el error de montarme en el tren C hasta la 110 y después tuve que caminar a casa desde allí. Era a última hora de la tarde y nadie me hacía el menor caso, pero yo iba algo aturdido por el miedo.

Las contraventanas de seguridad, que tapaban la luz, y el sistema antirrobo que teníamos en la entrada —una varilla de acero anclada en el

suelo por un extremo y en una ranura de la puerta por el otro— aumentaban mi sensación de peligro. Yo la asociaba con el vecino del piso de al lado, un hombre de raza blanca con una devastadora demencia senil. Le daba por golpear nuestra puerta o quedarse plantado en el rellano, vestido sólo con los pantalones del pijama, y aseverar una y otra vez, usando un epíteto infame, que su mujer mantenía relaciones con negros. Además de temerlo, yo lo odiaba por mencionar una división racial que los chicos progres aceptábamos en silencio.

En teoría, V y yo pretendíamos escribir ficción, pero a mí me oprimían el calor del verano y la pesadumbre del apartamento de Atkins, las cucarachas y el vecino errante. V y yo discutíamos, llorábamos, nos reconciliábamos y jugábamos con nuestra pantera negra. Hacíamos prácticas de cocina y de crítica semiótica y salíamos a la aventura —siempre hacia el este— para ir al Thalia, al Hunan Balcony o a la librería Papyrus, donde yo compraba el último número de la revista *Semiotext(e)* y densos volúmenes de teoría escritos por Derrida y Kenneth Burke. No recuerdo por qué tenía dinero; cabe pensar que mis padres, pese a que no les gustaba Nueva York ni que yo conviviera con V, me habían dado unos cientos de dólares. Sí recuerdo que mandé cartas a varias revistas para saber si tenían plazas de becario con sueldo y todas me contestaron que mi solicitud llegaba con seis meses de retraso.

Por suerte, mi hermano Tom estaba en Nueva York ese verano para hacer una reconversión al loft del joven fotógrafo Gregory Heisler, uno de los grandes. Tom, que entonces tenía la oficina en Chicago, había viajado al este con un amigo de Heisler, también de Chicago, que quería montar un negocio de reformas y confiaba en aprender algo de mi hermano y repartirse los beneficios. Pero Heisler se dio cuenta de que el que sabía era Tom y poco después mandó a su amigo de vuelta a Chicago, dejando a Tom sin un peón. Ése pasó a ser mi trabajo.

Heisler era retratista y más tarde se dio a conocer sobre todo por una fotografía de George H. W. Bush hecha con la técnica de la doble exposición que figuró en la portada de *Time*. Su loft estaba en la esquina de Broadway y Houston, en la planta superior de Cable Building, que entonces acogía una serie de talleres clandestinos y más adelante se convertiría en la sede del teatro Angelika. El edificio estaba clasificado como bloque de uso comercial

y Tom y Heisler no se habían preocupado demasiado por las licencias del ayuntamiento, así que, al menos a mí, el apartamento que Tom estaba construyendo a escondidas al otro lado de una de las paredes del estudio me provocaba algún que otro escalofrío por su ilegalidad. Heisler quería que recubriéramos todas las superficies del apartamento con un plástico laminado que estaba de moda, gris y con unos pequeños círculos en relieve que convertían la tarea de recortar los bordes con fresadora en una pesadilla. Pasé muchas tardes en una nube de vaho de acetona, quitando restos de cemento cola al plástico laminado mientras Tom, en otra habitación, maldecía los circulitos en relieve.

Pero mi tarea principal consistía en ir a buscar cosas. Cada mañana, Tom me daba una lista de la compra con materiales de construcción básicos o exóticos y yo hacía la ronda por las tiendas del Bowery y de Canal Street. Al este del Bowery se extendían las peligrosas calles con las letras del alfabeto por nombre y los bloques de viviendas sociales, una zona prohibida en mi mapa mental de la isla, pero en el resto del bajo Manhattan encontré la experiencia estética que andaba buscando. En el SoHo, cuya transformación era apenas incipiente, las calles aún estaban en silencio, y las construcciones de hierro, sin restaurar. En la parte baja de Broadway vivían los trabajadores de la industria textil y por debajo de Canal la ciudad parecía estar en plena resaca de los años setenta, como si los edificios estuvieran sorprendidos de haber permanecido en pie. El fin de semana del Cuatro de Julio, V, Jon Justice y yo nos metimos en la autopista elevada del West Side (cerrada ya, pero aún pendiente de demolición) y echamos a andar bajo las torres del World Trade Center recién construidas (brutalistas, pero aún no trágicas); no vimos a nadie más, ni blanco ni negro, en ninguna dirección. Lo que yo quería de una ciudad a los veintiún años eran aquellos románticos panoramas desiertos.

El cuatro de julio al atardecer, cuando Morningside Heights empezaba a sonar como Beirut en tiempos de guerra, V y yo nos fuimos a East End Avenue a contemplar el espectáculo oficial de fuegos artificiales desde el piso de la familia de nuestra amiga Lisa Albert. Me quedé asombrado al ver que el ascensor se abría directamente en el recibidor del piso. El cocinero de la familia me preguntó si me apetecía un sándwich y le dije que sí, por favor.

Jamás había imaginado que existieran pisos como el suyo, o que una persona apenas cinco años mayor que yo, Greg Heisler, pudiera tener a su disposición todo un equipo de asistentes. También tenía una esbelta esposa australiana, Pru, cuya belleza quitaba el aliento. Pru solía llevar unos vestidos de verano blancos y ligeros que me hacían pensar en Daisy Buchanan.

La línea que dividía a los ciudadanos según su riqueza no era del todo distinta a cualquier otra línea divisoria, pero como no era puramente geográfica a mí me costaba menos cruzarla. Bajo el hechizo de mi educación en una universidad de élite, yo vaticinaba el derrocamiento de la economía política del capitalismo en un futuro cercano por medio de la aplicación de la teoría literaria, pero mientras tanto mi formación me permitía sentirme cómodo en el lado que correspondía a los ricos. En un restaurante formal de la zona media de la ciudad, adonde nos llevó a comer un día la abuela de V, que estaba de paso, me dieron un blazer azul que iba a juego con mis vaqueros y eso fue todo lo que necesité para cruzar.

Como era demasiado idealista para desear más dinero del que necesitaba para la subsistencia y demasiado arrogante para envidiar a Heisler, para mí los ricos representaban sobre todo una curiosidad interesante por la notoriedad tanto de sus despilfarros como de sus ahorros. Cuando V y yo visitamos a sus otros abuelos en la casa de campo que tenían fuera de la ciudad, me enseñaron sus cuadros de Renoir y Cézanne en la sala de estar y nos ofrecieron galletas rancias compradas en el colmado. En Tavern on the Green, adonde nos llevaron a cenar los suegros de mi hermano Bob, una pareja de psicoanalistas que tenían un piso más o menos del mismo tamaño que el de Albert, me asombró descubrir que si querías verduras con el filete tenías que pagarlas aparte. El dinero no parecía ser un problema para el suegro de Bob, pero nos dimos cuenta de que su esposa llevaba un zapato sujeto con cinta aislante. También a Heisler le encantaban los grandes gestos, como pagarle el billete de avión desde Chicago a la prometida de Tom para que pasara el fin de semana en Nueva York; en cambio, le dio apenas 12.500 dólares por la reconversión del loft, aproximadamente una octava parte de lo que le habría costado con cualquier contratista de Nueva York.

La gente como Tom y yo éramos los que no reconocíamos el valor de lo que teníamos entre manos. Tom tardó demasiado tiempo en darse cuenta de que podría haberle cobrado a Heisler el doble o el triple y yo me fui de

Manhattan, a mediados de agosto, debiéndole 225 dólares al hospital de St. Luke. Para celebrar el final del verano, y creo que también nuestro compromiso matrimonial, V y yo habíamos ido a cenar a un restaurante cubano de Columbus Avenue, Victor's, al que solía ir su ex novio cubano. Pedí una sopa de frijoles negros y cuando llevaba apenas unas cuantas cucharadas, me pareció que los frijoles cobraban vida en mi lengua y se agitaban en una especie de agresión malévolamente. Me metí la mano en la boca y saqué una fina astilla de vidrio. V llamó al camarero y se quejó; éste llamó al encargado, que se disculpó, examinó el trozo de vidrio, desapareció con él y luego volvió para echarnos a toda prisa del restaurante. Yo me apretaba la lengua con una servilleta para cortar la hemorragia. En la puerta, le pregunté si podía quedarme la servilleta. «Sí, sí», dijo el encargado y cerró la puerta. V y yo paramos el único taxi que tomamos en todo el verano y fuimos directamente al St. Luke, el hospital del barrio. Al final, un médico me dijo que el corte se curaría rápido y que no hacía falta darme puntos, pero tuve que esperar un par de horas para obtener esa información y un pinchazo de antitetánica. Frente a mí, en uno de los pasillos donde me tocó esperar, una joven afroamericana yacía en una camilla con una herida de bala en el vientre desnudo. De la herida manaba un fluido rosado, pero era evidente que su vida no corría peligro. Aún puedo ver con toda claridad aquel agujero del tamaño de una bala del calibre 22: precisamente lo que tanto había temido aquella vez, mientras caminaba al otro lado de la línea divisoria.

Al cabo de quince años, después de haberme casado y divorciado, me construí un estudio en un loft de la calle 125. Siguiendo el ejemplo de Tom, levanté yo mismo la pared de yeso que necesitaba e instalé los enchufes eléctricos. Para entonces había aprendido un par de cosas sobre el dinero y la ciudad ya no me daba miedo, lo que me permitió dar el salto a aquel lugar barato en Harlem. Tenía un vínculo personal con los harlemitas de mi edificio y, cuando acababa de trabajar, podía ir al *downtown* y pasear a salvo con mis amigos de las calles alfabéticas, que en esa época estaban colonizadas por jóvenes blancos. Con el tiempo, gracias a las ventas del libro que había escrito en Harlem,<sup>2</sup> compré un piso en el Upper East Side y me convertí en la clásica persona que lleva a sus amigos y parientes más jóvenes a cenar a sitios que ellos no podrían permitirse.

La línea divisoria de la ciudad se había vuelto más permeable, al menos en una dirección. El poder de los blancos se había reafirmado por medio del empuje del precio de la vivienda y de la acción policial. Visto en perspectiva, se diría que lo más notable de la etapa en la que los blancos pasábamos miedo es lo mucho que duró. De todos los errores que cometí en la ciudad a los veintiún años, el que más lamento es no haber sido capaz de imaginar que los neoyorquinos negros que tanto miedo me daban podían estar aún más asustados que yo.

En mi último día entero en Manhattan ese verano, recibí un cheque de Greg Heisler por mis cuatro últimas semanas de trabajo. Para cobrarlo tuve que ir al European American Bank, un pequeño y extraño edificio hexagonal que se alzaba en un bocado de tierra arrancado a una lúgubre zona verde del flanco sureste del SoHo. No recuerdo cuánto me dieron (tal vez seiscientos dólares, quizá incluso novecientos), pero me pareció una cantidad suficiente para que fuera peligroso llevarla en la cartera. Antes de salir del banco deslicé discretamente los billetes dentro de un calcetín. Era una de esas luminosas mañanas de agosto en las que un frente frío se lleva de un soplo toda la maldad del cielo de la ciudad. Me fui directo a la estación de metro más cercana, nervioso a causa de mi riqueza y con la esperanza de pasar por pobre ante cualquiera que necesitara más que yo el dinero que llevaba en el calcetín.

# POR QUÉ IMPORTAN LOS PÁJAROS

Si pudieras ver todos los pájaros del mundo, verías el mundo entero. Hay plumíferos en los confines de todos los océanos y en tierras tan inhóspitas que ningún otro animal podría establecer en ellas su hábitat. La Gaviota Garuma cría a sus polluelos en el desierto de Atacama, uno de los lugares más secos de la Tierra; el Pingüino Emperador incuba sus huevos en la Antártida en invierno; el Azor común anida en el cementerio de Berlín donde yace Marlene Dietrich; los gorriones, en los semáforos de Manhattan; los vencejos, en cuevas marinas; los buitres en los riscos del Himalaya; los pinzones, en Chernóbil. Los únicos seres vivos más ampliamente diseminados por el globo son microscópicos.

Para sobrevivir en hábitats tan distintos, las diez mil especies de pájaros que, aproximadamente, pueblan el planeta han evolucionado en una extraordinaria diversidad de formas. Su tamaño varía desde el avestruz, que puede alcanzar más de dos metros y medio de altura y vive a lo largo y ancho de África, hasta el Colibrí Zunzuncito, que tan sólo se encuentra en Cuba y que en inglés recibe un nombre muy apropiado, *Bee Hummingbird* [‘colibrí abeja’]. Pueden tener picos enormes (pelícanos, tucanes), diminutos (Gerigón Piquicorto), o del mismo tamaño que el resto de su cuerpo (Colibrí Picoespada). Hay pájaros (el Azulillo Sietecolores de Texas, la Suimanga de Gould del sur de Asia, el Lori Arcoíris de Australia) más llamativos que cualquier flor, otros se presentan en alguna de las casi infinitas gamas de marrón y ponen a prueba el vocabulario de los taxónomos de la ornitología: rufo, rubicundo, ferruginoso, cinabrio, bermellón.

Su comportamiento no es menos diverso. Algunos son muy sociables; otros, lo contrario: mientras que las queleas y los pelícanos de África se reúnen en bandadas de millones de ejemplares y los loris construyen ciudades

enteras con palitos para vivir con sus congéneres, el Mirlo Acuático vive solitario en los arroyos de montaña, donde nada y bucea, y un Albatros Errante puede planear, con sus alas de tres metros de envergadura, a ochocientos kilómetros de cualquier otro albatros. El Abanico Maorí de Nueva Zelanda es tan simpático que puede llegar a seguirte por un sendero; un caracara, si te lo quedas mirando demasiado rato, se lanzará en picado e intentará arrancarte la cabeza de un picotazo. Los correcaminos se alimentan de serpientes de cascabel a las que matan en equipo: uno distrae a la serpiente mientras otro se le acerca por detrás. Los abejarucos comen abejas. Los tirahojas tiran hojas. El Guácharo, un ave nocturna única del trópico americano, planea sobre los aguacates y arranca los frutos en pleno vuelo; el Caracolero Común hace lo mismo, pero con los caracoles. El Arao de Brünnich se sumerge hasta una profundidad de 215 metros, el Halcón Peregrino vuela en picado a 385 kilómetros por hora. El Junquero se pasará toda la vida junto a un charco de veinte centímetros cuadrados mientras que la Reinita Cerúlea es capaz de emigrar a Perú y luego encontrar el camino de regreso al mismo árbol de Nueva Jersey en el que anidó el año anterior.

Los pájaros no son peludos ni adorables, pero en muchos aspectos se parecen más a nosotros que muchos mamíferos: construyen complejas casas en las que crían a sus familias y se toman largas vacaciones invernales en lugares cálidos. Las cacatúas son tan inteligentes que son capaces de resolver acertijos con los que no se atrevería un chimpancé, mientras que los cuervos son juguetones (busca en YouTube el vídeo de un cuervo de Rusia que usa una tapa de plástico como trineo para lanzarse por un tejado cubierto de nieve y después sube volando con la tapa en el pico para lanzarse de nuevo). Y luego están las canciones con que los pájaros, al igual que nosotros, llenan el mundo. El ruiseñor trina en los barrios residenciales de Europa, el zorzal en el centro de Quito, el Charlatán Canoro en Chengdu. Los carboneros disponen de un lenguaje complejo que les permite comunicarse (no sólo entre ellos, sino con cualquier pájaro que esté cerca) y avisar si se sienten más o menos a salvo de los depredadores. Algunos ave-liras del este de Australia cantan una melodía que tal vez aprendieron sus antepasados de un colono que tocaba la flauta hará cosa de un siglo, y si le disparas demasiadas fotos a un ave-lira, acabará añadiendo el sonido de tu cámara a su repertorio.

Sin embargo, los pájaros también hacen eso que todos quisiéramos hacer



pero no podemos, salvo en sueños: volar. Las águilas planean sin esfuerzo aprovechando las corrientes térmicas; los colibríes se quedan suspendidos en el aire; las perdices nos sorprenden levantando el vuelo en un parpadeo. Tomados en conjunto, los vuelos de las aves, de un árbol a otro, de un continente a otro, envuelven el planeta como si fueran miles de millones de filamentos. El mundo nunca les ha parecido grande. Después de reproducirse, los vencejos europeos permanecen en el aire durante casi un año, volando de ida y vuelta al África subsahariana: comen, mudan las plumas y duermen en pleno vuelo sin aterrizar ni una sola vez. Los albatros jóvenes pasan hasta diez años deambulando en mar abierto antes de regresar a tierra firme para reproducirse. Se ha detectado una Aguja Colipinta volando sin detenerse desde Alaska hasta Nueva Zelanda, 11.690 kilómetros en nueve días, mientras que un Colibrí Gorjirrubí puede llegar a quemar un tercio de su peso corporal, de por sí ínfimo, para cruzar el Golfo de México. El Correlimos Gordo, un pequeño pájaro costero, hace cada año un viaje de ida y vuelta entre Tierra del Fuego y el Ártico canadiense, y un individuo longevo llamado B95 (según la etiqueta que lleva en una pata) ha volado más kilómetros que los que separan la Tierra de la Luna.

Sin embargo, hay una capacidad fundamental que los humanos tenemos y los pájaros no: el dominio de nuestro entorno. Los pájaros no pueden proteger los humedales ni montar una piscifactoría, ni siquiera pueden poner aire acondicionado en sus nidos. Sólo disponen de los instintos y las facultades físicas que les ha otorgado la evolución. Les han resultado útiles durante mucho tiempo: llevan por aquí unos ciento cincuenta millones de años más que los humanos, pero ahora los humanos estamos cambiando el planeta tan deprisa —su superficie, su clima, sus océanos— que los pájaros no consiguen adaptarse por medio de la evolución. Tal vez los cuervos y las gaviotas puedan sobrevivir en nuestros vertederos; los tordos y los vaqueros, en nuestros corrales; los zorzales y los bulbules, en nuestros parques urbanos; pero el futuro de la mayoría de las especies de pájaros depende de que nos comprometamos a salvarlas. ¿No parecen suficientemente valiosos para hacer este esfuerzo?

El valor, en el Antropoceno tardío, se ha reducido casi exclusivamente al valor económico, al beneficio para los seres humanos. Es cierto que muchos

pájaros silvestres son útiles en tanto que comestibles. Algunos de ellos, a su vez, se alimentan de molestos insectos y roedores. Muchos tienen un papel fundamental —polinizan las plantas, esparcen sus semillas, sirven como alimento de mamíferos depredadores— en ecosistemas silvestres cuya conservación resulta muy importante ya sea por su interés turístico o por su capacidad de secuestrar el carbono. Incluso habrás oído decir que la población aviar cumple un importante papel como indicador del grado de salud ecológica del entorno, como el proverbial canario de las minas de carbón. Pero ¿de verdad necesitamos que desaparezcan las aves para descubrir que un pantano está seriamente contaminado, un bosque talado y quemado o un banco de pesca diezmado? Lo triste es que los pájaros, por sí mismos, nunca representarán un factor de peso en la economía humana. Y además, se quieren comer nuestros arándanos.

En cambio, la población aviar sí que sirve como indicador de nuestros valores éticos. Una razón por la que importan —o deberían importar— los pájaros es que son nuestra mejor y última conexión con un mundo natural que, por lo demás, está desapareciendo. Son los representantes más vívidos y extendidos de la Tierra tal como era antes de que la poblaran los humanos. Comparten ancestros con los animales más grandes que han caminado por este planeta: el pinzón que ves por la ventana es un dinosaurio diminuto y bellamente adaptado. El aspecto y el graznido del pato del estanque de tu pueblo son muy parecidos a los de un pato de hace veinte millones de años, en la época del Mioceno, cuando los pájaros eran los amos del planeta. En un mundo cada vez más artificial en el que el aire se llena de drones implumes y *Angry Birds* lleva el enfado de los pájaros a nuestros móviles, tal vez no percibamos la razonable necesidad de cuidar y ayudar a los antiguos amos del mundo natural. Pero ¿acaso el cálculo económico es nuestra mejor vara de medir? Cuando el rey Lear de Shakespeare abdica del trono, suplica a sus dos hijas mayores que le respeten algún vestigio de su antigua majestad. Las hijas replican que no les parece necesario y el viejo rey exclama: «Ah, no sometáis la necesidad a la razón.» Condenar los pájaros al olvido es olvidar de quién somos hijos.

Una persona que dice «Qué pena lo de los pájaros, pero lo primero son los humanos» está haciendo, implícitamente, una de dos afirmaciones. Tal vez quiera decir que los seres humanos no somos mejores que cualquier otro

animal; que, en cuanto seres fundamentalmente egocéntricos y motivados por genes egoístas, haremos siempre lo que sea necesario para replicar nuestros genes y maximizar nuestro placer, y que se fastidie el mundo no humano. Ésta es la visión de los realistas cínicos, para quienes la preocupación por otras especies es tan sólo una molesta forma de sentimentalismo. No puede refutarse y está siempre disponible para aquel a quien no le importe admitir que es un egoísta irredento. Sin embargo, las palabras «lo primero son los humanos» también podrían significar lo contrario: que nuestra especie tiene el derecho exclusivo de monopolizar los recursos del planeta porque *no* somos como los demás animales, porque tenemos conciencia y libre albedrío, capacidad para recordar el pasado y planificar el futuro. Esta visión opuesta se encuentra tanto entre personas creyentes como entre humanistas seculares, y al igual que sucede con la anterior, resulta imposible demostrar su falsedad o su certeza. De todos modos, plantea la siguiente cuestión: si nuestro valor es incomparablemente superior al de los demás animales, ¿acaso nuestra capacidad de discernir entre lo bueno y lo malo, y de sacrificar conscientemente una pequeña parte de nuestra conveniencia a cambio de un bien mayor, no debería hacernos más sensibles a los reclamos de la naturaleza, en vez de menos? ¿Acaso una capacidad excepcional no conlleva una responsabilidad excepcional?

Si te plantas en medio de un bosque del sudeste de Asia, tal vez oigas un zumbido grave y rítmico que luego sentirás en el pecho. Parece de origen meteorológico, pero es el batido de alas de los Cálaos Bicornes al posarse en los árboles cargados de frutos. Tienen unos picos enormes y unos muslos blancos y robustos: parecen un cruce entre un tucán y un panda gigantesco. Mientras trepan por el árbol devorando sus frutos con fruición, quizá te descubras gritando presa de la emoción más escasa: la pura alegría. No tiene que ver con lo que deseas ni con lo que posees: es la mera presencia, la maravillosa presencia, del Cálao Bicornes, al que no le importas un comino.

La otredad radical de los pájaros es parte integral de su belleza y su valor. Siempre están con nosotros, pero nunca serán nuestros. Son el otro animal dominante del planeta que ha resultado de la evolución, y la indiferencia con que nos tratan debería servir como humillante recordatorio de que no somos la medida de todas las cosas. Las historias que contamos sobre el pasado e

imaginamos del futuro son construcciones mentales de las que los pájaros pueden prescindir: ellos viven estrictamente en el presente. Y en el presente, aunque nuestros gatos, nuestras ventanas y nuestros pesticidas maten miles de millones de ejemplares cada año, y aunque algunas especies, particularmente en las islas oceánicas, se hayan perdido ya para siempre, su mundo sigue estando muy vivo. En cada rincón del planeta, en nidos diminutos como nueces o grandes como almiarés, los huevos siguen eclosionando y los polluelos asomándose a la luz.

## SALVA LO QUE AMAS

Puesto que amo los pájaros como el que más, el pasado mes de septiembre estuve siguiendo las noticias sobre el nuevo estadio que las llamadas «Ciudades Gemelas», Minneapolis y Saint Paul, están construyendo para los Vikings, su equipo de fútbol americano. Se calculaba que los muros de cristal del estadio matarían a miles de pájaros cada año, así que muchos residentes de la zona, preocupados por el destino de las aves, habían pedido a los patrocinadores del equipo que usaran un cristal grabado con un patrón especial para reducir las colisiones. Como el cristal incrementaba el coste del estadio en la décima parte de un uno por ciento, los patrocinadores se resistían. Más o menos al mismo tiempo, la National Audubon Society emitió un comunicado de prensa en el que declaraba que el cambio climático era «la mayor amenaza» para las aves en Estados Unidos y advertía de que «casi la mitad» de las especies de pájaros de América del Norte corrían el riesgo de perder sus hábitats antes de 2080. El anuncio se reprodujo en los crédulos medios locales y nacionales, incluido el *Star Tribune* de Minneapolis, cuyo bloguero especializado en asuntos ornitológicos, Jim Williams, llegó a la conclusión inevitable: ¿para qué discutir sobre el cristal del estadio cuando la *verdadera* amenaza para los pájaros era el cambio climático? En comparación, según Williams, unos cuantos miles de pájaros muertos no eran «nada».

Yo estaba en Santa Cruz, California, y no precisamente de muy buen humor: esa mañana se cumplían doscientos cincuenta y cuatro días de aquel año y apenas había llovido en dieciséis. Para colmo, al dolor de la brutal sequía se sumaba la ofensa cotidiana de los meteorólogos de la radio, que hablaban de «buen tiempo». Por supuesto, compartía la angustia de Williams acerca del futuro, pero me indignó que una profecía funesta como la de la

Audubon Society pudiera invitar a la indiferencia ante la situación actual de los pájaros.

Tal vez porque me crié como protestante y más tarde me hice ecologista, siempre me ha llamado la atención la hermandad espiritual entre el ecologismo y el puritanismo de Nueva Inglaterra. Ambos sistemas de creencias están dominados por la sensación de que basta con ser humano para ser culpable. En el caso del ecologismo, la sensación se basa en datos científicos. Tanto si se trata de los habitantes prehistóricos de América del Norte, que dieron caza a los mastodontes hasta su extinción, como de los maoríes, que arrasaron la megafauna de Nueva Zelanda, o de la civilización moderna, que provoca la deforestación del planeta y expolia los mares, los seres humanos somos los asesinos universales de la naturaleza, y ahora el cambio climático nos ha proporcionado una escatología que nos obliga a considerar nuestra culpa: está a punto de llegar, en un mañana infernalmente recalentado, el Juicio Final. A menos que nos arrepintamos y hagamos propósito de enmienda, todos seremos pecadores en manos de una Tierra indignada.

Sigo siendo sensible a esta clase de puritanismo. Pocas veces embarco en un avión o cojo el coche para ir a la tienda a comprar comida sin pensar en la huella de carbono y sentirme culpable.<sup>3</sup> Sin embargo, cuando empecé a observar pájaros y a preocuparme por su bienestar, me atrajo una variante compensatoria del cristianismo inspirada en el ejemplo de san Francisco de Asís de amar las cosas concretas y vulnerables que tenemos delante. Di todo mi apoyo al trabajo focalizado de la American Bird Conservancy y a las sedes locales de la Audubon Society. Hasta el paisaje más abominable podía hacerme feliz si había algún pájaro en él.

Pronto empecé a experimentar un desgraciado conflicto interno a propósito del cambio climático: aceptaba su supremacía como el asunto medioambiental de nuestro tiempo, pero percibía su predominio como un acoso. No sólo convertía cada visita a la tienda de comestibles en un viaje cargado de culpa, sino también me hacía sentir egoísta por preocuparme más por los pájaros del presente que por las personas del futuro. ¿Qué significaban las águilas y los cóndores muertos en las aspas de los aerogeneradores comparados con el impacto del aumento del nivel del mar en los países pobres? ¿Qué significaban los pájaros endémicos de los bosques

tropicales de los Andes comparados con los beneficios atmosféricos de los proyectos hidroeléctricos andinos?

Hace cien años, la National Audubon Society era una organización activista que montaba campañas contra la matanza gratuita de aves y la práctica de criar garzas en cautividad para obtener sus plumas, pero desde entonces se ha vuelto mucho menos incómoda. En las últimas décadas se ha dado a conocer más por sus tarjetitas navideñas y por sus azulejos y cardenales de peluche que cantan si los aprietas que por difundir estudios científicos serios, adoptar posturas controvertidas o asociarse con grupos que realicen un auténtico trabajo de conservación. Cuando la organización se pasó al modo apocalíptico el pasado mes de septiembre, deseé que se hubiera mantenido en lo de los peluches: el amor motiva más que la culpa.

Al anunciar su iniciativa sobre el cambio climático, la Audubon aludió a los «datos de la ciencia ciudadana» y a un «informe» preparado por sus propios científicos que justificaba sus funestas predicciones. Quienes visitaron su página web, que había sido actualizada, se encontraron con imágenes de especies en riesgo de extinción por culpa del clima, como el Águila Calva, y con una petición de «asumir el compromiso» de contribuir a su salvación. Las acciones que la Audubon sugería a quienes asumieran el compromiso eran más bien amables («Cuéntanos tu historia», «Crea un jardín acogedor para los pájaros»), pero la web también ofrecía un «Compromiso de acción ambiental» largo y detallado que incluía propuestas como cambiar las bombillas incandescentes por otras de bajo consumo.

El informe sobre el cambio climático no estaba disponible de entrada; sin embargo, a la vista de los gráficos de la página web, que incluían mapas territoriales de diversas especies de pájaros, se podía deducir que el método de estudio consistía en comparar el territorio de una especie en el presente con el que se predecía para un futuro con el clima ya alterado. Cuando los dos territorios se solapaban, se concluía que la especie sobreviviría; cuando la superposición de los dos gráficos era escasa o nula, se concluía que la especie quedaría atrapada entre su antiguo territorio, que se le habría vuelto hostil, y uno nuevo, en el que no encontraría un hábitat adecuado, y por lo tanto correría el riesgo de desaparecer.

Este tipo de modelos puede resultar útil, pero está plagado de incertidumbres: que una especie viva actualmente en un hábitat con una

temperatura particular no significa necesariamente que no pueda tolerar una temperatura más alta, que no pueda adaptarse a un hábitat levemente distinto un poco más al norte o que ese hábitat más septentrional no vaya a cambiar con el aumento de la temperatura. En general, los pájaros de América del Norte, por haberse enfrentado a los ardientes días de julio y a las gélidas noches de septiembre a medida que las especies han ido evolucionando, toleran mucho mejor las fluctuaciones de temperatura que los tropicales. Cuando llegemos a 2080, aunque en algunos lugares en concreto ciertas especies de pájaro común pueden haber desaparecido de los patios de las casas, lo más probable es que especies más sureñas se hayan desplazado para ocupar su lugar. Bien podría ser que la vida ornitológica de América del Norte aumentara su diversidad en vez de reducirla.

La elección de la Audubon del Águila Calva como protagonista de un póster fue especialmente extraña: esa especie estuvo a punto de extinguirse hace cincuenta años, antes de la prohibición del DDT. La única razón por la que podría inquietarnos su futuro es que la gente —alentada por la enérgica Audubon— se ha movilizado pensando en una amenaza *inminente*. Las tribulaciones del águila supusieron el impulso inicial para que se aprobase la Ley de Especies Amenazadas de 1973, y su conservación representa uno de los grandes éxitos de dicha ley. En cuanto sus huevos dejaron de debilitarse por culpa del DDT, su población y su territorio aumentaron de un modo tan radical que en 2007 salió de la lista de especies amenazadas. El águila resurgió porque es un ave resiliente y habilidosa, una cazadora generalista y carroñera capaz de recorrer grandes distancias para colonizar nuevos territorios. Cuesta pensar en alguna especie menos proclive a verse atrapada por la geografía. Incluso si el calentamiento global acaba expulsándola por completo de las zonas que actualmente ocupa tanto en verano como en invierno, el deshielo de Alaska y Canadá podría, en realidad, aportarle un territorio nuevo aún mayor.

Sin embargo, el cambio climático es muy seductor para las organizaciones que aspiran a que las tomen en serio. Aparte de constituir un meme prefabricado, resulta útil por su condición de imponderable: mientras las estimaciones científicas sometidas a revisión calculan que la mortalidad aviar anual provocada por colisiones o por los gatos callejeros supera los tres mil millones, es imposible atribuir de manera concluyente la muerte de algún



pájaro concreto al cambio climático, y menos aún a lo que un ciudadano normal y corriente pueda hacer o dejar de hacer concretamente respecto del clima. (Los patrones climáticos locales y de corto plazo son el fruto caótico de toda una serie de variables, y el hecho de que una persona conduzca un Hummer o un Prius no influye en ellos para nada.) Si bien es demostrable que podrías salvar la vida de los pájaros que chocan contra tus ventanas o que mueren en las zarpas de tu gato, que reduzcas tu huella de carbono no salva a ninguno, ni siquiera si la anulas por completo. Así, declarar que el cambio climático es malo para los pájaros es cualquier cosa menos controvertido. Exigir revisiones más estrictas de las granjas eólicas para asegurarnos de que no se construyen en medio de la ruta que siguen millones de pájaros migratorios enojaría a los grupos medioambientales que apuestan por la energía eólica a toda costa; manifestarse enérgicamente en contra de la sobreexplotación del cangrejo herradura (la auténtica razón por la que este verano hubo que incluir al Correlimos Gordo, un ave de litoral, en la lista de especies amenazadas de Estados Unidos) podría abochornar al gobierno de Obama, cuyo director del Servicio de Pesca y Naturaleza Salvaje, al hacer pública la lista, echó la culpa del declive del Correlimos Gordo al «cambio climático», una causa mucho más conveniente desde el punto de vista político. El cambio climático es culpa de todos; en otras palabras, de nadie: todos podemos sentirnos bien cuando lo condenamos.

No cabe duda de que el próximo siglo será difícil para los animales salvajes. Incluso si los científicos que preconizan la llegada del cambio climático se equivocaran y las temperaturas globales se estabilizaran milagrosamente mañana mismo, seguiríamos enfrentándonos al mayor proceso de extinción de los últimos sesenta y cinco millones de años. Lo que queda de la naturaleza está siendo destruido a gran velocidad por el aumento de población humana, la deforestación y los cultivos intensivos; por el agotamiento de los bancos de pesca y los acuíferos; por los pesticidas, la polución de los plásticos y la expansión de especies invasivas. Para una cantidad incontable de especies, entre las que se cuentan casi todas las especies de aves de América del Norte, el cambio climático es una amenaza secundaria y más lejana. La respuesta de los pájaros al estrés climático agudo no se ha estudiado bien, pero llevan decenas de millones de años adaptándose a presiones parecidas y siempre nos sorprenden: el Pingüino Emperador

reubica sus territorios de cría a medida que el hielo del Antártico se funde, y el Cisne Chico abandona el agua y aprende a picotear el grano en los campos cultivados. No todas las especies conseguirán adaptarse, pero cuanto mayor, más sana y más diversa sea nuestra población aviar, más posibilidades habrá de que muchas especies sobrevivan e incluso prosperen. Para evitar extinciones en el futuro no sólo necesitamos reducir nuestras emisiones de carbono, *también tenemos que mantener con vida muchos pájaros silvestres en el presente*. Tenemos que combatir las amenazas de extinción actuales, esforzarnos por reducir los abundantes peligros que están diezmando las poblaciones aviares de América del Norte e invertir en proyectos conservacionistas bien pensados y de largo alcance, en particular aquellos destinados a compensar el cambio climático. No son las únicas cosas que debería hacer quien se preocupe por la naturaleza, pero sólo tendría sentido *no* hacerlas si la lucha contra el calentamiento global exige la totalidad de los recursos de cada uno de los grupos conservacionistas.

Los cambios de objetivos del activismo climático pueden verse como una especie de tragicomedia. Hace diez años nos dijeron que teníamos diez años para adoptar las drásticas medidas requeridas para evitar que la temperatura global subiera más de dos grados Celsius este siglo. Hoy en día oímos a algunos de esos mismos activistas decir que «aún tenemos diez años». En realidad, nuestras medidas de hoy tendrían que ser aún más drásticas que hace diez años porque en la atmósfera se han acumulado más gigatoneladas de carbono: al paso que vamos, habremos consumido nuestro margen de emisiones para todo el siglo antes de cumplirse siquiera la mitad del mismo. Mientras tanto, las medidas que proponen muchos gobiernos son *menos* drásticas que las que proponían hace diez años.

Hay un libro que hace justicia a lo que el cambio climático tiene de gran tragedia y extraña comedia: *Reason in a Dark Time* [La razón en tiempos oscuros] del filósofo Dale Jamieson. Por lo general, suelo evitar los libros sobre este asunto, pero un amigo me lo recomendó el verano pasado y me intrigó el subtítulo: «Por qué fracasó la lucha contra el cambio climático y qué significa para nuestro futuro», en particular el uso de «fracasó» en tiempo pasado. Empecé a leer y no pude soltarlo.

Jamieson, asistente y participante en convenciones sobre el clima desde

principios de los años noventa, abre el libro con un repaso a las respuestas de la humanidad ante el mayor problema de cuantos le han exigido una reacción colectiva. En los veintitrés años transcurridos desde la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro, que se celebró con grandes esperanzas de alcanzar un acuerdo global, no sólo no han disminuido las emisiones de carbono, sino que han aumentado de modo abrupto. En Copenhague, en 2009, el presidente Obama hizo poco más que ratificar un hecho consumado cuando renunció a establecer un compromiso de Estados Unidos con objetivos de reducción vinculantes. Al contrario que Bill Clinton, Obama fue sincero al valorar cuánto podía esperarse de Estados Unidos, en términos de acción, en la lucha contra el cambio climático: nada. Sin Estados Unidos, que es el segundo emisor de gases de efecto invernadero del mundo, cualquier acuerdo global deja de serlo y, en consecuencia, los demás países tienen escasos incentivos para firmarlo. En resumidas cuentas, Estados Unidos tiene capacidad de veto y la hemos ejercido una vez tras otra.

La razón de que el sistema político estadounidense no pueda comprometerse a actuar no es sólo que las grandes empresas de combustibles fósiles patrocinan a los negacionistas y compran elecciones, como suponen muchos progresistas. Incluso entre gente que acepta el calentamiento global como un hecho, el problema se puede enmarcar de maneras muy diversas: una crisis en la gobernanza mundial, un fallo del mercado, un reto tecnológico, un asunto de justicia social, etcétera, y cada una de ellas exige una solución distinta, pero todas son caras. Un problema de este tipo (el término técnico es «problema retorcido») puede frustrar a casi cualquier país y resulta particularmente difícil de resolver en Estados Unidos, donde el diseño del gobierno persigue que éste sea débil y responda a las demandas de la ciudadanía. Al contrario que los progresistas, que opinan que la democracia está pervertida por intereses económicos, Jamieson sugiere que la inacción de Estados Unidos es una *consecuencia* de la democracia. Una buena democracia, al fin y al cabo, actúa en función de los intereses de sus ciudadanos, y son precisamente los ciudadanos de las principales democracias emisoras de carbono quienes se benefician de la disponibilidad de gasolina barata y del comercio global, mientras que quienes no pueden votar cargan con las peores consecuencias de nuestra polución: los países más pobres, las generaciones futuras, las demás especies. El electorado

estadounidense, en otras palabras, se comporta racionalmente en función de sus intereses. Según un estudio citado por Jamieson, más del sesenta por ciento de los estadounidenses creen que el cambio climático perjudicará a otras especies y a las generaciones futuras, pero sólo el treinta y dos por ciento creen que los perjudicará personalmente.

¿No debería nuestra responsabilidad para con los demás, nacidos o por nacer, impulsarnos a emprender acciones radicales contra el cambio climático? El problema es que, desde el punto de vista del clima, el hecho de que un individuo cualquiera, incluido yo mismo, vaya al trabajo en coche o en bicicleta no supone la menor diferencia. Como la escala de las emisiones de gases invernadero es gigantesca y los mecanismos por medio de los cuales dichas emisiones afectan al clima no son lineales, resulta imposible atribuir ningún perjuicio específico directamente a mi contribución del 0,0000001 por ciento a dichas emisiones. De un modo abstracto, puedo culparme por emitir mucho más de la media per cápita global, pero si calculo cuál sería la cuota media anual de carbono necesaria para limitar el calentamiento global a dos grados durante este siglo, descubro que el mero mantenimiento del típico hogar unifamiliar estadounidense la supera en apenas dos semanas. A falta de pruebas de perjuicio directo, la moral intuitiva dicta que tiene sentido vivir la vida que he heredado, ser un buen ciudadano, ser amable con quienes me rodean y conservar el mundo tan bien como razonablemente pueda.

El principal argumento de Jamieson es que el cambio climático pertenece a una categoría distinta de cualquier otro problema al que se haya enfrentado el mundo. Para empezar, genera una profunda confusión en el cerebro humano, que evolucionó para concentrarse en el presente, no en el futuro lejano, y en movimientos de percepción inmediata, no en desarrollos lentos y probabilísticos. (Cuando Jamieson señala que «ante el telón de fondo de un mundo en pleno calentamiento, podemos percibir como excepcionalmente frío un invierno que en el pasado no habría parecido particularmente anómalo y argüirlo como prueba de que no existe tal calentamiento», no sabemos si reír o llorar por la cortedad de nuestros cerebros.) La gran esperanza de la Ilustración (que la razón nos permitiría trascender nuestros límites evolutivos) ha sido sacudida por las guerras y los genocidios, pero sólo ahora, ante el problema del cambio climático, se ha derrumbado por completo.

Daba por hecho que *Reason in a Dark Time* me deprimiría, pero no fue

así. Algo de lo que hace tan cautivador el cambio climático es su vastedad a lo largo del tiempo y del espacio. Jamieson, al dilucidar nuestros fallos del pasado y poner en duda que podamos hacerlo mejor, lo sitúa en un contexto de escala humana: «Se nos dice constantemente que estamos ante un momento único en la historia de la humanidad y que es nuestra última oportunidad para cambiar las cosas», escribe en la introducción. «Pero todos los momentos de la historia de la humanidad son únicos y siempre estamos ante la última oportunidad de cambiar algo en particular.»

Éste era el contexto en el que la palabra «nada», aplicada al cambio concreto que algunas personas pretendían conseguir en Minnesota, me molestó tanto. No es que no deba importarnos si la temperatura global aumenta dos grados o seis este siglo, o si los océanos suben cincuenta centímetros o cinco metros: la importancia de esos cambios es inmensa, y tampoco deberíamos renunciar a ningún esfuerzo prometedor para mitigar el cambio climático o adaptarnos a él, ya provenga de gobiernos, fundaciones u organizaciones no gubernamentales. La cuestión es si todo aquel que se preocupa por el medio ambiente tiene la obligación de hacer del clima una prioridad que se imponga a todas las demás. ¿Tiene algún sentido práctico o moral, ahora que la supervivencia y el modo de vida de millones de personas se ven amenazados, preocuparse por unos cuantos miles de avetoros que chocan con los vidrios de un estadio?

Para responder esta pregunta es importante reconocer que el drástico sobrecalentamiento del planeta ya es un hecho consumado. Ningún jefe de Estado, ni en las naciones más amenazadas por inundaciones y sequías ni en los países más virtuosamente implicados en el uso de fuentes de energía alternativas, se ha comprometido a anular por completo la huella de carbono. Sin ese compromiso, «alternativa» sólo significa «adicional»; es decir, posponer la catástrofe humana en lugar de prevenirla. La Tierra, tal como la conocemos ahora, se parece a un paciente con un cáncer maligno. Podemos escoger un tratamiento agresivo que la desfigurará, dañando todos sus ríos y arruinando todos sus paisajes con cultivos para biocombustibles, granjas solares y aerogeneradores sólo para comprar unos años extra de calentamiento moderado, o podemos realizar un tratamiento que permita una mayor calidad de vida combatiendo en cierta medida la enfermedad, pero protegiendo las áreas en las que sobreviven los animales y las plantas salvajes

a costa de acelerar un poco la catástrofe humana. Una ventaja de este segundo enfoque sería que, si apareciera una cura milagrosa, como la energía de fusión, o si los índices de consumo global y de crecimiento de la población declinaran en algún momento, aún quedaría algún ecosistema intacto que salvar.

Escoger la conservación de la naturaleza a expensas de un potencial perjuicio humano sería más inquietante si la naturaleza todavía tuviese alguna ventaja sobre nosotros, pero vivimos en el Antropoceno, en un mundo hecho cada vez más a nuestra medida. Hacia el final del capítulo dedicado a la ética, Jamieson plantea la cuestión de si es bueno o malo que la arcádica Manhattan de 1630, repleta de bosques exuberantes y abarrotada de peces y pájaros, se haya convertido en la Manhattan del parque High Line y del Metropolitan Museum. Personas diferentes darían respuestas distintas. El caso es que ese cambio se produjo y no se puede deshacer, igual que no se puede deshacer el cambio climático. Nuestros antepasados nos legaron un mundo lleno de cosas buenas y malas, y nosotros dejaremos a nuestros descendientes un mundo con otras cosas buenas y malas. Siempre hemos practicado el expolio universal, pero también tenemos una increíble capacidad de adaptación; el cambio climático sólo es la misma historia de siempre, pero a lo grande. Las únicas amenazas al hecho mismo de existir que nuestra especie se ha autoinfligido son la guerra nuclear y los microorganismos modificados genéticamente.

Lo único que resulta en verdad novedoso es que estamos provocando extinciones masivas. No a todo el mundo le importan los animales salvajes, pero aquellos que los consideran un bien irremplazable cuyo valor no debe calcularse en dinero tienen en su favor un argumento ético positivo. Es el mismo que planteó Rachel Carson en *Primavera silenciosa*, el libro que supuso el pistoletazo de salida para el movimiento ecologista moderno. Carson advertía de los peligros de la polución para los seres humanos, pero el eje moral de su libro estaba implícito en el título: ¿de verdad nos da igual eliminar a los pájaros de este mundo? Los peligros del dióxido de carbono de hoy en día son mucho mayores que los del DDT, y el cambio climático puede ser, tal como afirma la National Audubon Society, la principal amenaza para los pájaros a largo plazo, pero yo ya sé que no podemos evitar el calentamiento global cambiando las bombillas y sin embargo sigo queriendo hacer *algo*.

En *Annie Hall*, cuando el joven Alvy Singer deja de hacer los deberes, su madre lo lleva al psiquiatra. Resulta que Alvy ha leído que el universo se está expandiendo y que inevitablemente llegará un día en que todo acabará por estallar, lo que a sus ojos es un argumento para dejar de hacer los deberes: «¿Qué sentido tiene?» A la sombra de los enormes problemas globales, con sus enormes remedios globales, cualquier acción a pequeña escala en defensa de la naturaleza puede parecer igualmente insignificante. Pero la madre de Alvy no estaba dispuesta a tragárselo: «¡Estás en Brooklyn! ¡Brooklyn no se está expandiendo!», le dice. Todo depende del significado que le demos a la palabra «insignificante».

El cambio climático comparte muchos atributos con el sistema económico que está acelerándolo. Igual que el capitalismo, es transnacional, impredeciblemente perturbador, capaz de agravarse por sí mismo e inevitable. Desafía la resistencia individual, genera grandes ganadores y perdedores y tiende a producir una uniformidad global: la extinción de la diferencia en el nivel de las especies, la uniformidad de las prioridades en el nivel institucional. También encaja bien con la industria tecnológica al alentar la idea de que sólo la tecnología, ya sea gracias a la eficacia de Uber o a algún golpe maestro de la geoingeniería, permitirá resolver el problema de las emisiones de gases de efecto invernadero. Como relato, el cambio climático es casi tan simple como «Los mercados se autorregulan». La historia se puede contar en menos de ciento cuarenta caracteres: estamos cogiendo el carbono que antes era secuestrado y lo estamos poniendo en la atmósfera, y si no dejamos de hacerlo podemos darnos por jodidos.

La tarea del conservacionismo, en cambio, es novelística: no hay dos lugares iguales y ningún relato es sencillo. Cuando viajé a Perú el pasado mes de noviembre para ver el trabajo de una sociedad mixta peruano-estadounidense, la Amazon Conservation Association, mi primera parada fue en una pequeña comunidad indígena de los altiplanos al este de Cuzco. Con la ayuda de Amazon Conservation, esta comunidad se dedica a reforestar laderas andinas, evitar incendios forestales y comerciar con una legumbre local llamada *tarwi*, una variante del altramuza que puede crecer en tierras degradadas y que resulta rentable gracias a su popularidad en Cuzco. En un edificio viejo y polvoriento, con el suelo de tierra, las mujeres de la

comunidad me dieron de comer un guiso de tarwi y un pan de tarwi denso y dulce. Después del almuerzo, en un patio cercano, paseé por un huerto de pimpollos autóctonos que la comunidad se propone plantar a mano en las laderas más pronunciadas para luchar contra la erosión y mejorar la calidad del agua de la localidad. A continuación visité una comunidad cercana que se ha comprometido a conservar intacta su superficie forestal y ha montado una granja orgánica experimental. La granja funciona a pequeña escala, pero para la comunidad significa tener agua más clara en los arroyos y la capacidad de autoabastecerse, mientras que para Amazon Conservation representa un modelo que pueden extrapolar a otras comunidades. Los gobiernos regional y municipal tienen dinero procedente de la minería y el petróleo y podrían gastárselo en la revitalización de los altiplanos a partir de dicho modelo. «No somos celosos», me dijo Daniela Pogliani, la directora peruana de Amazon Conservation. «Si el gobierno quiere usar nuestras ideas y atribuirse el mérito, no tenemos ningún problema.»

En una época proclive a toda clase de globalismos, un buen proyecto conservacionista tiene que responder a los nuevos criterios. Tiene que ser *amplio* porque la biodiversidad no sobrevivirá en un hábitat fragmentado por las plantaciones de palma para obtener aceite o las perforaciones para extraer gas. También debe respetar a la gente que viva alrededor y acomodarse a ella. (Las emisiones de carbono han desprovisto de todo significado el ideal de una naturaleza intocada por la mano del hombre; el nuevo ideal de lo natural no se mide en términos de virginidad, sino por la diversidad de organismos a los que permite completar sus ciclos vitales.) Y el proyecto debe ser resiliente respecto del cambio climático, ya sea en virtud de su tamaño o por incorporar gradientes altitudinales o una multiplicidad de microclimas.

Los altiplanos son importantes para el Amazonas porque de ellos proceden sus aguas y porque, a medida que el planeta se calienta, las especies ubicadas en zonas de menor elevación buscarán territorios más altos. El punto focal para Amazon Conservation es el parque nacional peruano de Manú, una franja de bosque pluvial de baja altitud más grande que Connecticut (el área del parque, estrictamente hablando, abarca más de un millón y medio de hectáreas). Habitado por grupos indígenas que rehúyen el contacto con el mundo exterior, dispone de protección legal absoluta contra la intrusión, pero la intrusión ilegal es endémica en los parques de los países



tropicales. Lo que Amazon Conservation quiere hacer en Manú, aparte de expandir su potencial en zonas más altas, es reforzar los márgenes del parque, amenazados por la tala extensiva, los cultivos de tala y quema y el auge de la explotación ilegal del oro en la región de Madre de Dios. Incluso si a Amazon Conservation, una ONG mitad estadounidense, le resultara viable políticamente comprar el terreno, no podría permitirse hacerlo. El proyecto aspira, por el contrario, a convertirse en un cinturón de protección para pequeñas reservas, tierras comunitarias autosuficientes y grandes extensiones dadas en concesión por el Estado para su conservación.

En los noventa kilómetros de carretera que bajan de los altiplanos se pueden llegar a ver casi seiscientas especies de pájaros. La carretera sigue un antiguo sendero que los pueblos precolombinos usaban para transportar hojas de coca de las tierras bajas a los altiplanos. En las veredas cercanas a la carretera, los investigadores de Amazon Conservation conviven pacíficamente con los traficantes de coca actuales. La carretera llega a su punto más bajo cerca de Villa Carmen, una antigua hacienda convertida en centro educativo, alojamiento para ecoturistas y granja experimental en la que se hacen pruebas con una sustancia llamada *biocarbón*. El biocarbón, producido a base de quemar desechos de madera en hornos de alta temperatura y pulverizarlos una vez carbonizados, permite el secuestro de carbono en los campos de cultivo y ofrece una opción barata para enriquecer suelos empobrecidos. Para los granjeros locales supone una alternativa a la agricultura de tala y quema, con la que se destruye el bosque para cultivar la tierra y que, al agotar rápidamente el suelo, no deja más remedio que seguir destruyendo más bosque. Ni siquiera un país rico como Noruega, empeñado en reducir sus emisiones de carbono y mitigar su sentido de culpa, puede salvar los bosques pluviales con el simple recurso de comprar tierras y rodearlas con una cerca porque no hay cerca capaz de ofrecer resistencia a las fuerzas sociales. La manera de salvar un bosque es ofrecer alternativas a la tala a quienes viven en él.

En la comunidad indígena de Santa Rosa de Huacaria, cerca de Villa Carmen, el cacique de la comunidad, don Alberto Manqueriapa, me dio un paseo por la piscifactoría que han desarrollado con la ayuda de Amazon Conservation. La reproducción a gran escala en piscifactorías es problemática en otras partes del mundo, pero las instalaciones a escala menor en la

Amazonia, con especies locales como el paco, se cuentan entre las fuentes de proteína animal más sostenibles y menos destructivas. La instalación de Huacaria alimenta a sus treinta y nueve familias y les proporciona un excedente de pescado que pueden vender. Mientras comíamos (paco de la piscifactoría con yuca, asado al fuego dentro de varas de bambú taponadas en ambos extremos con hojas de heliconia) don Alberto habló de manera conmovedora sobre los efectos del cambio climático que había podido comprobar a lo largo de su vida. «El sol calienta más ahora», contó. Entre su pueblo, algunos habían empezado a padecer cáncer de piel, desconocido para ellos en el pasado. Aun así, él seguía comprometido con el bosque. Amazon Conservation ayuda a esta comunidad a conseguir títulos de propiedad de sus tierras y a desarrollar esquemas de asociación con el parque nacional. Don Alberto me dijo que una empresa productora de medicamentos naturales le había ofrecido un anticipo y había puesto a su disposición un avión privado para que volara por todo el mundo dando conferencias sobre medicina tradicional, pero que lo había rechazado.

Lo más llamativo de la manera de trabajar de Amazon Conservation es la pequeñez de la infraestructura requerida. Hay ocho hembras de paco de las que se obtienen los huevos necesarios para toda una temporada y unos tanques de plástico de lo más humilde en los que viven los alevines. Hay unos montones de tierra cónicos junto a los que se sientan las mujeres del altiplano para ir llenando unas bolsas pequeñas de plástico en los que plantan vástagos de árboles. Hay unas sencillas casetas de madera que Amazon Conservation construye para que los indígenas que se dedican a cosechar la nuez de Brasil puedan proteger los frutos de la lluvia: algo así puede marcar la diferencia entre ganarse la vida, verse obligado a talar el bosque o no tener más remedio que abandonarlo. Y luego tienen un método para mantener un censo de pájaros en las tierras bajas: caminas cien metros, te detienes a mirar y escuchar y después caminas otros cien metros. En cada rincón, la modesta infraestructura contrasta con la enormidad de los proyectos contra el cambio climático: esos aerogeneradores mastodónticos, las granjas solares que se extienden hasta el horizonte, las nubes de partículas reflectoras en torno al globo terráqueo que imaginan los geoingenieros. La diferencia de tamaño hace que el significado que esas acciones tienen para quienes las llevan a cabo sea distinto. El significado de las acciones relacionadas con el clima,

como no producen ningún resultado tangible, es necesariamente escatológico: tiene que ver con un Día del Juicio Final que pretendemos posponer. El significado del conservacionismo en el Amazonas es de estilo franciscano: prestas tu ayuda a algo que amas, algo que tienes ahí delante, y puedes ver el resultado.

Del mismo modo en que los países desarrollados, tras haber contribuido durante mucho tiempo y de manera desproporcionada a la emisión de dióxido de carbono, ahora esperan que las naciones en desarrollo compartan la carga de reducirla: los países de Europa y América del Norte, ricos en dinero pero pobres en un sentido biológico, necesitan que los países tropicales se ocupen de salvaguardar la biodiversidad del planeta. Sin embargo, muchos de ellos aún están recuperándose del colonialismo y tienen problemas más urgentes. La parte de la deforestación de la amazonia brasileña atribuible a los ricos, por ejemplo, es muy reducida. Los que deforestan son familias pobres desplazadas de regiones más fértiles donde las grandes compañías agrícolas, dotadas de un capital enorme, cultivan azúcar de caña, destinado a la producción de etanol y refrescos, y eucaliptos, cuya pulpa se usa para producir pañales en Estados Unidos. El auge de la extracción de oro en Madre de Dios no es sólo una catástrofe ecológica, sino también un desastre humano. Circulan informes muy extensos sobre la intoxicación por mercurio y sobre el tráfico de seres humanos, pero el Estado peruano y los gobiernos locales no le han puesto fin porque ofrece a los mineros una mejor manera de ganarse la vida que en las regiones empobrecidas de las que proceden. Además de adaptar su tarea a la medida de las necesidades y capacidades de la población local, un grupo como Amazon Conservation tiene que orientarse en un paisaje político extremadamente complejo.

En Costa Rica conocí a un especialista en biología tropical de setenta y seis años, Daniel Janzen, que ha pasado media vida dedicándose exactamente a eso. Janzen y su esposa, Winnie Hallwachs, son los arquitectos del que tal vez sea el proyecto conservacionista más audaz y exitoso de los trópicos del Nuevo Mundo: el Área de Conservación de Guanacaste (ACG). Cuando Janzen y Hallwachs empezaron a trabajar en ese proyecto en 1985 tenían muchas ventajas: Costa Rica era una democracia estable cuyo sistema de parques y reservas comprendía un cuarto del territorio y se había ganado la

admiración internacional, y Guanacaste, la región boscosa del norte donde se ubica el proyecto, era una zona remota, de población escasa y sin atractivo para los grandes negocios agrícolas. Sin embargo, no deja de ser extraordinario que Janzen y Hallwachs logaran crear una reserva a la altura de los criterios de hoy en día (es enorme, guarda buena relación con las comunidades colindantes e incluye una reserva marina, las laderas secas de una cordillera volcánica y un bosque lluvioso caribeño) porque él y su esposa eran dos científicos pobres y porque la política siempre resultó complicada.

Costa Rica es famosa por no tener ejército, pero la administración de sus parques tiene una organización militar. El cuartel general se encuentra en la capital, San José, y tanto los guardas como el resto del personal van rotando a discreción por toda la red de parques, que funcionan esencialmente como territorios que defender frente a los ejércitos de posibles intrusos. Janzen y algunos legisladores sagaces se dieron cuenta de que, en un país con un potencial económico limitado, una enorme cantidad de tierra protegida y una escasa capacidad de recaudar fondos para la protección, defender parques llenos de madera, caza y minerales era como defender mansiones en un gueto. La ACG experimentó con una estrategia nueva: los parques nacionales y las reservas que contenían quedarían exentos de la política de rotación que hasta entonces se había aplicado al departamento de administración de los parques, lo cual posibilitaba que el personal echase raíces y desarrollara un compromiso con la tierra y el concepto de conservación. Además, se pedía que todos los empleados, incluidos los policías, se implicaran en algún proyecto significativo, ya fuera de conservación ecológica o de investigación científica.

En los primeros años, a menudo el trabajo consistía en luchar contra el fuego. Buena parte de las tierras de la ACG de hoy fueron en otro tiempo ranchos cubiertos de pastos africanizados. Con dinero aportado por The Nature Conservancy y los gobiernos de Suecia y Costa Rica, sumado a lo que recaudaba pasando la gorra tras sus conferencias en Estados Unidos, Janzen consiguió comprar una gran extensión de tierras de pastura y remanentes de bosque que se extendía entre dos parques nacionales. Al retirar el ganado, los incendios pasaron a representar la mayor amenaza para el proyecto. Janzen experimentó plantando vástagos de especies arbóreas locales, pero no tardó en llegar a la conclusión de que la reforestación natural, gracias a las semillas

transportadas por el viento y las deposiciones de los animales, funcionaba mejor. Cuando el bosque empezó a crecer de nuevo y disminuyó el riesgo de incendios, desarrolló una misión más ambiciosa para los empleados de la ACG: crear un inventario completo de las trescientas setenta y cinco mil especies de animales y plantas que, según las estimaciones, se encuentran entre sus confines.

Tomando como modelo la palabra «paralegal», Janzen acuñó «parataxónomo» para designar a los guanacastecos que contrataba. No tienen títulos universitarios, pero tras un período de formación intenso quedan capacitados para desempeñar un verdadero trabajo científico. Caminan por bosques secos de la zona del Pacífico y los húmedos bosques caribeños, donde recogen especímenes y los clasifican para luego tomar muestras de tejidos y realizar análisis de ADN. En la actualidad, Janzen cuenta con treinta y cuatro parataxónomos a los que consigue pagar salarios respetables gracias a dinero procedente de becas, a los intereses de una pequeña donación y a su perseverancia para recaudar fondos. Janzen me contó que los parataxónomos están tan motivados y tienen tanto afán por aprender como sus mejores estudiantes de posgrado. (Es profesor de biología en la Universidad de Pensilvania.) Yo mismo vi a un equipo dedicar un sábado por la mañana a recoger un surtido de hojas para unas orugas que estaban criando en bolsas de plástico, y a otro salir un domingo por la mañana a explorar la selva en busca de especímenes.

De los tres nuevos criterios para medir el éxito de los proyectos medioambientales, el más difícil de conseguir es la integración con las comunidades que los rodean. El empeño taxonómico de Janzen contribuye de diversas maneras a cumplir este objetivo. De entrada, para que a los costarricenses les importe la biodiversidad (su país, con una extensión del 0,03 por ciento de la superficie terrestre, contiene el cuatro por ciento de todas las especies existentes), han de saber en qué consiste. La biodiversidad es una abstracción, pero cientos de cajones llenos de especímenes de polillas de Guanacaste sujetos con un alfiler y dotados de nombre propio en una sala con aire acondicionado del Parque Nacional de Santa Rosa no lo son. La ciencia palpable, la historia específica que contiene cada planta tóxica, cada avispa parasítica, supone también un foco de interés para los colegiales guanacastecos, a los que la ACG ofrece alojamiento desde hace más de

treinta años. Si de niño has pasado una semana en el bosque, observando crisálidas y excrementos de ocelotes, tal vez de adulto veas en él algo más que un mero recurso económico.

Por último, y tal vez sea lo más importante, los parataxónomos generan un sentimiento de propiedad entre la población local. Algunos equipos están formados por matrimonios, y muchos viven en las estaciones de investigación desperdigadas a lo largo y ancho del territorio de la ACG, donde cumplen una función protectora mayor que la que jamás podrían cumplir los guardas armados, porque son amigos y parientes de los vecinos. Durante mi estancia en Guanacaste, pasé muchas veces por la entrada de Santa Rosa y nunca vi un guarda. Según Janzen, tanto la caza furtiva como la tala ilegal son mucho menos habituales en la ACG que en otros parques costarricenses que utilizan la forma tradicional de vigilancia.

Janzen y Hallwachs pasan la mitad del año en una cabaña diminuta y abarrotada de cosas cerca del cuartel general de Santa Rosa. Ciervos, agutíes, Urracas Hermosas, avispas y monos frecuentan los cuencos de agua que ellos mismos dejan delante de la cabaña. Con el paso de los años se han quedado como mascotas un puercoespín y un búho pigmeo, ambos rescatados por ellos, aunque Janzen me comentó en tono melancólico que le habría encantado poder tener como mascota una serpiente de cascabel. Con su barba blanca, descamisado, con zapatillas deportivas y unos pantalones verdes de algodón sucios, parece recién salido de una novela de Conrad. Hallwachs, especializada en ecología tropical, es más joven, más conciliadora y se le da bien convertir la racionalidad científica de Janzen en moneda convencional de cambio social.

Aun tratándose de un bosque seco en plena estación seca, el bosque de Santa Rosa me pareció desesperadamente seco. Hallwachs señaló las nubes que cubrían los volcanes y me explicó que a lo largo de los últimos quince años se habían ido desplazando hacia arriba, en un presagio del cambio climático. «Antes solía ganar cajas de cervezas apostando qué día llegarían las lluvias —me aseguró—. Siempre era el 15 de mayo, pero ahora ya no se sabe cuándo van a llegar.» Añadió que la población de insectos de Guanacaste había disminuido en las cuatro décadas que lleva estudiándola, y me explicó que se había planteado contarlos en un ensayo, pero ¿para qué iba a servir? Sólo para deprimir a la gente. La pérdida de especies de insectos ya

está dañando a los pájaros que se alimentan de ellos y a las plantas que se benefician de su polinización, y las pérdidas sin duda aumentarán a medida que se caliente el planeta. Sin embargo, para Janzen el calentamiento no vuelve inútil el trabajo de la ACG. «Si tuvieras el único Rembrandt del mundo —me dijo—, y alguien fuera y lo rajara con un cuchillo, ¿lo tirarías?»

Mi visita coincidió con la noticia del descubrimiento de una tecnología rompedora para obtener etanol de la celulosa. Desde una perspectiva climática, la producción eficaz de biocombustible tiene un enorme atractivo, pero para Janzen sólo representa un desastre más: las grandes empresas de monocultivos agrícolas ya se han apropiado de las tierras más fértiles de Costa Rica. ¿Qué le ocurriría al país si se pudiera obtener combustible para los coches a partir de bosques replantados? Mientras la reducción del cambio climático se imponga a cualquier otra inquietud ecológica, ningún paisaje estará a salvo en la Tierra. Igual que la globalización, el climatismo es alienante. Los estadounidenses viven hoy en día ajenos al daño ecológico que causan sus hábitos de consumo, y aunque los consumidores del futuro tengan más conciencia de su huella de carbono y llenen los depósitos con ecombustibles certificados, seguirán alienados. Sólo la apreciación de la naturaleza como una suma de hábitats específicos amenazados, más que la noción de algo abstracto que «se está muriendo», puede impedir la absoluta desnaturalización del mundo.

Guanacaste ya es la última extensión significativa de bosque seco de América Central, así que si se quieren conservar por lo menos algunas de las especies exclusivas de este hábitat, la reserva tiene que perdurar. «Pasa como con el terrorismo —me dijo Janzen—. Nosotros hemos de tener éxito todos los días, mientras que a los terroristas les basta con tenerlo una sola vez.» Las preguntas que él y Hallwachs se hacen a propósito del futuro tienen poco que ver con el calentamiento global: se preguntan cómo conseguir que la ACG sea económicamente autosuficiente y cómo arraigar su misión de manera permanente en la sociedad costarricense, cómo asegurarse de que no todos sus recursos acuáticos se dediquen al riego de cultivos y cómo prepararse para defenderse de los políticos de Costa Rica que en el futuro querrán allanar el terreno para la obtención de etanol a partir de la celulosa.

La pregunta que hacen casi todos los extranjeros que visitan Guanacaste es cómo puede aplicarse este modelo a otros centros de biodiversidad en los

trópicos. La respuesta es que no se puede. Nuestro sistema económico alienta la uniformidad de pensamiento: hay una solución óptima, un producto estrella del conservacionismo, y una vez identificado se puede producir a gran escala y vender en el mercado internacional. Tal como sugiere el contraste entre Amazon Conservation y la ACG, para conservar la diversidad biológica es necesario desarrollar diversas estrategias. Los buenos programas, como el proyecto de restauración de Gorongosa, de la Fundación Carr, en Mozambique; el de recuperación de la vida salvaje en islas del Pacífico y del mar Caribe, llevado a cabo por Island Conservation; la lucha de WildEarth Guardians por salvar las extensiones de artemisa del oeste americano y la mezcla de ecologismo cultural y biológico de EuroNatur en el sudeste europeo, por nombrar unos cuantos, no sólo actúan de manera local, sino que, forzosamente, también deben pensar de manera local.

Durante el tiempo que pasé con Janzen, apenas mencionó otros proyectos. Lo que le preocupa es lo que ama en concreto: el territorio específico de bosque seco en el que lleva a cabo su trabajo de campo como especialista en biología tropical o los costarricenses desfavorecidos que trabajan para la ACG y viven cerca de sus lindes. Sentado en una silla delante de su cabaña del bosque, era una fuente inagotable de historias. Me habló de la pista de aterrizaje que Oliver North construyó para los Contras en la península de Santa Elena y de cómo Santa Elena pasó a formar parte de la ACG. Me contó la historia de su descubrimiento de que las polillas de bosque seco pasan parte de su ciclo vital en bosques húmedos y cómo a partir de ahí él y Hallwachs expandieron el alcance de su proyecto, ya de por sí ambicioso. Y también la historia de los mil camiones cargados de pieles de naranja que la ACG recogió en una plantación dedicada a la producción de zumo con el compromiso de deshacerse de ellos a cambio de mil cuatrocientas hectáreas de bosque, y de cómo un ecologista pendenciero demandó a continuación a la empresa de los zumos por abandonar ilegalmente las cáscaras en suelo público pese a que, cuando se celebró el juicio, dichas cáscaras se habían podrido ya y se habían convertido en una marga que favorecía la reforestación. La historia de cómo Janzen y Hallwachs aprendieron a hacer negocios con varios terratenientes a la vez, haciéndoles ofertas por lotes completos de propiedades en un «todo o nada» que evitaba que se convirtieran en rehenes de un único propietario que no quisiera vender. La



historia del terrateniente que invertía los beneficios de la venta de tierras en un sistema de regadío para producir azúcar de caña en los alrededores de la ACG: un ejemplo de cómo la conservación revierte la entropía geográfica transformando tierras de uso mixto en zonas diferenciadas de terrenos protegidos y de explotación intensiva. Y la historia de cómo la ACG empezó a llamar «secretarios» a sus profesores porque el empleo de profesor no estaba reconocido dentro de la categoría de servicios sociales.

En 1985, cuando Janzen y Hallwachs se propusieron crear la ACG sin formación ni experiencia en tareas de conservación, no podían ni imaginarse estas historias. Guanacaste es algo que les ocurrió: la vida que escogieron vivir. Tal vez sea cierto, por supuesto, que «donde hay vida hay muerte», como le gusta decir a Janzen. Al oírlo, me pregunté si no podía ser que a los humanos les atrajera en secreto la visión de un planeta desnaturalizado por el clima, un mundo lleno de campos de pasto varilla y plantaciones de eucaliptos porque, al haber mucha menos vida, también habría mucha menos muerte. Desde luego, en el bosque a mi alrededor había muerte, una cantidad de muerte tangiblemente mayor que en un barrio suburbano o en una granja: jaguares que mataban ciervos, ciervos que mataban pimpanos, avispas que mataban orugas, boas que mataban pájaros y pájaros que mataban todo lo imaginable, cada uno según su especialidad; pero era porque el bosque estaba vivo.

Desde una perspectiva global puede parecer que el futuro presagia no sólo las muertes de cada uno de nosotros, sino también otra, mayor: la del mundo que nos es familiar. Al otro lado del río junto al que se levanta el centro de investigación Los Amigos, el de menor altitud de los centros de Amazon Conservation, se extienden kilómetros y kilómetros de bosque destrozado por los buscadores de oro. La ACG está rodeada de negocios agrícolas y construcciones costeras que se han concentrado allí precisamente por su presencia. Pero dentro de Los Amigos hay quetzales, tinamúes, trompeteros, con todo lo que representa su presencia continuada. Dentro de la ACG hay un bosque que no existía hace treinta años, con árboles de más de treinta metros y cinco especies de grandes felinos, tortugas marinas que excavan sus nidos junto al mar y bandadas de periquitos que celebran banquetes de sociedad en los árboles frutales. Tal vez los animales no puedan darnos las gracias por permitirles vivir, y sin duda ellos no harían lo mismo si nos intercambiáramos

los papeles, pero somos nosotros, y no ellos, quienes necesitamos que la vida tenga sentido.

# CAPITALISMO DESENFRENADO

(SOBRE SHERRY TURKLE)

Sherry Turkle es una voz singular en el discurso sobre tecnología. Es una escéptica que en otro tiempo fue creyente, una psicóloga clínica entre los embaucadores de la industria y los literatos proclives a rasgarse las vestiduras, una empirista entre los anecdotistas caprichosos, una moderada entre extremistas, una realista entre los fantasiosos, una humanista sin rastro de ludismo: una adulta. Ostenta una cátedra en el MIT y mantiene relaciones académicas estrechas con los expertos en robótica y los ingenieros de informática emocional que trabajan allí. Al contrario que Jaron Lanier, que carga con el sambenito de trabajar para Microsoft, o Evgeny Morozov, que tiene una perspectiva bielorrusa, Turkle se ha ganado desde dentro el respeto y la confianza. Desde esa posición, funciona como una especie de voz de la conciencia del mundo tecnológico.

Su libro anterior, *Alone Together* [Juntos pero solos], era un informe y una crítica de las relaciones humanas en la era digital. Tras observar cómo interactuaba con robots una serie de personas, además de entrevistarlas acerca de sus ordenadores y teléfonos, Turkle hizo un inventario de los modos en que las nuevas tecnologías vuelven obsoletos los viejos valores. Cuando reemplazamos a los cuidadores humanos por robots o la conversación por el intercambio de mensajes de texto, empezamos con el argumento de que esos reemplazos son «mejor que nada», pero luego acabamos considerándolos «mejores en todo»: más limpios, con menos riesgo, menos exigentes. En paralelo a este cambio, cada vez se prefiere más lo virtual a lo real. A los robots no les importa la gente, pero resulta sorprendente la rapidez con que las personas estudiadas por Turkle se conformaban con la mera *sensación* de

que alguien cuidaba de ellos y, en la misma medida, declaraban preferir la *sensación* de pertenencia a la comunidad que les aportan las redes sociales porque está libre de los riesgos y compromisos que implican las comunidades en el mundo real. En sus entrevistas, una vez tras otra, Turkle constataba una profunda decepción con los seres humanos, que somos falibles y olvidadizos, impredecibles y dependientes, mientras que las máquinas están programadas para no tener esos defectos.

En su nuevo libro, *En defensa de la conversación*, Turkle extiende su crítica para poner el énfasis no tanto en los robots como en la insatisfacción que los sujetos de sus entrevistas más recientes manifiestan a propósito de la tecnología. Turkle interpreta esta insatisfacción como una señal esperanzadora y su libro es directamente una llamada a las armas: nuestra entusiasta sumisión a la tecnología digital ha provocado la atrofia de algunas capacidades humanas, como la empatía y la introspección, y ha llegado la hora de reafirmarnos, comportarnos como adultos y poner la tecnología en su sitio. Igual que en *Alone Together*, el argumento de Turkle resulta poderoso por la amplitud de su investigación y la agudeza de su penetración psicológica. Las personas a las que entrevista han adoptado las nuevas tecnologías en busca de más control, pero se han encontrado con que las tecnologías las controlaban a ellas. Las identidades que han creado en las redes sociales, idealizadas para obtener la aprobación ajena, han provocado que ellos mismos estén más aislados que nunca. Se comunican incesantemente, pero temen las conversaciones cara a cara; les preocupa, a menudo con un punto de nostalgia, estar perdiéndose algo fundamental.

La conversación es el principio organizativo de Turkle porque una buena parte de lo que constituye lo humano se ve amenazado cuando lo reemplazamos por la comunicación electrónica. La conversación presupone soledad, por ejemplo, porque es en soledad que aprendemos a pensar por nosotros mismos y desarrollamos un sentido estable de nuestra propia identidad, algo esencial para aceptar a los demás como son. (Si no somos capaces de separarnos de nuestros teléfonos inteligentes, dice Turkle, consumimos a los demás «a trozos, como si los usáramos como piezas de recambio para reforzar nuestras frágiles identidades».) La atención de los padres en la conversación propicia en los niños la sensación de que están sólidamente conectados y les permite hablar de sus sentimientos en vez de

limitarse a reaccionar a ellos. (Turkle cree que la práctica cotidiana de la conversación entre los miembros de la familia contribuye a «vacunar» a los niños contra el acoso escolar.) Cuando hablas con alguien en persona te ves obligado a reconocer toda su realidad humana, y así se origina la empatía. (Un estudio reciente muestra un pronunciado declive de la empatía, según la medición de los tests psicológicos estándar, entre estudiantes universitarios de la generación de los teléfonos inteligentes.) Además, la conversación conlleva el riesgo de caer en el aburrimiento, un estado que los teléfonos inteligentes nos han enseñado a temer más que a ningún otro, aunque también es allí donde se desarrollan la paciencia y la imaginación.

Turkle examina todos los aspectos de la conversación (con uno mismo en soledad, con la familia y los amigos, con profesores y parejas, con colegas y clientes, con el resto de la sociedad) y revela la erosión que la electrónica ha provocado en cada uno de ellos. Facebook, Tinder, los COMA (Cursos Online Masivos y Abiertos), el envío compulsivo de mensajes de texto, la tiranía del correo electrónico en las oficinas y el cómodo activismo de sillón que se da en las redes; cada uno recibe lo suyo. Pero el capítulo más conmovedor y representativo del libro tiene que ver con el abandono de la conversación en las familias. Según los jóvenes entrevistados por Turkle, el círculo vicioso funciona así: «Los padres regalan un teléfono a sus hijos. Los hijos, al no conseguir que sus padres dejen de mirar sus propios teléfonos y les presten atención, se refugian en sus aparatos. Entonces los padres se acogen al hecho de que sus hijos están absortos en los teléfonos para usar los suyos tan a menudo como les dé la gana.» Para Turkle, la responsabilidad recae directamente sobre los padres: «El modo más realista de romper ese círculo es que los padres den un paso adelante en la aceptación de su responsabilidad como mentores.» Admite que esto puede resultar difícil, que los padres temen ir a la zaga de sus hijos en la carrera tecnológica, que conversar con niños pequeños exige paciencia y práctica, que es fácil demostrar el amor paternal tomando montones de fotos y colgándolas en Facebook; sin embargo, al contrario que en *Alone Together*, donde Turkle se contentaba con presentar un diagnóstico, el tono de *En defensa de la conversación* es terapéutico y acuciante: llama a los padres a entender lo que está en juego en el contexto de la conversación en familia («el desarrollo de la confianza y la autoestima», «la capacitación para la empatía, la amistad y

la intimación») y a reconocer su propia vulnerabilidad ante los hechizos de la tecnología. «Aceptad vuestra vulnerabilidad —sugiere—. Apartad la tentación.»

*En defensa de la conversación* se aprecia mejor si se concibe como un libro de autoayuda sofisticado. Argumenta convincentemente que los niños se desarrollan mejor, los estudiantes aprenden mejor y los empleados trabajan mejor cuando sus mentores dan ejemplo y se conceden tiempo para la interacción personal cara a cara. Menos persuasivo es su llamamiento a la acción colectiva. Cree que podemos y debemos diseñar una tecnología «que exija un uso más deliberado». Escribe a favor de una interfaz para los teléfonos inteligentes que «en vez de animarnos a permanecer conectados el mayor tiempo posible nos anime a desconectarnos». Sin embargo, una interfaz de este estilo supondría una amenaza para prácticamente todos los modelos de negocio de Silicon Valley, donde enormes capitalizaciones de mercado dependen de la capacidad de mantener a los consumidores enganchados a sus aparatos. Turkle confía en que las exigencias de éstos, que han obligado a la industria alimentaria a crear productos más sanos, acaben obteniendo concesiones similares de la industria tecnológica, pero esa analogía es imperfecta: las empresas alimentarias ganan dinero vendiendo algo esencial, no por poner publicidad dirigida en una chuleta de cerdo o por extraer y difundir los datos personales que aporta quien se la está comiendo. Además, es una analogía políticamente inquietante: como las plataformas que disuaden de permanecer conectado son menos rentables, tendrían que cobrar un suplemento que sólo los consumidores prósperos y cultos, como los que suelen comprar en las tiendas pijas de comida sana, estarían en condiciones de pagar.

Aunque *En defensa de la conversación* trata el tema de las políticas de privacidad y de los robots destinados a sustituir empleados, Turkle no se atreve con las consecuencias más radicales de sus descubrimientos. Cuando señala que Steve Jobs prohibía el uso de tabletas y teléfonos inteligentes en la mesa durante la cena y animaba a su familia a hablar de libros y de historia, o cuando cita a Mozart, Kafka y Picasso a propósito del valor de la soledad sin distracciones, está describiendo los hábitos de gente altamente eficaz. Y, por supuesto, las familias que tengan las condiciones necesarias para comprar su

nuevo libro y leerlo tal vez aprendan a limitar su exposición a la tecnología e incluso a utilizarla mejor, pero ¿qué pasa con la gran masa de gente que está demasiado ansiosa, o solitaria, para resistirse al atractivo de la tecnología, demasiado empobrecida o agobiada por el trabajo para huir de los círculos viciosos? En *The World Beyond Your Head* [El mundo más allá de tu cabeza], Matthew Crawford contrasta el mundo de las salas de espera disponibles en los aeropuertos para el común de los mortales (abarrotaadas de publicidad, llenas de pantallas hipnotizantes) con el mundo tranquilo de las salas de primera clase, libres de publicidad: «Para ponerse a pensar de un modo atrevido e inventivo y tal vez generar riqueza para uno mismo durante esas horas de ocio que transcurren en un aeropuerto hace falta silencio, pero las mentes de los demás, de esos que están en la sala de espera común (o en la parada del autobús), se pueden tratar como un recurso: una reserva permanente de capacidad de consumo.» Nuestras tecnologías digitales no son neutrales políticamente. El joven que no puede ni quiere estar solo, conversar con la familia, salir con amigos, acudir a una conferencia o llevar a cabo un trabajo sin consultar su teléfono es un símbolo de cómo la política económica se adhiere a nuestros cuerpos como una sanguijuela. La tecnología digital es el capitalismo desenfrenado inyectándonos su lógica de consumo y promoción, rentabilización y eficiencia económica, cada minuto que pasamos despiertos.

Resulta tentador relacionar el auge de la «democracia digital» con el crecimiento pronunciado de los niveles de desigualdad económica, ver en eso algo más que una paradoja. Sin embargo, tal vez la erosión de los valores sea un precio que la mayoría de la gente está dispuesta a pagar a cambio de la «gratuita» comodidad de Google, el consuelo que ofrece Facebook y la compañía fiable que nos brindan los iPhones. El atractivo de *En defensa de la conversación* radica en su evocación de un tiempo, no tan lejano, en el que la conversación, la intimidad y el debate rico en matices no eran bienes de lujo. No es culpa de Turkle que se pueda leer su libro como un manual para privilegiados: se dirige a una clase media en la que ella misma se crió e invoca unas reservas de potencial humano que antes podían encontrarse en cualquier sitio, pero la clase media, como sabemos, está desapareciendo.

# OJALÁ TENGAS UNA VIDA HORRIBLE

Una vez, estaba inspeccionando jaulas llenas de tórtolas y codornices en un mercado de aves de Marsa Matruh, un pueblo turístico de Egipto, cuando uno de los vendedores vio algo en mi cara (debí fruncir el ceño sin darme cuenta) y me dijo con sarcasmo: «A los americanos os dan mucha pena los pájaros, pero no os da ninguna pena bombardear la tierra de los demás.»

Podría haberle contestado que a uno le pueden dar pena los pájaros y las bombas, que dos errores no hacen un acierto, pero me pareció que aquel vendedor de pájaros de algún modo tenía razón respecto del problema de la conservación de la naturaleza en un mundo lleno de conflictos humanos, que lo que decía no era tan fácil de refutar. El hombre se besó las yemas de los dedos para expresar lo sabrosos que eran los pájaros y yo seguí frunciendo el ceño ante las jaulas.

Para cualquier visitante de Estados Unidos, donde la caza de aves está bien regulada, nadie come pájaros cantores y sólo los chicos malcriados de las granjas les disparan, la situación en la cuenca mediterránea resulta espantosa. Cada año, a lo largo y ancho de esa zona se matan cientos de millones de pájaros cantores y grandes aves migratorias por necesidad o por negocio, como deporte o por mera diversión. La matanza es en su mayor parte indiscriminada y tiene un gran impacto en especies ya de por sí muy perjudicadas por la destrucción o la fragmentación de su hábitat de crianza. En el Mediterráneo se dispara a las mismas grullas, cigüeñas y grandes aves de rapiña que los gobiernos del norte tratan de conservar con proyectos de millones de euros. En toda Europa la población aviar sufre un grave declive, una de cuyas causas es la matanza en el Mediterráneo.

La práctica de la caza y la captura con trampas es moneda corriente en Italia: durante casi todo el año, en los bosques y humedales de aquel país



retumban los disparos y resuenan los resortes de las trampas para pájaros cantores. Los franceses, tan amantes de la buena mesa, siguen comiendo Escribanos Hortelanos aunque sea ilegal y, de hecho, la lista de aves que pueden cazarse es particularmente larga en ese país, e incluye numerosas especies de pájaros de litoral en situación de riesgo. En España sigue siendo común la instalación de trampas para especies cantoras; los cazadores de Malta, frustrados por no disponer de cantera propia, se dedican a disparar a las aves migratorias que cruzan sus cielos; los chipriotas cazan mosquiteros a escala industrial y los consumen a dos carrillos desafiando la ley.

En la Unión Europea al menos hay restricciones teóricas a la matanza de aves migratorias. La opinión pública en la UE tiende a favorecer la conservación y hay diversos grupos conservacionistas que ayudan a los gobiernos a imponer la ley. (En Sicilia, donde antes se practicaba de forma desmedida la matanza de rapaces, la instalación de trampas está prácticamente erradicada y algunos de los que se dedicaban a la caza furtiva se han convertido en observadores de aves.) Donde sin duda no mejora la situación para las aves migratorias es en los países mediterráneos que no pertenecen a la Unión Europea. De hecho, cuando visité Albania y Egipto constaté que estaba empeorando de forma dramática.

El mes de febrero de 2012 trajo a Europa Oriental las temperaturas más frías de los últimos cincuenta años. Las ocas que normalmente hibernan en el valle del Danubio volaban al sur huyendo del frío y unas cincuenta mil descendieron a las llanuras de Albania agotadas y muertas de hambre. Fueron totalmente exterminadas. Hombres armados con escopetas y viejos Kaláshnikov se dedicaron a acribillarlas mientras las mujeres y los niños llevaban sus cadáveres a las ciudades para venderlos en restaurantes. Muchas de esas ocas habían sido anilladas por investigadores del norte: un cazador me dijo que había visto una con una anilla de Groenlandia. Aunque nadie pasa hambre en Albania, ese país tiene una de las rentas per cápita más bajas de Europa: la afluencia inusual de ocas vendibles suponía, literalmente, un dinero caído del cielo para los habitantes de las granjas y los pueblos de la zona.

El pasillo de migración más oriental de Europa pasa por los Balcanes. En Albania, la costa adriática, que en otros lugares presenta enormes dificultades

por su carácter montañoso, se abre a un sistema natural de una riqueza extraordinaria, formado por humedales, lagos y llanos costeros. Durante miles de años, los pájaros que viajaban hacia el norte desde África podían descansar y recuperar fuerzas allí antes de entregarse al esfuerzo de cruzar los Alpes Dináricos para llegar a sus territorios de crianza, y detenerse otra vez en otoño antes de cruzar de nuevo el Mediterráneo en sentido contrario.

Durante los cuarenta años de la dictadura marxista de Enver Hoxha, en Albania se sufrió una represión policial excepcional y en todo el territorio se levantaron miles de búnkeres de hormigón con forma de hongo que vigilaban las fronteras del país, cerradas a cal y canto. El totalitarismo destruyó el tejido social del país y sus tradiciones, pero no fue una mala época para las aves. Hoxha reservaba el privilegio de cazar, así como la posesión privada de armas, para sí mismo y unos pocos amigos de confianza. Tenía un coto de caza en la costa donde pasaba una semana al año. (A día de hoy, el Museo Nacional de Historia Natural todavía exhibe como trofeos aves cazadas por Hoxha y otros miembros del politburó.) Sin embargo, aquel puñado de cazadores tenía un impacto mínimo en los millones de aves migratorias que cruzaban el país, y el permanente atraso de la economía dirigida, unido al rechazo a los turistas que habrían podido llegar por el atractivo de sus playas, garantizaba que la riqueza de su hábitat costero permaneciera intacta.

Tras la muerte de Hoxha, en 1985, el país inició una difícil transición hacia la economía de mercado y pasó por un período en el que prácticamente imperó la anarquía: la gente asaltó las armerías del país y muchas armas del ejército fueron a parar a manos de ciudadanos comunes. Incluso después de que la ley fuera reinstaurada, los albaneses conservaron sus armas y el país experimentó un rechazo comprensible a cualquier propuesta de regulación. La economía empezó a crecer y, para toda una generación de jóvenes de Tirana, una de las maneras de expresar su recién adquirida libertad y su nueva prosperidad era comprar escopetas caras por millares y usarlas para algo que hasta entonces sólo podía hacer la élite: matar pájaros.

En Tirana, pocas semanas después de las grandes heladas de febrero, conocí a una joven que no estaba nada contenta con la nueva diversión de su marido, a quien le había dado por cazar. Me contó que se habían peleado por la escopeta, para cuya compra había tenido que pedir dinero prestado. Me explicó que él llevaba el arma en su Mercedes de 1986 y que una vez le había

visto pararse en la cuneta, saltar del coche y empezar a disparar a los pajaritos del tendido eléctrico.

—Me encantaría entender por qué lo hace —le comenté.

—Pues yo no lo consigo —me contestó—, y eso que lo hemos hablado muchas veces.

En cualquier caso, accedió a llamar con el móvil a su marido y le pidió que se reuniera con nosotros.

—Se ha puesto de moda y mis amigos me convencieron —me explicó el cazador, algo avergonzado—. No soy un cazador de verdad: nadie se hace cazador a los cuarenta. Pero soy nuevo en esto y me da gusto tener un arma con licencia, un arma buena y potente. Nunca había matado pájaros y al principio fue muy divertido. Era como cuando llega el verano y te apetece tirarte al mar. Era como tener la pelota en los pies, delante de la portería. Salía por ahí solo y me pasaba una hora vagando en coche por el monte. Como no tenemos zonas de protección bien definidas, disparaba a lo que podía, espontáneamente. Por desgracia, cuando te pones a pensar en los animales que estás matando ya no es tan divertido.

—Claro, ¿qué pasa con eso? —pregunté.

El cazador frunció el ceño.

—Esta situación me incomoda un poco. Mis amigos también empiezan a decirlo: «Ya no hay pájaros. Pasamos horas caminando sin ver ninguno.» Da miedo. A estas alturas, me alegraría si el gobierno prohibiera toda la caza durante dos años, o mejor cinco, para que se recuperen los pájaros.

Una veda de este tipo tiene un precedente: hace siete años, cuando el tráfico ilegal de drogas y personas en la costa se convirtió en un problema, el gobierno prohibió sin más la mayor parte de los barcos y yates privados. Pero el poder electoral en Albania depende de un equilibrio muy precario entre los dos partidos políticos principales y ambos tienen grandes reticencias a la hora de imponer regulaciones que podrían resultar impopulares para un asunto que no inquieta demasiado a la mayor parte de sus votantes.

De hecho, en Albania sólo hay una persona que defiende en serio a los pájaros, Taulant Bino, que además es el único verdadero observador de aves del país. Bino es el viceministro de Medio Ambiente y una mañana me llevó al Parque Nacional de Divjaka-Karavasta, la joya de la corona de las reservas costeras de Albania, una vasta zona de playas y humedales extraordinarios.

Era a mediados de marzo, época en que la caza está prohibida en todo el país y en la que el parque (en cuyo interior se prohíbe la caza todo el año) tendría que haber estado lleno de aves acuáticas y zancudas, ya fuera en hibernación o en proceso migratorio. Sin embargo, salvo por una laguna defendida por los pescadores y una lejana colonia isleña de Pelícanos Ceñudos —una especie majestuosa y amenazada que los albaneses se enorgullecen de albergar, aunque Enver Hoxha sí les daba caza—, las aves brillaban por su ausencia. Ni siquiera había patos.

Mientras circulábamos por la playa descubrimos una de las razones: un grupo de cazadores había puesto cebos y se dedicaba a disparar a los cormoranes y a las limosas. El director del parque, que nos acompañaba, se dirigió enojado a los cazadores y les dijo que se marcharan, pero en ese momento uno de ellos sacó un teléfono e intentó llamar a un amigo del gobierno. «¿Estás loco? —le gritó el director del parque—. ¿No te das cuenta de que estoy con el viceministro de Medio Ambiente?»

El ministerio de Bino ha salvaguardado, al menos sobre el papel, un hábitat suficientemente extenso para mantener poblaciones saneadas de aves que están migrando o criando.

—Cuando los ecologistas vieron que el desarrollo económico podía amenazar la biodiversidad —me contó Bino—, plantearon aumentar la red de zonas protegidas antes de que se vieran amenazadas por el desarrollo. Pero controlar a gente armada es difícil: necesitas a la policía. Aquí cerramos una zona en 2007 y aparecieron cuatrocientos cazadores que le disparaban a todo lo que se movía. Llegó la policía y confiscó unas cuantas armas, pero al cabo de unos días nos dijeron: «Esto es problema vuestro, no de nosotros.»

Por desgracia, el viejo chiste del comunismo sigue aplicándose a los agentes forestales responsables de las áreas protegidas: el gobierno hace ver que les paga y ellos hacen ver que trabajan. En consecuencia, nadie vigila el cumplimiento de la ley, hecho que los cazadores italianos, limitados en su país por las restricciones de la UE, descubrieron y explotaron de inmediato tras la muerte de Hoxha. Durante la semana que pasé en Albania no visité ni una sola área protegida en la que no hubiera cazadores italianos, pese a que la temporada de caza había finalizado ya incluso en las zonas libres de protección. En todos los casos, los italianos usaban equipos ilegales de sonido en los que reproducían el canto de los pájaros para atraerlos y disparaban a

placer contra toda clase de aves.

En una segunda visita a Karavasta, sin Bino, vi a dos hombres con ropa de camuflaje que se metían en un barco con sus armas. Evidentemente tenían prisa por arrancar sin darme tiempo a que hablara con ellos. Un hombre que los ayudaba desde la playa me dijo que eran albaneses, pero cuando los llamé a gritos contestaron en italiano.

—De acuerdo, son italianos —admitió el ayudante mientras ellos se alejaban en su motora—. Cardiólogos de Bari, muy bien equipados. Ayer estuvieron aquí desde el alba hasta la medianoche.

—¿Saben que se ha terminado la temporada de caza?

—Son listos.

—¿Cómo han entrado en el parque nacional?

—Está abierto.

—¿Y a quién pagan? ¿A los guardas?

—A los guardas no, más arriba.

—¿Al director del parque?

El ayudante encogió los hombros.

Albania estuvo en otro tiempo bajo el gobierno de Italia y muchos albaneses todavía ven a los italianos como un modelo de sofisticación y modernidad. Más allá del considerable perjuicio inmediato que causan en Albania, los turistas cazadores italianos han introducido una ética de matanzas indiscriminadas y nuevos métodos para lograrlas, como el uso de reproducciones sonoras que atraen a los pájaros con una eficacia catastrófica. Hoy en día, incluso en los pueblecitos de provincias, los cazadores albaneses tienen grabadas las llamadas de los patos en sus móviles y en sus iPods en versión MP3. Estos recursos nuevos y sofisticados, sumados a la posesión estimada de cien mil escopetas (en un país de tres millones de habitantes) y a una superabundancia de armas de todo tipo listas para utilizarse en cualquier momento, han convertido a Albania en una gigantesca trampa para la biomasa migratoria de Europa Oriental: de los millones de aves que entran, muy pocas salen vivas.

Las más listas o afortunadas evitan el país. En una playa de Velipoja vi grandes bandadas de patos que volaban afligidas de un lado a otro muy lejos de la costa, ya de por sí agotadas después de haber cruzado el Adriático, porque los cazadores locales, instalados en disparaderos situados en playas

bien espaciadas, les impedían alcanzar los humedales en los que solían alimentarse. Martin Schneider-Jacoby, un especialista en aves de la organización alemana EuroNatur, me contó que las bandadas de grullas que llegan a Albania desde el mar se dividen en dos grupos en función de su edad. Las aves adultas siguen volando a gran altitud mientras que los individuos inexpertos que migran por primera vez, al ver abajo un hábitat atractivo, descienden hasta que empiezan a sonar los disparos —siempre hay alguien dispuesto a pegar un tiro al azar— y se ven obligados a elevarse de nuevo para seguir a los adultos.

—Vienen del Sahara —me dijo Schneider-Jacoby—, y tienen que cruzar montañas de dos mil metros de altura: necesitan descansar. Tal vez tengan energía para superar las montañas, pero quizá nos les quede suficiente para reproducirse con éxito.

Al otro lado de la frontera albana, en Montenegro, Schneider-Jacoby me mostró las extensas salinas del pueblo de Ulcinj. Hasta hace poco, los cazadores montenegrinos mantenían las salinas tan desprovistas de pájaros como las áreas «protegidas» de Albania, a escasos kilómetros de allí, pero una ONG, el Centro de Protección e Investigación de Aves de Montenegro, se encargó de contratar a un único guarda para que informara a la policía cuando se presentaban los furtivos. El resultado ha sido extraordinario: se ven pájaros hasta donde alcanza la vista: miles de zancudos, miles de patos, todos ocupados en alimentarse. Aunque siempre es asombrosa, la migración primaveral nunca me lo había parecido tanto como en ese momento.

—Eurasia no puede permitirse un agujero negro como Albania —me dijo Schneider-Jacoby—. Se nos da demasiado bien matar a estos animales y en Europa todavía no hemos aprendido a mantener un sistema que permita a estos pájaros sobrevivir. De momento, lo único que parece funcionar es la veda. Si se deja de cazar, Albania tendrá el mejor hábitat de Europa: la gente vendrá a Karavasta a ver descansar a las grullas.

La situación de Albania no es desesperada. Parece que muchos de los que se incorporan a la práctica de la caza son conscientes de que algo debe cambiar; una mejor educación medioambiental y el previsible crecimiento del turismo extranjero podrían traducirse en un aumento de la demanda de áreas naturales bien conservadas, y la población aviar remontará deprisa si el

gobierno hace cumplir la ley en las áreas protegidas. Cuando me llevé al cazador aficionado y a su esposa a Karavasta y les enseñé los patos y los zancudos de la única laguna verdaderamente protegida, la esposa exclamó llena de orgullo y felicidad: «¡No sabíamos que aquí había pájaros como éstos!»<sup>4</sup>

Más al sur se hace difícil mantener la esperanza. Igual que en Albania, en Egipto la historia y la política militan contra la conservación ambiental. Oficialmente, el país ha firmado varios convenios internacionales que regulan la caza de aves, pero el resentimiento contra el colonialismo europeo, exacerbado por las tensiones con Israel y el conflicto entre la cultura musulmana tradicional y las libertades de Occidente, no hacen al gobierno más proclive a cumplirlos. Para acabarlo de arreglar, la revolución egipcia de 2011 supuso un repudio a la policía del país, por lo que el nuevo presidente, Mohamed Morsi, no puede permitirse imponer normativas con un celo excesivo. Preside un país pobre (aunque en ningún caso hambriento) formado por noventa millones de personas entre las que se cuentan ciertos grupos étnicos, como los beduinos, de los que no se puede decir que estén totalmente integrados en el tejido nacional. Morsi tiene preocupaciones mucho más urgentes que el medio ambiente.<sup>5</sup>

En el noreste de África, al contrario que en los Balcanes, también existe la antigua, habitual y generalizada tradición de capturar aves migratorias de todos los tamaños. (Se cree que la milagrosa provisión de carne que, según el relato bíblico, salvó a los israelitas en el desierto del Sinaí provenía de codornices migratorias.) Mientras esta práctica se llevaba a cabo con métodos tradicionales —redes tejidas a mano, trampas pegajosas, trampillas hechas con cañas, camellos como medio de transporte— el impacto en la población de aves migratorias eurasiáticas tal vez fuera sostenible; el problema de hoy en día es que la tradición sigue en pie, pero las nuevas tecnologías han aumentado considerablemente las capturas.

La divergencia cultural que más contribuye a frustrar las esperanzas, sin embargo, tal vez sea ésta: los cazadores egipcios no establecen diferencia alguna entre capturar peces y cazar aves. (De hecho, en el delta del Nilo se usan las mismas redes para ambas tareas.) Para muchos occidentales, los pájaros tienen un carisma y, en consecuencia, un estatus emocional, e incluso ético, del que carecen los peces. En el desierto del oeste de El Cairo, sentado

en una tienda junto a seis jóvenes beduinos que se dedicaban a cazar pájaros, vi una Lavandera Boyera dando saltitos en la arena. Tuve una reacción emocional: teníamos ante nosotros un animal diminuto y confiado, de bello plumaje, que acababa de volar varios cientos de kilómetros para cruzar el desierto. La reacción del cazador que tenía a mi lado fue agarrar una carabina de aire comprimido y disparar. Para él, cuando la lavandera huyó ilesa y revoloteando, fue como si se le hubiera escapado un pez; para mí, un raro momento de alivio.

Los seis beduinos, todos en torno a los veinte años, habían acampado en una arboleda de acacias dispersas rodeada en todas direcciones por arena tostada al sol de septiembre. Todos patrullaban la arboleda armados con una escopeta y varias carabinas de aire comprimido y se detenían para levantar a las aves de las acacias dando palmadas o tirándoles arena. El bosquecillo atraía como un imán a las aves que migraban hacia el sur y aquellos jóvenes mataban y se comían todas las que entraban en él, fuera cual fuese su especie, tamaño o estatus ecológico. Para ellos, cazar pájaros cantores era una forma de evadirse del aburrimiento, una excusa para salir en grupo y hacer cosas de chicos. También tenían un generador, un ordenador cargado de películas de serie B, una cámara réflex, gafas de visión nocturna y un Kaláshnikov para disparar por pura diversión: todos eran de familias adineradas.

Entre las capturas de la mañana, ensartadas en una varilla como si fueran pescados, había tórtolas, oropéndolas y avetoros diminutos. No es que los avetoros tengan mucha carne, ni siquiera las oropéndolas, pero con vistas a su largo viaje otoñal las aves migratorias acumulan reservas de grasa que se apreciaban en los lóbulos de sus barrigas cuando los cazadores las tumbaban. Servidas con arroz especiado, son una buena comida. Aunque en Oriente Próximo se dice que las oropéndolas son buenas para la potencia masculina (son «la Viagra natural», según me contaron), como no me hacía falta Viagra me comí sólo una tórtola.

Después de comer entró en la tienda un cazador con la lavandera que yo había visto saltar en la arena. Muerta parecía aún más pequeña que cuando estaba viva. «Pobrecita», dijo otro cazador y todos se echaron a reír: era una broma para el occidental.

Como en Egipto hoy en día se viaja en camión más que en camello, durante la temporada alta de otoño los cazadores pueden inspeccionar



prácticamente cualquier árbol o arbusto que tenga un tamaño decente, da igual lo aislado que esté. En algunas zonas se gana dinero gracias a las Lavanderas Boyeras, vendidas a intermediarios que las congelan y las revenden en los países del Golfo Pérsico. Los beduinos, de todos modos, casi siempre se comen lo que cazan o se lo regalan a amigos y vecinos. En las áreas principales, como el oasis del Al Maghrah, donde se congregan docenas de cazadores, uno solo de ellos puede matar más de cincuenta lavanderas en un día.

Yo fui a Al Maghrah a finales de la estación, pero los señuelos de lavanderas (que suelen consistir en un ejemplar macho muerto clavado en una vara) seguían atrayendo una buena cantidad de pájaros y los cazadores no acostumbraban a fallar con sus escopetas. Habida cuenta del gran número de cazadores presentes, no parecía descabellado pensar que sólo en esta ubicación cayeran unas cinco mil lavanderas cada año. Y considerando que hay docenas de puntos de caza en el desierto, y que los pájaros también son una pieza muy buscada en la costa egipcia, las pérdidas en Egipto representan una fracción significativa de la población europea de la especie, unos dos o tres millones de parejas de crianza. La oportunidad de disfrutar de esta colorida especie, que abarca un amplio territorio tanto en invierno como en verano, queda de este modo monopolizada, cada septiembre, por un número relativamente bajo de hombres bien alimentados que cazan por puro ocio en busca de Viagra natural. Y aunque puede que algunos usen armas sin licencia para matar lavanderas, el resto ni siquiera está incumpliendo ninguna ley egipcia.

En el oasis también conocí a un pastor demasiado pobre para poder permitirse una escopeta. Él y su hijo de diez años confiaban, en cambio, en cuatro redes colgadas por encima de los árboles y se dedicaban sobre todo a atrapar los pájaros más pequeños, como papamoscas, verdugos y avetoros. Por eso, el hijo se animó mucho cuando consiguió arrinconar con su red a un macho de lavandera de negro y oro resplandeciente. Volvió corriendo junto a su padre con el pájaro («¡Una lavandera!», gritaba orgulloso) y le cortó el cuello con una navaja. Poco después, una hembra de lavandera pasó cerca de allí y yo me pregunté si tal vez sería la consternada pareja del macho muerto. El hijo del pastor echó a correr tras ella, empujándola hacia una palmera en la que tenía instalada una red, pero el pájaro esquivó el árbol en el último

instante y se dirigió hacia el desierto. El chico la persiguió corriendo y la maldijo: «¡Ojalá tengas una vida horrible!»

Casi todos los beduinos con los que hablé me dijeron que no mataban especies locales, como la Abubilla común y la Tórtola Senegalesa. Al igual que otros cazadores mediterráneos, sin embargo, consideran objeto de caza todas las especies migratorias. Tal como dicen los albaneses: «Esos pájaros no son nuestros.» Si bien todos los cazadores egipcios que conocí reconocían que el número de aves migratorias ha descendido en los últimos años, sólo unos pocos admitieron que podía deberse al exceso de caza. Algunos cazadores le echaban la culpa al cambio climático. Según una teoría especialmente popular, los pájaros se alejan porque les asusta la creciente cantidad de luces eléctricas de la costa. (De hecho, es más probable que esas luces los atraigan.) Pero el descenso sólo provoca lamentos, no preocupación. Mi guía cairota del desierto me contó que a los beduinos, que habían cazado tantas Avutardas Hubara que la especie casi se había extinguido en esa zona—contraviniendo su supuesta norma de dejar en paz a los pájaros locales—, les había dado verdadera pena su desaparición. «No es que no les importe —me dijo—, pero si la avutarda regresara volverían a cazarla.»

La educación y protección medioambiental en Egipto están prácticamente reservadas a unas pocas ONG, como Nature Conservation Egypt (que me prestó ayuda para este artículo). Los grupos europeos para la defensa de los pájaros dedican cantidades importantes de dinero y de personal a proyectos que se desarrollan en Malta y en otros puntos calientes de Europa, pero la situación de Egipto, más severa que la de cualquier lugar del continente europeo, se pasa en gran medida por alto. Esto representa, tal vez, el espíritu inverso del lema «Esos pájaros no son nuestros»: «Esos cazadores no son nuestros.» Pero la división política y cultural entre Occidente y Oriente Próximo es abrumadora. El mensaje básico de la «educación» medioambiental consiste, inevitablemente, en afirmar que los egipcios deberían dejar de hacer lo que siempre han hecho, y las preocupaciones de un país tan embelesado por las aves como Reino Unido (cuya colonización de Egipto, en cualquier caso, aún no se ha perdonado del todo) parecen tan absurdas y entrometidas como lo sería para los habitantes del Misisipi rural una Royal Society que se dedicara a la protección del bagre.

La mayor parte de los pueblos del litoral egipcio tienen mercados de aves en los que se puede comprar una codorniz por dos dólares, una tórtola por cinco, una lavandera por tres y pájaros menores por calderilla. En las afueras de uno de estos pueblos, El Daba, paseé por la granja de un hombre barbudo con un entramado de trampas tan extenso que incluso después de dar de comer a las familias de sus seis hijos le seguía quedando un excedente para vender en el mercado. Con unas redes enormes tenía cubiertos ocho tamarindos y bastantes arbustos pequeños en torno a una arboleda de higueras y olivos. Las redes, baratas, eran de producción moderna y sólo hacía siete años que se podían conseguir en El Daba. Hacía mucho calor y los pájaros cantores migratorios llegaban desde la costa cercana en busca de refugio. Repelidos por la red que cubría un árbol, se limitaban a volar hacia el siguiente hasta que se encontraban atrapados. El nieto del granjero se metía corriendo en las redes para agarrarlos y uno de los hijos les arrancaba las plumas que les permiten volar y los metía en un saco de grano de plástico. En veinte minutos vi cómo desaparecían en ese saco un Alcaudón Dorsirrojo, un Papamoscas Acollarado, un Papamoscas Gris, una Oropéndola Europea macho, un Mosquitero Común, una Curruca Capirotada, dos Mosquiteros Silbadores, dos Cistícolas Buitrón y otros muchos pájaros sin identificar. Cuando nos detuvimos a descansar a la sombra, entre cabezas desechadas, plumas de cucos, abubillas y un azor, el saco estaba lleno a rebosar y la lavandera chillaba en su interior.

A partir de la estimación que el granjero hizo de sus capturas diarias, calculé que cada año, entre el 25 de agosto y el 25 de septiembre, su actividad mata seiscientas lavanderas, doscientas cincuenta tórtolas, doscientos azores y cuatro mil quinientos pájaros de menor tamaño. Sin duda, los ingresos suplementarios que consigue con esta práctica son bienvenidos, pero a la granja le iría igual de bien sin ellos, como probaban los muebles del amplio salón de invitados de la familia, en el que me recibieron con la hospitalidad propia de los beduinos, que estaban nuevos y eran de muy buena calidad.

Allá donde estuve, en toda la costa, desde Marsa Matruh hasta Ras el Barr, vi redes como las del granjero. Aún más impresionantes eran las que se usan para atrapar codornices: redes ultrafinas de nailon, prácticamente invisibles para los pájaros, tendidas entre palos desde el nivel del suelo hasta casi cuatro metros de altura. Estas redes son una innovación reciente, pues se

introdujeron en el Sinaí hará unos quince años y desde allí se extendieron hacia el oeste, de tal modo que ahora cubren todo el litoral del Mediterráneo egipcio. A lo largo de la autopista del litoral, al oeste del Sinaí, las redes se extienden hasta el horizonte y pasan por dentro de los pueblos de los turistas, ante sus hoteles y apartamentos.

Sobre el papel, la mayor parte de la costa egipcia está protegida, pero en las reservas costeras la protección de los pájaros se limita a la exigencia de permisos para levantar las redes que los atrapan. Estos permisos son baratos y se conceden sin condiciones; las restricciones oficiales, en cuanto a la altura de las redes y a su separación mínima, se suelen infringir. Los dueños de las redes salen antes del amanecer y esperan a que las codornices, que vienen del otro lado del mar, lleguen zumbando y se queden enredadas. En un buen día, con una instalación de poco más de medio kilómetro de redes, se pueden atrapar cincuenta codornices o más. Según mi estimación de mínimos, a partir de las cifras de un año malo, sólo en las redes finas de la costa de Egipto cada año caen cien mil codornices.

Aunque en Europa cada vez cuesta más encontrar una codorniz, las capturas no hacen más que aumentar en Egipto por culpa del uso cada vez más generalizado de grabaciones sonoras. En Estados Unidos está prohibido utilizar el Bird Sound (el mejor de estos sistemas, cuyo chip digital contiene grabaciones de alta calidad de un centenar de cantos), pero éste se vende en las tiendas sin que se hagan preguntas. En Alejandría hablé con un cazador, Wael Karawia, que afirmaba haber introducido el Bird Sound en Egipto en 2009. Como era de esperar, lo había descubierto gracias a un italiano que cazaba en Albania. Karawia me dijo que ahora se siente fatal y lamenta mucho haberlo introducido. Normalmente, más o menos un tercio de las codornices que llegan a la costa vuelan por encima de las redes ultrafinas, pero los cazadores que usan el Bird Sound pueden atraer incluso a las que vuelan más alto; los instaladores de redes del Sinaí lo hacen ya, y algunos tanto en primavera como en otoño. Los cazadores de los grandes lagos de Egipto también han empezado a utilizar el Bird Sound para capturar bandadas enteras de patos por las noches.

—Empezará a afectar a los pájaros, claro que sí —me dijo Karawia—. El problema es la mentalidad: la gente quiere pescar y cazar lo que sea, sin normas. Antes de la revolución ya teníamos muchas armas, y desde entonces

han aumentado en un cuarenta por ciento. La gente que no tiene dinero se fabrica sus propias armas, lo cual es muy peligroso porque podrían pasarse tres años en la cárcel, pero les da lo mismo. Hasta los chicos lo hacen. La escuela empieza en septiembre, pero no acuden hasta que termina la temporada de caza.

En la playa del pueblo turístico de Baltim tuve un encuentro con algunos de esos chicos. Con las redes ultrafinas sólo se permite atrapar codornices, pero siempre acaba cayendo algún pájaro menor, así como los halcones que las persiguen. Al ponerse el sol en Baltim, mientras paseaba con un guía de Nature Conservation Egypt y un agente de la zona local protegida, me fijé en un pájaro costero diminuto y precioso, un Chorlitejo Chico, atrapado en una red a la sombra de un edificio de apartamentos. Mi guía, Wael Shohdi, empezó a soltarlo con delicadeza, pero se detuvo cuando llegó corriendo un joven cargado con una bolsa de red y seguido por dos amigos adolescentes.

—¡No toque ese pájaro! —gritó, enfadado—. ¡Esas redes son nuestras!

—Tranquilo —le contestó Shohdi—, sé manejar estos pájaros.

El joven cazador intentó explicar a Shohdi cómo retirar el animal sin dañar la red y se produjo un forcejeo. Al final, Shohdi, cuya prioridad era la supervivencia del pájaro, consiguió liberar el chorlitejo de una pieza, pero entonces el cazador le exigió que se lo entregara.

El oficial del gobierno, Hani Mansour Bishara, señaló que, además de dos codornices vivas, el cazador llevaba un pájaro cantor, también vivo, en la bolsa.

—Es una codorniz —dijo el joven.

—No es verdad.

—Vale, es una Collalba, pero tengo veinte años y vivimos de esta red.

Como no hablo árabe, sólo supe lo que habían dicho cuando me lo contaron después. Lo que vi en ese momento fue a Shohdi sosteniendo el chorlitejo en la mano mientras el cazador alargaba el brazo, enojado, con la intención de arrancárselo. Estábamos en un país en el que se matan millones de pájaros, pero yo no podía evitar preocuparme por el destino de aquel chorlitejo en particular. Insistí a Shohdi para que le recordara al cazador que conservar cualquier captura de las redes que no sea una codorniz es ilegal.

Shohdi lo hizo, pero por lo visto la ley no era un buen argumento para usarlo con un veinteañero indignado. Al contrario, con la intención de

provocar un cambio en su actitud y en su mentalidad, Shohdi y Bishara defendieron que el Chorlitejo Chico es una especie importante, que sólo se encuentra en las marismas y que, además, cabía la posibilidad de que contagiara alguna enfermedad importante («Hemos mentido un poquito», me confesó Shohdi más adelante.)

—Entonces, ¿qué es? —preguntó el cazador—. ¿Un pájaro enfermo, o una especie importante?

—¡Las dos cosas! —dijeron Shohdi y Bishara.

—Si lo de la enfermedad fuera cierto —objetó uno de los adolescentes—, estaríamos todos muertos hace años: nos comemos todo lo que queda atrapado en las redes, nunca soltamos ningún pájaro.

—Te pueden contagiar alguna enfermedad aunque estén cocinados.

Mi preocupación por el chorlitejo se agravó cuando Shohdi se lo dio al cazador, quien (según supe más tarde) acababa de jurar por Alá que lo soltaría, al igual que a la Collalba, pero más adelante, cuando no estuviéramos mirando.

—National Geographic tiene que ver cómo los sueltas —le dijo Shohdi.

Aún más enojado, el cazador sacó la Collalba, la lanzó al aire y a continuación hizo lo mismo con el chorlitejo. Los dos se fueron volando por la playa sin mirar atrás, al encuentro de sus compañeros.

—Sólo lo he hecho —dijo el cazador en tono desafiante— porque soy un hombre de palabra.

Los dos pájaros juntos apenas sumaban más que un bocado de carne, pero el semblante amargo del cazador revelaba cuánto le apenaba soltarlos: su deseo de conservarlos era tan fuerte como el mío de verlos libres.

Antes de irme de Egipto pasé unos cuantos días con unos beduinos que se dedicaban a instalar trampas para halcones en el desierto. Incluso con los estándares de los beduinos, para dedicarse a la captura de halcones hay que disponer de mucho tiempo libre. Algunos llevan veinte años haciéndolo y nunca han atrapado un ejemplar de Halcón Sacre ni Peregrino, las dos especies más valoradas por los compradores (intermediarios que proveen a los ricos cetreros árabes). El Sacre es tan poco común que no se suelen capturar más de una o dos docenas al año, pero el monto del premio en esa lotería (por un buen Sacre se pueden llegar a pagar treinta y cinco mil

dólares; quince mil por un Peregrino) atrae a cientos de cazadores que se pasan semanas en el desierto.

La captura de halcones exige un uso cruel de muchos pájaros menores. Atan pichones a unas varas clavadas en la arena y los dejan al sol para atraer a las rapaces; a las palomas y codornices les ponen arneses brillantes con pequeños nudos corredizos de nailon en los que se quedan enganchadas las patas de los Sacres y Peregrinos; a las rapaces menores, como el cernícalo, les cosen los párpados y les atan a una pata un señuelo pesado con un nudo corredizo. Los cazadores van por el desierto con sus camionetas Toyota visitando los pichones empalados y de vez en cuando se detienen para lanzar al aire a los cernícalos mutilados, como si fueran pelotas, con la esperanza de atraer a un Sacre o un Peregrino: un cernícalo cegado y cargado de peso no puede volar muy lejos. También es habitual que los cazadores aten un halcón sin cegar en la capota de la camioneta y lo vigilen mientras circulan por la arena a toda velocidad. Cuando el halcón alza la vista, significa que hay alguna rapaz mayor en lo alto; entonces los cazadores bajan de la camioneta y se ponen a instalar toda su gama de señuelos. La misma rutina se repite todas las tardes, una semana tras otra.

Una de las dos cosas más alentadoras que vi en Egipto fue el embeleso con que los cazadores de halcones miraban mi guía de bolsillo *Birds of Europe* [Aves de Europa]. Se juntaban a verla e iban pasando las páginas despacio, de atrás hacia delante, mientras observaban las ilustraciones de pájaros que habían visto alguna vez y las de los que no conocían. Una tarde, mientras contemplaba a un grupo en una tienda en la que me habían ofrecido un té fuerte y un almuerzo tardío, me asaltó la loca esperanza de que todos los beduinos, aun sin saberlo, fueran unos apasionados observadores de aves.

Antes de dar de comer a los seres humanos, uno de los cazadores intentó dar avetoros descabezados a un cernícalo y un gavilán, ambos cegados, que teníamos en la tienda. El cernícalo picoteaba de buena gana, pero no había manera de hacer comer al gavilán, por mucho que le pusiera la carne en el pico. En cambio, estaba muy ocupado mordisqueando (inútilmente, en mi opinión) el cordel que le ataba la pata. Sin embargo, después de comer, cuando me encontraba fuera de la tienda prestando mis binoculares a los cazadores, se oyó un grito. Al darme la vuelta vi que el gavilán aleteaba con todas sus fuerzas para alejarse de la tienda y adentrarse en el desierto.

Los cazadores salieron tras él de inmediato con sus camionetas, en parte porque aquel pájaro tenía valor para ellos, pero en parte también —y ésta fue la segunda cosa del viaje que me pareció alentadora— porque un pájaro ciego no puede sobrevivir por su cuenta, y les daba pena. (Al final de la temporada de caza del halcón, los cazadores descosen los párpados de sus señuelos y los sueltan, aunque sea tan sólo porque tener que alimentarlos todo el año es una molestia.) Preocupados por su gavilán, aquellos hombres se adentraron cada vez más en el desierto con la esperanza de hallarlo, pero yo tenía sentimientos encontrados. Sabía que si se escapaba y no caía en manos de otro grupo de cazadores, moriría pronto, pero en su anhelo por huir de la cautividad, incluso cegado, incluso pagando el precio de una muerte segura, parecía encarnar la esencia de los pájaros silvestres y justificar su importancia para nosotros. Al cabo de veinte minutos, cuando el último de los cazadores regresó a la tienda con las manos vacías, pensé: «Al menos este pájaro ha tenido la oportunidad de morir libre.»



## UNA AMISTAD

Una tarde, a finales del verano de 1989, Bill Vollmann me llamó y me dijo: «Hola, Jon. ¿Te gusta la carne de caribú? Acabo de volver del Ártico con un poco de carne de caribú que está a punto de estropearse y Janice va a preparar un estofado.» Bill habla con una voz que no se parece a la de nadie: plana y afirmativa, cuesta mucho interpretar su tono. ¿Bromeaba al insinuar que yo debía de haber comido la suficiente carne de caribú como para saber si me gustaba? ¿Qué significaba exactamente eso de «a punto de estropearse»? Con Bill nunca se sabe.

En esa época yo vivía en Queens, me estaba costando escribir mi segundo libro y Bill era el primer amigo que había hecho siendo ya un novelista publicado. Un año antes, en Manhattan, mis padres, mi esposa y yo habíamos coincidido en el ascensor de un hotel con una pareja de mediana edad que, tras sonreír con amabilidad, se habían presentado como los padres de Bill. Estaban en Nueva York para asistir a la misma ceremonia que nosotros: la entrega de un premio literario. Su hijo, al que conocí poco después en la ceremonia, más que de escritor tenía pinta de ganador de un concurso científico de instituto: llevaba gafas de alambre de cristales gruesos y una chaqueta deportiva que le quedaba francamente mal, tenía complexión de adolescente y el pelo mal cortado. No llevaríamos más de dos minutos hablando cuando, sin razón aparente, le dio por proponer que nos escribiéramos cartas. Ninguno de los dos había leído la obra del otro, ni sabía nada de él, pero daba la sensación de que Bill ya había decidido que yo le caería bien, o quizá no hiciera más que seguir uno de los impulsos de su gran corazón y su proverbial ansia de experiencias. Con esa voz suya, me pilló con la guardia baja.

Tardé poco en descubrir que con Bill es peligroso practicar cualquier

actividad recíproca. Cuando él y yo empezamos a recomendarnos libros, me enteré de que no sólo es capaz de leer quinientas páginas en una tarde, sino que conserva de ellas una memoria casi fotográfica. Cuando pactamos intercambiar nuestros manuscritos, empecé a recibir un grueso paquete por correo cada nueve meses, mientras que mi texto tardó tantísimo que me olvidé de que tenía que enviárselo. Un año después de aquella ceremonia de entrega, mientras yo estaba en Europa gastándome el dinero del premio, me costó un mes escribirle una carta que él contestó el mismo día en que la recibió. También me mandó un ejemplar anticipado de su nuevo libro, *Historias del arcoíris*, que devoré —no en una tarde, pero sí en menos de una semana— con asombro y admiración. El hombre al que había conocido en Nueva York, el joven loquito con sus encantadores padres del Medio Oeste, resultaba ser un genio de la literatura que conocía íntimamente y de primera mano a las prostitutas, los *skinheads* y los borrachines de las calles del San Francisco de mitades de los ochenta. El libro era lo contrario de lo que su título alegremente parecía prometer. Llevaba por epígrafe un verso de Poe que compara las variedades de la desgracia humana con los tonos del arcoíris («nítidos», pero «íntimamente mezclados») y su tono era el de la voz de Bill, ambiguamente instalada entre una sinceridad límpida y la ironía más radical. Me encantó esa voz, y me pareció un verdadero halago que él quisiera ser mi amigo. Mi esposa y yo estábamos intentando decidir adónde iríamos después de Europa y una de las razones que me llevaron a insistir en Nueva York fue que Bill acababa de mudarse allí.

Él y su novia, Janice Ryu, tenían un apartamento de una sola habitación en un edificio alto y moderno cerca del hospital Sloan Kettering, donde Janice había obtenido una plaza para terminar su formación en oncología radioterápica. El guiso de carne de caribú a punto de estropearse que Janice preparó al estilo coreano, fuerte y con gusto a ajo, fue la primera de muchas cenas que disfruté en casa de ambos. En verano, yo solía jugar en el equipo de *softball* de mi editor, en Central Park, pero durante los meses más fríos, lo único que me apartaba de mi vida matrimonial en Queens eran los viajes que hacía en los trenes E o F para ir a ver a Bill. Recuerdo que vimos *Los cuatrocientos golpes* en la tele de su dormitorio y tuve la sensación de que la mayor carencia de mi vida hasta entonces había sido no tener un amigo escritor con el que ver películas extranjeras. No sé muy bien qué le aportaría

yo, más allá de recomendaciones de libros y de opiniones expresadas con vehemencia, pero aprendí mucho de él. Me enseñó los dibujos a tinta que estaba haciendo para sus libros y decidí tomar clases de dibujo. Me enseñó el Mac en el que siempre escribía y salí a comprar mi primer ordenador. (Aunque cuando se quejó de que había adquirido el síndrome del túnel carpiano por pasar doce horas al día tecleando, me limité a envidiar su disciplina.) Me contó que Janice le cortaba las uñas de los pies, un servicio que desde luego mi mujer no prestaba. Yo estaba bastante seguro de no querer que nadie me cortara las uñas de los pies, pero Bill me hizo pensar que había muchos tipos de matrimonio, no sólo el mío. Me dijo que le caía bien mi mujer, pero que le parecía que tanto ella como yo nos estábamos asfixiando con aquella vida tan hermética. Él, por su parte, vivía la vida menos hermética que se pudiera imaginar: viajaba por todo el mundo, había visto morir gente (él mismo había esquivado la muerte por poco) y se había consolado con prostitutas de todas las nacionalidades. No paraba de proponerme, con su voz plana, que probara con el periodismo o que viajara a algún lugar peligroso.

También en esto quise seguir su ejemplo. Acepté un encargo que me pareció atractivo en Cincinnati, donde las autoridades locales habían clausurado hacía poco una exposición de fotografía de Robert Mapplethorpe. *Esquire* quería que escribiera sobre los locales porno y los clubs de estriptís de Covington, en Kentucky, al otro lado del río, para demostrar no sé qué dudosa opinión sobre la hipocresía. ¿Qué habría hecho Bill? No habría descansado hasta hacerse amigo de alguna de las bailarinas, grabar su opinión sobre el asunto de Mapplethorpe y tal vez intentar acostarse con ella. La parte del sexo quedaba más allá de mis capacidades, pero acudí obedientemente a los clubs de estriptís. Eran cutres y deprimentes y no estaban llenos de hipócritas de Ohio. En cuanto a mí, antes de trabar amistad con alguna de las bailarinas habría sido capaz de regresar cruzando el río a nado. Escribí un artículo de sociología urbana más bien flojo y, cuando *Esquire* decidió no publicarlo, sentí más alivio que decepción, aunque el dinero me habría venido bien. Tardé cuatro años en volver a probar el periodismo.

Bill nació sólo unos cuantos días antes que yo, en julio de 1959, pero durante mucho tiempo tuve la sensación de ir muy por detrás de él. Es posible que él no me viera del todo como soy, o que me viera sobre todo como un

proyecto literario, un hermano más joven al que animar para que hiciera las mismas cosas que se le daban bien a él porque a él le habían funcionado y tal vez pudieran funcionar a mí también. Pero era sabio, y generoso con su sabiduría. Veía mi situación matrimonial con una clarividencia que yo tardé muchos años en alcanzar. Para cuando llegué a su altura, me separé de mi mujer y me convertí en un periodista menos tímido, él y Janice vivían de nuevo en California. En la primavera de 1996, una semana después de que yo publicara una declaración de independencia literaria en *Harper's*, Bill volvió a Manhattan y me invitó a una fiesta en casa de su editor. Con ocho libros publicados (yo llevaba dos) se estaba planteando que tal vez le hiciera falta un agente y quería conocer al mío. Los presenté en la fiesta y luego, inflamado por lo de *Harper's*, hice algo muy propio de Bill, algo que yo no había hecho nunca: me acerqué a una joven que me había llamado la atención y le di conversación; conseguí su número de teléfono. Acabamos pasando dos años juntos, uno de ellos muy feliz. Era como si Bill me hubiese echado a andar por una nueva carretera y me hubiera acompañado hasta la primera parada. En esa fiesta lo vi por última vez.

No fingiré haber leído todos los libros de Bill. Es hiperfértil a la manera de Dickens o Balzac y está produciendo una de esas obras completas que la gente necesitará decenios enteros para leer. Pero, tal como se hacía evidente ya en *Historias del arcoíris*, la comparación más apropiada sería con Melville y Whitman, escritores que, como abordaban nuevos mundos de experiencias en expansión, tenían pocos ejemplos literarios que pudieran usar como guías, de modo que se fiaban sobre todo de sí mismos, de sus propios instintos e inteligencias. Igual que ellos, Bill crea formas a medida que avanza; igual que a ellos, lo mueve un desdén típicamente estadounidense por la autoridad, emprende grandes proyectos y también produce algo de chatarra de vez en cuando. La fórmula que se ha convertido en su buque insignia —pasajes relativamente cortos organizados en función de una lógica más poética que narrativa y encabezados con títulos oblicuos o irónicos— le permite aproximarse a temas que a otros escritores les parecerían demasiado grandes para enfrentarse a ellos; él sencillamente se atomiza y lanza su sensibilidad al viento.

Parece que no hay nada que a Bill no le interese. En «La inmensidad

azul», una novela corta que aparece en *Historias del arcoíris*, un personaje llamado Otro vacía y cataloga todo el contenido de una papelera del parque del Golden Gate en busca de pistas sobre el asesinato de unos borrachos de San Francisco; sospecha que él mismo, o más bien la otra mitad de su personalidad escindida, los ha matado. Su «autopsia» de la papelera ocupa dos páginas y media:

... tres latas de Budweiser parcialmente aplastadas y un contenedor cerrado de pollo frito del Coronel Sanders (ahora obviamente digerido, pues en el interior sólo había un mojón del color de la miel). Bajo el mojón había un envoltorio de plástico azul de The New York Times, un kleenex lleno de mocos con la textura endurecida del turrón, un vaso de yogurt Continental cuyos restos se habían agriado y parcialmente licuado y atraído a gusanos con forma de judías...

En una graciosa nota al pie, el autor manifiesta haber explorado personalmente una papelera el 13 de noviembre de 1986 y haber abreviado el inventario «para no abusar de la paciencia del lector». Más adelante, en esa misma novela corta, se ocupa de la autopsia que una patóloga realiza a una borrachina llamada Evangeline, y el relato de esa segunda autopsia se extiende a lo largo de ocho páginas en las que emplea frases clínicas y líricas, todas necesarias:

El cuerpo es como un libro. Cada uno de nosotros escribe su vida en él, representando a la perfección lo que se nos hizo y lo que hicimos. El hígado de Evangeline era un capítulo titulado: «Lo que yo quería.» El texto era breve, pero no por ello menos conmovedor: «Yo buscaba sentirme amada y calentita y feliz y mareada», había escrito Evangeline. «Yo quería vivir en la Inmensidad Azul. Quería vivir en el cielo azul y en el sol. Quería ser yo misma. Tuve todo lo que deseé.» La patóloga continuó cortando y recortando.

Después de *Historias del arcoíris*, mi libro favorito de Bill es *El Atlas*. Los cuentos que contiene son inmensamente comprometidos, no sólo por los peligros físicos que corre, y por su determinación de inmiscuirse en la historia viva, sino también por su búsqueda incesante de significado y orden

en un mundo atemorizador y complicado. El Atlas que lleva el mundo sobre su espalda es esencialmente la figura del Artista tal como la concebían los románticos y los modernos: la subjetividad del individuo, que todo lo asimila. Y Bill, con mejores resultados que cualquier otro escritor estadounidense en la actualidad, está intentando hacer por nosotros ese trabajo heroico de echarse a las espaldas el mundo entero. Así, tal vez no sea una sorpresa que la nota dominante de *El Atlas* —un armónico casi insufrible que lo recorre de principio a fin— sea la soledad del autor. El momento del libro que no consigo olvidar es la noche en Berlín en la que la soledad de Bill se vuelve tan intensa que entrega todo su dinero a una prostituta tras otra pidiendo sólo un beso a cambio. Como no consigue que se lo den, se acerca a tres prostitutas en una calle y les pide un beso gratis. Una de ellas se quita el chicle de la boca con gesto servicial y a continuación le escupe en la cara: ahí tienes tu beso.

La gran riqueza de materiales de Bill puede llevarnos a pasar por alto que es un fino estilista. Un escritor podría ir a los mismos sitios que él y hacer las mismas cosas, pero si no escribiera bien a nadie le importaría. Sus más obstinadas confusiones entre los hechos y la imaginación, sus más horribles catacresis, su sumisión más ruda y vulgar a los hechos, todo se convierte de manera regular en poesía inspirada. Lo que encontramos en la página parece haberle llegado con la naturalidad de la respiración. Con la misma naturalidad, pero no con facilidad. Para escribir como Bill también hay que sentir pasión por la prosa, hambre de formas bellas. Una de las cosas que reconocí enseguida en él y que me encantaron fue que tenía esa pasión y esa hambre. Desde aquellos tiempos, sus libros (que son objeto de culto) le han granjeado la fama de héroe forajido, de aventurero *underground*, pero los que hemos gozado del placer de su amistad sabemos que cuando habla —al contrario que cuando escucha (algo que hace con maestría)— sus intereses pasan por la gramática y la puntuación, por preguntas como «¿Qué has leído últimamente?» y «¿Qué tal son sus frases?».

No sé muy bien por qué Bill y yo nos distanciamos. Tal vez se trate sencillamente de algo que ocurre a los escritores cuando salen de sus soluciones líquidas respectivas (aunque mezclables) y se convierten así en versiones más cristalinas de sí mismos, o quizá haya sido porque nuestra

relación particular de hermano mayor y hermano menor dejó de funcionar cuando yo encontré un nuevo camino. También está el asunto de que yo siempre iba atrasado en la lectura de sus libros, o el hecho de que ya no vivíamos en la misma ciudad. Él y Janice se instalaron de manera permanente en Sacramento, e incluso cuando yo empecé a pasar tiempo en Santa Cruz, que está a sólo tres horas de allí, a menudo Bill estaba en algún lugar lejano porque un editor estaba dispuesto a pagarle para que escribiera sobre el viaje.

La única vez que lo visité en Sacramento, en 1995, me llevó a un campo de tiro y me dejó disparar su Desert Eagle del calibre 50 y su Tec-9 semiautomática. Entre el humo de la cordita se hizo presente la característica ambigüedad de Bill: un tufillo a Hemingway exhibiendo su proeza masculina (pobre Scott Fitzgerald, pero también ¡pobre Hemingway!), se mezcló con el entusiasmo infantil que mostraba por sus armas, su orgullo por cómo las dominaba y su modo, paciente y nada paternalista, de instruir a un compañero que de otro modo jamás habría experimentado el retroceso de un calibre 50. Yo me sentía un poco en desventaja, y siempre me pillaba en falso con la lisura de sus afirmaciones, sus pausas deliberadas, aquella manera de soltar las palabras casi en un *non sequitur*. Pero me alegraba estar de nuevo junto a él. Los muchos capítulos de su vida estaban escritos en su cuerpo, tomaban forma en su carisma y en su capacidad de prestar una atención propia de un Atlas. Después de disparar todas sus armas pasamos un rato con Janice en su gran casa de estilo suburbial decorada en un estilo *petit-bourgeois* (así la describió el propio Bill) que podría parecer incongruente a quien sólo lo conociera a través de su extravagante escritura. Lo que mejor recuerdo de la casa, aparte de la enorme biblioteca, es el mapa del mundo enmarcado y colgado en un pasillo de la planta superior. Estaba cubierto por cientos de chinchetas que señalaban todos los lugares donde Bill había estado, muchos de ellos remotos, peligrosos o ambas cosas a la vez. Entendí, porque yo mismo lo había experimentado, el impulso de hacer un mapa como ése, de imprimirse uno mismo literalmente en el mundo casi como un modo de demostrar que ha vivido y caminado por la tierra en un momento particular de su historia, pero al mirar el mapa de Bill en aquel pasillo de una casa en los suburbios me sentí... solo.

Años después, cuando estaba en Santa Cruz y mi amigo David Foster Wallace se había mudado a Claremont, Bill me llamó con otra propuesta:

«Oye, Jon —dijo con la voz más llana de la que era capaz—, ¿has estado alguna vez en el mar de Saltón? Estoy trabajando ahí en un proyecto y se me ha ocurrido que a lo mejor tú, yo y Foster Wallace podríamos ir juntos de acampada.» Incluso viniendo de Vollmann, la propuesta parecía una locura. El mar de Saltón, un lago moribundo en medio del desierto que se extiende al oeste de San Diego, es uno de los lugares del país que peor huele y que menos invita a la acampada, y además yo no conocía a nadie que amara tan poco la vida al aire libre como David. Sin embargo, le dije a Bill que se lo comentaría. Cuando lo hice, David respondió con un silencio doloroso y cambió de tema. Tuvo que pasar mucho tiempo para que me diera cuenta de que aquella idea de Bill también había sido brillante y lamentara no haber presionado más a David. Entre otras cosas, había descubierto que el mar de Saltón es uno de los lugares más importantes del país para la observación de pájaros, hasta el extremo de compensar el sufrimiento provocado por el hedor y las nubes de moscas. Deseé poder meterme durante unos días en un universo alternativo en el que acamparía con mis dos talentosos amigos, un universo en el que ambos estarían vivos y podrían trabar amistad entre ellos, porque a esas alturas, en el universo en el que escribo esto, David estaba muerto y Bill y yo ya no seguíamos en contacto.



# INTERÉS POR AFINIDAD

(SOBRE EDITH WHARTON)

Cuanto más mayor me hago, más me convenzo de que la obra de un escritor de ficción es un espejo de su personalidad. Tal vez sea un defecto de mi propia personalidad que mis gustos literarios estén tan entrelazados con las reacciones que provoca en mí, como persona, la persona del autor: que me siga disgustando el Steinbeck joven y amanerado que escribió *Tortilla Flat* y en cambio me encante el Steinbeck posterior, que luchó contra la entropía tanto en su vida personal como en su carrera profesional para producir *Al este del Edén*; o que me dé por establecer lo que a fin de cuentas es una distinción moral entre los dos. Pero sospecho que la afinidad, o su ausencia, tiene algo que ver con prácticamente todos los juicios literarios de los lectores. Sin afinidad, ya sea por el escritor o por sus personajes ficticios, es muy difícil que una obra de ficción nos importe.

¿Qué hacer, entonces, con Edith Wharton cuando se cumplen ciento cincuenta años de su nacimiento? Hay muchas razones para desear que la obra de Wharton se lea, o se relea, a estas alturas de la historia literaria. Tal vez nos moleste la continua falta de representación de la mujer en el canon estadounidense, o el modo en que la academia atribuye más valor a la experimentación descarada en vez de a una ficción más naturalista. Podemos lamentar que todavía se dé por hecho que la obra de Wharton está tan anticuada como los sombreros que llevaba, o que varias generaciones de bachilleres la conozcan tan sólo por su gélida novela menor, *Ethan Frome*. Podemos sentir que, junto con las genealogías más comunes de la ficción estadounidense (Henry James y los modernistas, Mark Twain y los vernáculos, Herman Melville y los posmodernos, Zora Neale Hurston y la

literatura de la identidad negra), hay una línea menos reconocida que conecta a William Dean Howells con Francis Scott Fitzgerald y Sinclair Lewis, y de allí hasta Jay McInerney y Jane Smiley, y que Wharton es el eslabón fundamental de esa cadena. Tal vez nos anime, como me ocurre a mí, el deseo de celebrar de nuevo *La casa de la alegría*, o reclamar la atención que tanto merece *Las costumbres del país*, o reevaluar *La edad de la inocencia*, esas tres grandes novelas de títulos parecidos. Pero acercarse a Wharton y su obra implica enfrentarse al problema de la afinidad.

Ningún novelista estadounidense importante ha vivido con más privilegios que Edith Wharton. Aunque nunca llegó a librarse del todo de las preocupaciones económicas, siempre vivió como si así fuera: dilapidando los ingresos de su herencia en casas de barrios ricos, entregándose a su pasión por los jardines y la decoración interior, recorriendo Europa sin cesar en yates de alquiler o coches con chófer, codeándose con los poderosos y los famosos, despreciando los hoteles de segunda. Tal vez todos deseemos de un modo secreto, o no tan secreto, ser igual de ricos que Wharton, pero no es fácil que te caiga bien alguien que goza de semejantes privilegios: queda en desventaja moral. Y no era una privilegiada a la manera de Tolstói, con sus planes de reforma social y su idealización de los campesinos; era profundamente conservadora: se oponía al socialismo, a los sindicatos y al sufragio femenino. Se sentía intelectualmente atraída por la mirada implacable que el darwinismo lanzaba sobre el mundo y rechazaba el nulo refinamiento, el bullicio y la vulgaridad de Estados Unidos (hacia 1914 había establecido su residencia permanente en Francia y desde entonces sólo visitó Estados Unidos una vez, durante doce días). Ni siquiera su amigo Teddy Roosevelt recibió su apoyo cuando sus políticas se volvieron más populistas. Era el tipo de dama dispuesta a mandar una carta de protesta en tono incendiario al dueño de una tienda porque una dependienta no le había querido prestar un paraguas. Todos sus biógrafos, incluido el admirable R. W. B. Lewis, ofrecen la misma imagen característica de la artista trabajando: escribiendo en la cama después de desayunar y tirando las páginas acabadas *al suelo*, de donde las recogía su secretaria para ordenarlas y pasarlas a máquina.

Edith Newbold Jones contaba al menos con una desventaja que podría redimirla: no era guapa. El hombre con el que más le habría gustado casarse, su amigo Walter Berry, célebre conocedor de la belleza femenina, no era de

los que se casaban. Tras dos noviazgos fallidos en su juventud, se conformó con Teddy Wharton, un tipo amable pero sin brillos y económicamente modesto. El hecho de que en los siguientes veintiocho años de matrimonio prácticamente no hubiera sexo tal vez derivara sobre todo de su ignorancia sexual, de la cual ella misma culpaba a su madre. Hasta donde se sabe, Wharton murió habiendo tenido tan sólo otra relación física: una aventura con un escurridizo periodista bisexual célebre por sus infidelidades, Morton Fullerton. Ella rondaba los cincuenta, y tanto su idealismo, propio de una principiante, como su patente ardor —reflejado con detalle en un diario secreto y en unas cartas que Fullerton conservó—, resultan a la vez conmovedores y en cierta medida embarazosos, tal como parece que más adelante los consideró la propia Wharton.

Su padre, una figura bondadosa pero sin carácter, murió cuando ella tenía veinte años a causa del estrés que le suponía tener que proveer incesantemente de lujos a su esposa. En cuanto a su madre, en toda su vida Wharton sólo tuvo cosas malas que decir de ella, y también terminó distanciada de sus dos hermanos. Tenía relativamente pocas amigas y entre ellas ninguna escritora de su mismo calibre —aún más puntos en contra en lo que se refiere a la afinidad—, mientras que sí forjó amistades íntimas y duraderas con una cantidad extraordinaria de hombres de éxito, entre los que se contaban Henry James, Bernard Berenson y André Gide. Muchos eran homosexuales o solteros empedernidos. En los casos en que sus amigos estaban casados, parece que Wharton trató a sus esposas más bien con indiferencia, cuando no directamente con celos.

La fina indirecta de un crítico contemporáneo de Wharton, según el cual escribía como Henry James, pero en masculino, podría aplicarse también a sus objetivos sociales: quería estar con hombres y hablar de lo que hablaban los hombres. Los apodosos que James y su círculo le pusieron, en parte testimonio del cariño que le tenían, en parte del terror que les provocaba (el Águila, el Ángel de la Devastación), concuerdan con la información que tenemos de ella. No era encantadora, ni siquiera tratable, pero sí inmensamente enérgica, siempre curiosa, siempre interesante, siempre formidable. Era una mujer de acción, una exploradora, una benefactora, una pensadora. Cuando, ya con más de cuarenta años, peleó al fin para librarse del peso muerto de su matrimonio y sus libros empezaron a venderse, la

respuesta de Teddy fue caer en una espiral que lo llevó a la enfermedad mental y a dilapidar buena parte de la herencia de ella. Wharton se sintió tan consternada como cabía esperar, pero no tanto como para no hacérselo pagar: al cabo de tres años, con gran resolución, se divorció de él. Desprovista de belleza y de los encantos femeninos que suelen acompañar a la hermosura física, al fin se convirtió, en todos los sentidos salvo en uno, en el hombre de la casa.

La belleza tiene algo extraño, de todos modos, y es que su ausencia no tiende a despertar nuestra simpatía, como sí lo hacen otras formas de privación. Al contrario, los privilegios de Edith Wharton podrían parecer más perdonables si hubiera tenido la pinta de Grace Kelly o Jacqueline Kennedy; y nadie era más consciente que la propia Wharton de la injusta capacidad que tiene la belleza para borrar la rabia que nos provocan los privilegios ajenos. En el centro de cada una de sus tres mejores novelas hay un personaje femenino dotado de una belleza excepcional, escogido de forma deliberada para complicar el problema de la afinidad.

La heroína de *La casa de la alegría* (1905) se presenta al lector a través de la mirada de un hombre que la admira, Lawrence Selden, que tropieza casualmente con ella en la estación Grand Central de Nueva York. Selden se pregunta de inmediato que hará Lily allí y reflexiona que suscitara interés «era una característica de Lily Bart, así como el hecho de que sus actos más sencillos parecieran el resultado de complicadas intenciones». Para Selden, resulta inconcebible que una mujer en posesión de una belleza como la de Lily no esté permanentemente calculando qué usos darle. Y Selden tiene razón —Lily, corta de dinero, se ve constantemente obligada a aprovechar su único recurso infalible—, pero aun así se equivoca: el verdadero problema de Lily es que nunca llega a cuadrar esas intenciones secundarias con sus deseos inmediatos y su vacilante sensibilidad moral.

En una visión superficial, parecería que el lector no tiene motivos para sentir afinidad por Lily. Ella misma reconoce que el nivel social que tanto se empeña en garantizarse resulta anodino y estéril; es profundamente egocéntrica, incapaz de mostrar la menor caridad; compara con orgullo su aspecto físico con el de otras mujeres; no tiene vida intelectual; pese a no estar precisamente muerta de hambre, no se anima a relacionarse con su verdadera alma gemela (Selden) por la modestia de sus ingresos. Es, en

resumidas cuentas, una chica mundana de la peor calaña, y Wharton, del mismo modo que en su vida personal nunca intentó ser dulce o encantadora, evita los clásicos trucos novelísticos que le permitirían hacer algo más cálida o suave su imagen: no hay, en el libro, ningún momento en el que la veamos acariciando a su perrito. Entonces, ¿por qué cuesta tanto dejar de leer la historia de Lily?

Una razón importante es que no tiene «suficiente» dinero. Tal vez los detalles de su situación económica no despierten nuestra compasión —tiene que vestir bien y jugar en las mesas de *bridge* para atrapar algún hombre que le permita vestir bien y seguir jugando en las mesas de *bridge* durante toda la vida—, pero una de las misteriosas fortalezas de la novela como forma de arte, a partir de Balzac, es la prontitud con que los lectores conectan con las dificultades económicas de los personajes de ficción. Cuando Lily se da un largo paseo romántico con Selden, poniendo así en peligro la posibilidad de casarse con Percy Gryce, extremadamente adinerado pero cómicamente aburrido y remilgado, el lector se descubre a punto de gritarle: «¡Idiota! ¡No lo hagas! ¡Vuelve a la casa y cierra el trato con Gryce!» El dinero, en las novelas, establece un principio de realidad tan potente que su necesidad puede quedar incluso por encima de nuestro deseo de que un personaje viva feliz para siempre, y Wharton, a lo largo de todo el libro, aplica ese principio con su característica crueldad, apretándole las tuercas de la economía a Lily como si la autora se hubiera aliado con las fuerzas más implacables de la naturaleza.

Lo que termina por destrozar a Lily, sin embargo, no es el despiadado mundo, sino sus propias decisiones erróneas, su incapacidad de anticipar las consecuencias de sus actos, obvias en apariencia. Su propensión al error es un segundo factor de afinidad. Todos sabemos qué se siente al cometer un error, y el gozo de ver cómo los cometen los demás —en particular, el error de casarse con quien no deberían— es un atractivo central en narraciones que van desde *Edipo Rey* hasta *Middlemarch*. En *La casa de la alegría*, Wharton profundiza ese gozo creando una heroína que anda francamente en pos del matrimonio y cuyo principal error es tener demasiado miedo de equivocarse al escoger con quién se va a casar. Una y otra vez, al llegar el momento crucial, Lily arruina sus oportunidades de intercambiar su belleza por algo de seguridad económica, o al menos por la posibilidad de ser feliz.

No conozco ninguna otra novela en la que la inquietud por la belleza femenina esté tan presente como en *La casa de la alegría*. El hecho de que Wharton, que dominaba el alemán, decidiera endosar a su heroína, bella como un lirio, una barba (pues eso significa en alemán su apellido, Bart), señala las inversiones de género que la autora practicó para hacer su difícil cotidianidad soportable y su vida privada apta para contarse, y también otras formas de inversión, como la de otorgar a Lily una belleza de la que Wharton carecía y negarle el dinero que sí tenía. La novela se puede leer como un esfuerzo constante de Wharton por imaginar la belleza desde dentro y establecer cierta afinidad con ella, o, al contrario, como una manera sádicamente lenta y exhaustiva de castigar a la chica juerguista que ella no podía ser. La belleza en las novelas suele tener un doble filo. Por un lado, somos conscientes de que a menudo deforma la personalidad moral de quienes la poseen; por el otro, representa una especie de patrimonio natural, como la fruta perfecta de un árbol, y por puro instinto somos reacios a presenciar cómo se marchita. A lo largo de toda la novela, tan inexorable como el declive de los ahorros de Lily, suena el tictac del reloj de su belleza juvenil. Las manecillas de ese reloj empiezan a avanzar desde la mismísima primera página («el oscuro sombrero con velo le prestaba la tersura juvenil y la tez diáfana que había empezado a perder tras once años de acostarse tarde y bailar con frenesí») y subrayan constantemente la urgencia de las tribulaciones de Lily, invitándonos a compartirlas emocionalmente. Pero sólo al final del libro, cuando Lily se descubre con el hijo de otra mujer entre sus brazos y experimenta toda una serie de emociones que le resultan desconocidas, aparece de golpe ante nuestros ojos una urgencia aún más poderosa. El potencial económico de su juventud se demuestra entonces como un valor artificial, comparado con su valor auténtico en el esquema de la reproducción humana. Lo que hasta entonces era simplemente una serie de desgracias privadas de Lily, de pronto se convierte en algo mayor: la tragedia de la sociedad neoyorquina, con unas prioridades tan distanciadas de la naturaleza que arruinan a la mujer «mejor preparada», en términos darwinianos, justo cuando debería florecer. El lector siente el impulso de explicarse la tragedia por el entorno social de Lily, espantosamente deformante —la misma clase de entorno social por el que Wharton se sentía deformada—, y de compadecerla por ello, puesto que, según Aristóteles, una protagonista trágica ha de merecer nuestra compasión.

Con todo, la afinidad en las novelas no tiene por qué reducirse simplemente a la identificación directa con un personaje de ficción. También puede derivar de la admiración por un personaje que anda sobrado de las virtudes que a uno le faltan (el valor moral de Atticus Finch, la límpida bondad de Aliosha Karamázov) o, aún más interesante, del deseo de ser un personaje bien distinto a uno mismo en cosas que uno no necesariamente admira o que ni siquiera le gustan. Una de las perplejidades que provoca la ficción —y la cualidad que convierte a la novela en la forma artística liberal por antonomasia— es nuestra predisposición a sentir afinidad por personajes que en la vida real no nos caerían bien. Puede que Betty Sharp sea una trepadora desalmada, que Tom Ripley sea un sociópata, que el Chacal quiera asesinar al presidente de Francia, que Mickey Sabbath sea un viejo verde desagradable y egocéntrico y que Raskólnikov pretenda salir bien parado tras cometer un asesinato, pero resulta que yo estoy a favor de ellos. A veces, sin duda, es pura consecuencia de la atracción que ejerce lo prohibido, del placer culpable de imaginar cómo nos sentiríamos sin la carga de los escrúpulos. En todos esos casos, sin embargo, el agente alquímico por el que la ficción transmuta en afinidad mi envidia secreta o el ordinario desagrado que me provocan los «malos» es el *deseo*. Por lo visto, lo único que debe hacer un novelista es dar a un personaje un poderoso deseo (ascender en la escala social, cometer un asesinato y salir bien librado) para que yo, como lector, no pueda evitar hacer mío ese deseo.

En la novela de Wharton *Las costumbres del país* (1913), al igual que en *La casa de la alegría*, un miembro inadaptado de la alta sociedad de Nueva York fracasa en su intento de sobrevivir. Pero, en este caso, lo que representa la dura «naturaleza» darwiniana es el nuevo Estados Unidos, industrializado y abiertamente capitalista, y la víctima no es, ciertamente, la protagonista, Undine Spragg. La novela se puede leer como una inversión perfecta y deliberada de *La casa de la alegría*: toma los mismos ingredientes de afinidad y se los atribuye a una heroína a cuyo lado Lily Bart es un ángel de elegancia, sensibilidad y amabilidad. Undine Spragg es el producto malcriado, ignorante, superficial, amoral y abrumadoramente egoísta de un Estados Unidos en pleno florecimiento económico: su nombre proviene de unas tenacillas para rizar el pelo que fabricaba en serie su abuelo. Wharton

trabajó en esta novela precisamente durante los años en que se disponía a abandonar Estados Unidos para siempre, y la caricatura grotescamente negativa que dibuja del país (el rostro lujuriosamente enrojecido del millonario Van Degen; las fatuas pretensiones de Popple, que se dedica a pintar retratos de famosos; las poco arraigadas tradiciones del viejo Nueva York, la vacua búsqueda de placer de los *arrivistes*, la connivencia corrupta de negocios y política) se lee como un desfile de evidencias seleccionadas para demostrar su opinión. Parece como si Wharton hubiera querido convencerse de que un país capaz de producir y celebrar a una criatura como Undine Spragg no era un país en el que ella pudiera vivir.

Sin embargo, es absolutamente necesario leer la historia de Undine: *Las costumbres del país* es la primera novela que describe un Estados Unidos que yo reconozco como moderno en todos los sentidos, el primer retrato en ficción de una cultura en la que no resulta sorprendente la aparición de las Kardashian, Twitter y Fox News. El *Babbitt* de Lewis y el *Gatsby* de Fitzgerald no sólo beben directamente de esta fuente, sino que parecen, en todo caso, un poco *menos* modernos. El nexo entre dinero, medios de comunicación y celebridad que domina el mundo de hoy aparece en el capítulo de apertura por medio de los recortes de prensa que la señorita Heeny (masajista de Undine y prototipo de asesora en asuntos sociales) lleva consigo a todas partes, unos recortes que se convierten en *leitmotiv*, medida recurrente del progreso de Undine. Por muy ignorante que sea, Undine tiene la inteligencia suficiente para saber que posee aquello que necesitan los reporteros, y resulta que tiene una notable habilidad para manipular a la prensa. De paso, anticipa otras dos características eminentes de la sociedad estadounidense moderna: la obliteración de toda distinción social por parte del dinero y la apisonadora hedonista del materialismo. En el mundo de Undine todo puede comprarse y nunca se tiene lo suficiente.

De todos modos, el elemento más sorprendentemente moderno de la novela es el divorcio. *Las costumbres del país* no es ni mucho menos la primera novela en la que se deshacen matrimonios, pero sí fue la primera del canon occidental cuyo tema central son los divorcios sucesivos, y esa elección hace doblar las campanas por la muerte de la «trama matrimonial» que había animado incontables relatos en los siglos anteriores. Los riesgos que implica la elección de un cónyuge, tan altos hasta entonces, se ven



dramáticamente reducidos cuando cualquier error puede corregirse, tal como hace la propia Undine, por medio del divorcio. El coste pasa a ser meramente económico. Y Wharton, que ya vislumbraba la inevitabilidad de su propio divorcio mientras trabajaba en este libro, nunca hace nada a medias. La historia está saturada de divorcios: el libro trata de eso y lo hace de manera inexorable. Así como *La casa de la alegría*, una novela sobre errores irremediables, termina con el parpadeo de la débil llama de la vida de Lily, *Las costumbres del país*, llena de errores sin consecuencias duraderas para quien los comete, termina con el espectáculo, puramente caricaturesco, de Undine casándose con el que pronto será el hombre más rico de Estados Unidos, pero sin darse aún por satisfecha. No hace falta admirar a Undine Spragg para admirar a una autora con el suficiente coraje y amor por la forma como para arriesgarse de ese modo. Wharton se entrega a una «trama de divorcios» recién descubierta con el mismo entusiasmo que Nabokov a la pedofilia en *Lolita*.

Undine es un ejemplo extremo de personaje antipático cuyos deseos nos provocan una afinidad desconcertante. Es casi cómicamente indestructible, como el Coyote de los dibujos animados. Tal vez, el interés que me despierta su ascenso —su manera de sobrevivir, como el Coyote, a los golpes aparentemente devastadores que su estatus social recibe con cada divorcio— se parezca a la fascinación de ver cómo, dentro de un bote de cristal, una araña se impone a las demás, pero el caso es que no puedo leer el libro sin sentir empatía por sus esfuerzos. Esto, a su vez, tiene el extraño efecto de hacer que me caigan mal algunos personajes secundarios con los que debería simpatizar (el segundo y tercero de sus maridos; su padre). Me molesta y me frustra que estos hombres amenacen un progreso en el que ya me he implicado. El contraste de sus escrúpulos con los deseos de Undine no les es favorable, por admirables que parezcan en teoría. En este aspecto, Undine podría recordarnos a la propia Wharton, cuyo éxito y vitalidad acabaron aplastando a su marido y cuyos dos grandes amores (Berry y Fullerton) suelen merecer nuestro menosprecio cuando leemos la biografía de la escritora por no haber sido capaces de estar a la altura de su amor. El único apetito motivador de Undine, que se reduce a pasarlo bien de una manera relativamente ostentosa, no guarda casi ningún parecido con los sofisticados deseos de Wharton, ávida de arte, viajes y conversaciones profundas, pero

aun así Undine se parece mucho a su creadora en la medida en que es una mujer aislada haciendo cuanto está en sus manos por usar lo que la vida le ha dado para abrirse camino en el mundo.

Aquí, sin duda, encontramos una puerta que nos conduce a sentir una mayor afinidad por la escritora. Pese a todos sus privilegios, pese a llevar una vida social agotadora, Wharton siempre permaneció aislada e inadaptada, que es lo mismo que decir que fue una escritora nata. La mujer de mediana edad que tiraba los folios al suelo es la misma que desde los cuatro años caía en unos estados de trance en los que «inventaba» historias. Le enseñaron a dar importancia a la ropa y al aspecto físico, y a comportarse con propiedad en un entorno social elitista, y se pasó los veinte y los treinta cumpliendo obedientemente con el papel para el que la habían criado, pero nunca dejó de ser la niña que se inventaba historias. Y esa niña, perversa, anhelante, atrapada, está en sus mejores novelas, luchando contra las convenciones de su mundo de privilegios. Como si fuera consciente de que representaba una figura desagradable, puso a mujeres desagradables en el primer plano de esas novelas y luego activó el arma más potente de los contadores de historias, el poder contagioso de los deseos en la ficción, para provocar la simpatía del lector.

En la novela que representó su logro más importante, *La edad de la inocencia* (1920), escrita bastante después de que terminara su aventura con Fullerton, y después de que la Primera Guerra Mundial hubiera convertido repentinamente en historia las décadas que la precedieron, Wharton contó su propia historia de una manera más directa que nunca dividiéndose en un personaje masculino y otro femenino: separando el lirio y la barba. El protagonista de la novela, Newland Archer, encarna los orígenes de Wharton: es un hombre aislado e inadaptado que, sin embargo, está enredado de manera inextricable en las convenciones sociales del viejo Nueva York e irremediabilmente acostumbrado, en contra de su deseo, a las comodidades y a las normas de un mundo inamovible y conservador. El objeto de la gran pasión de Newland, Ellen Olenska, es la persona en la que se convirtió Wharton: la exiliada autosuficiente, la superviviente de un matrimonio desastroso y desalentador, el espíritu libre europeo, aunque nacido en Nueva York. Se atraen mutuamente con intensidad porque están hechos el uno para el otro igual que lo están dos aspectos de una misma personalidad. Y así, por

una vez, el problema de la afinidad con los personajes de Wharton deja de ser un problema. En esta ocasión no se trata de cometer errores y el dinero es un asunto menor. Simplemente, Ellen es hermosa y tiene problemas; sencillamente, Newland la quiere pero, como está casado, no puede tenerla.

La belleza de *La edad de la inocencia* reside en la distancia de la mirada. Al fijar la acción en la década de 1870, Wharton consigue, al final de la novela, llevar a Newland y Ellen a un mundo que ha cambiado radicalmente, donde sus antiguas tribulaciones pueden percibirse como el producto de un tiempo y un lugar particulares. La novela pasa a ser el relato no sólo de lo que no han podido tener —de lo que les han negado sus rancias familias neoyorquinas con sus conspiraciones tejidas con guantes de terciopelo—, sino también de lo que sí han conseguido. La gran frase final, que transmite la medida del deseo frustrado de Newland, no nos la entrega él mismo, ni Ellen, sino la mujer con la que él ha permanecido casado. En la novela, Wharton sin duda consigue iluminar con lo que ella misma llamó en una ocasión «toda la luz de mi atención crítica» las convenciones sociales que deformaron su juventud, pero también les rinde homenaje. Las presenta de un modo tan claro y completo que emergen, desde la retrospectiva histórica, como lo que verdaderamente son: un orden social con ventajas y desventajas. Y al hacerlo niega al lector moderno el consuelo fácil de condenar un orden anticuado. Lo que se encuentra en su lugar, al final de la novela, es la afinidad.

# DIEZ NORMAS PARA EL NOVELISTA

1. El lector es un amigo, no un adversario ni un espectador.

2. Si una ficción no supone para el autor una aventura que lo obliga a adentrarse en lo que le da miedo o en lo desconocido, no merece ser escrita por otra razón que no sea el dinero.

3. Nunca utilices «entonces» como conjunción: para eso tenemos «y». Usar «entonces» como sustituto es la no-solución del escritor vago o sordo al problema del exceso de «y» en una página.

4. Escribe en tercera persona, a menos que se te presente de un modo irresistible una primera persona verdaderamente única.

5. Cuando el acceso a la información se vuelve gratuito y universal, la amplísima y pesada documentación para una novela pierde su valor.

6. La ficción más puramente autobiográfica requiere pura invención. Nunca se ha escrito un relato más profundamente autobiográfico que *La metamorfosis*.

7. Ve más quien se sienta a esperar que quien se pone a perseguir.

8. Resulta dudoso que alguien con una conexión a internet en su estudio esté escribiendo buena ficción.

9. Los verbos interesantes no suelen ser muy interesantes.

10. Para ser implacable, antes hay que amar.

## ECHAR EN FALTA

Tal vez fuera por la medicación para dormir que había tomado pocas horas antes, o por los cincuenta minutos que había pasado en la cola de seguridad del aeropuerto John F. Kennedy viendo como el personal de Jet Blue premiaba la tardanza de otros viajeros mandándolos a la cabeza de la cola, pero el caso es que algo no iba bien en mi cabeza. Eran las seis y cuarto y estaba junto al mostrador de un puesto de comidas vaciando el bolsillo exterior de mi mochila, lleno a reventar, en busca de una moneda de cuarto para añadirla a los seis dólares que ya le había dado a la camarera a cambio de un expreso y una magdalena. Parecía muy importante ofrecerle el cambio exacto —seis monedas de un dólar más una de un cuarto—, aunque yo mismo me daba cuenta de lo raro que era concederle tanta importancia.

Sólo después de encontrar la moneda y volver a cargar todo en la mochila me acordé de pedir un recibo a la camarera, que para entonces estaba ya marcando en la caja el pedido del siguiente cliente, un joven latino. Tendría que haber renunciado a cargar el café y la magdalena entre mis gastos, pero en aquel momento el recibo también se me antojó extremadamente importante. Cuando le pedí a la chica que me extendiera uno escrito a mano, el joven latino me ofreció el suyo. Se lo agradecí sinceramente y recompensé su amabilidad largándome con su maleta de ruedas.

Al cabo de diez minutos, después de revisar mi correo electrónico y leer algunos resultados de fútbol, mis ojos se posaron en la maleta que tenía a mis pies. Había comprado poco antes una Victorinox de cincuenta centímetros y la que tenía delante me parecía curiosamente grande. Además, no era una Victorinox.

Volví corriendo al puesto de comidas y descubrí que allí nadie había dejado una maleta. Recordé que como la mía era nueva aún no le había

puesto mi nombre y mi dirección, así que me puse a imaginar las ramificaciones de mi error: ¡el joven latino ya habría embarcado en algún avión con mi maleta! ¡Y ésta no llevaba nada que permitiera identificarla como mía ni dentro ni fuera! Pasé por varias salas de embarque y terminé delante de un mostrador de información. Allí, conversando con una empleada de Jet Blue, estaba el joven latino. Se alegró mucho de recuperar su maleta, pero él no tenía la mía.

—A ver si podemos encontrarla antes de llamar a Seguridad —dijo la empleada—. A lo mejor este caballero se ha llevado su maleta a algún sitio sin darse cuenta.

Me pareció poco probable. Seguro que alguien se había llevado mi maleta, probablemente a posta. Me planteé si podría arreglármelas en mi viaje llevando sólo la mochila. Mientras seguía a la mujer de Jet Blue de vuelta hacia el vestíbulo, mirando una maleta tras otra, todas con sus correspondientes dueños, me sentía como un observador de pájaros viendo todas las aves imaginables menos aquella que desearía ver desesperadamente. Sin embargo, en ese momento llegamos a otro puesto de comida, con bollería de categoría inferior, y recordé que antes había pasado por allí y había titubeado, en mi nebulosa obstinación, mientras buscaba una magdalena que estuviera a la altura de mis exigencias. Delante de las magdalenas, sin meterse con nadie y sin que nadie hubiera informado a Seguridad pese a que llevaba allí más de veinte minutos, estaba mi Victorinox.

Mi objetivo en ese viaje estaba claro: ver todas las especies de pájaros endémicas de dos islas, una de las Antillas Mayores y una de las Menores, en los siete días de los que disponía. Las especies endémicas de una isla (es decir, que no se pueden ver en ningún otro lugar de la tierra) tienen un interés especial para los amantes de los pájaros que mantienen listas de los ejemplares que han visto. Si en una isla particular se nos escapa alguna especie endémica quiere decir que ya no la veremos *jamás*, porque hay demasiados lugares a los que acudir en busca de pájaros antes que regresar a esa isla y porque en el Caribe muchas endémicas tienen grandes problemas y en el futuro será cada vez más difícil avistarlas. De haber tenido dos semanas, podría haber albergado la esperanza de ver las veintiocho de Jamaica y las cuatro de Santa Lucía, pero para rematar esa faena en una semana iba a

necesitar algo de suerte.

Aunque por lo general no soy supersticioso, me sentía como si hubiera hecho un reintegro importante en el banco del karma al recuperar mi maleta en el JFK. Además, tengo la superstición de que mi suerte como observador de pájaros mejora cuando soy generoso con las propinas a los taxistas y al personal del hotel, así que vi como mala señal mi excesiva lentitud a la hora de sacar la propina para el conductor que me llevó del aeropuerto de Kingston a las Blue Mountains.

Mi anfitriona en la montaña, Suzie Burbury, me recogió en un todoterreno y me llevó por una pista terrible hasta su granja cafetera, donde tenía un albergue. Hasta poco antes, el ochenta por ciento del café Blue Mountain de Jamaica se exportaba a Japón, pero la demanda japonesa se había desplomado tras el desastre de Fukushima y los procesadores de café jamaicano apenas compraban la mitad de grano que antes a los productores o se lo pagaban a mitad de precio. Suzie y su marido habían pasado a depender del turismo y más de un tercio de sus huéspedes eran observadores de aves: la demanda global de observación de especies endémicas del Caribe es menos voluble que la del mercado del café.

Suzie me dio una quiche y una infusión helada de acedera y me mandó a ver pájaros. El primer endémico que vi, un Semillero Azulillo que holgazaneaba junto a uno de los caminos cercanos a la granja, era un pájaro precioso, gris azulado con el cuello naranja, y pasé unos cuantos minutos admirándolo con mis binoculares, aunque la felicidad que me producía verlo llegaba inexorablemente envuelta en el juegucito de números que me ocupaba: un endémico menos, veintisiete pendientes. Más adelante vi otros Semilleros Azulillos y apenas les hice caso, amparado en el criterio de «ya no estoy buscando esa especie». Por supuesto, estar en un lugar con una vida aviar abundante y diversa representa un placer por sí mismo: es una manera de conectar con un pasado en el que la naturaleza estaba más entera, no tan fragmentada y degradada, pues los pájaros son el indicador más visible de un ecosistema saludable. Observar pájaros tiene el encanto y la virtud añadidos de llevarte en cada país a lugares que la mayoría de los turistas no visitan. Genera un tipo de turismo distinto, en el que el voyeurismo del primer mundo se redime —y a su vez se vuelve redentor— al centrar la atención de manera obsesiva en la tarea de añadir especies a tu lista.

Contratar guías locales para la observación de aves, como hice yo, también sirve para conocer gente esperanzadoramente ajena a la indiferencia o la animadversión que sus compatriotas muestran ante la naturaleza. Mi guía, contratado en la granja Lime Tree, era Lyndon Johnson («pero yo no tengo una B entre el nombre y el apellido», se apresuró a decirme), un empleado del departamento forestal de Jamaica de treinta y cinco años. Salimos bastante antes del amanecer para compensar el mal estado de las carreteras y ascendimos hacia los territorios altos en los que sobreviven algunas zonas de bosque autóctono entre cafetales y otras instalaciones. Al cabo de unas horas, Lyndon había encontrado doce endémicos más para mi disfrute, entre ellos el Copetón Jamaicano, adorable tanto por su plumaje como por su nombre;<sup>6</sup> el Barrancolí Jamaicano, una brillante joya verde, dorada y roja a la que los locales apodan «el pájaro rasta»; y la Reinita Jamaicana, con su chaleco blanco y negro de gabardina. En el campo abundaban los parientes cercanos de esa reinita: una docena de aves migratorias norteamericanas distintas, cuya presencia, mucho más colorida que la de su pariente jamaicana, aún volvía más conmovedora y misteriosa la insistencia de ésta en conservar sus raíces en la isla mientras sus primas recorren miles de kilómetros al vuelo y sólo pasan los inviernos en el trópico.

Lyndon también oyó, cerca de la carretera, uno de los endémicos más huidizos del país, el Cuco Lagartero Jamaicano, y nos quedamos quietos un rato largo mirando fijamente la espesura del bosque con la esperanza de vislumbrarlo. Hacía un tiempo deliciosamente fresco y sólo muy de vez en cuando rompían el silencio los camiones que cargaban con grupos de recolectores de café. Más abajo, los granos enrojecían ya al madurar en las laderas del monte, surcadas por pistas de bicicleta de montaña a las que algún emprendedor local había puesto nombres como «Una araña en tus pantalones». Cuando quedó claro que el cuco no tenía ganas de exhibirse, nos dirigimos a otro bosque, más cercano a Lime Tree, y tuve una premonición con respecto al cuco. Como en un partido de fútbol americano, en el que también se juega contra el reloj y muy a menudo el gol de campo que chutas fuera acaba volviéndose en tu contra, los fallos en el avistamiento de un endémico importante pueden salir caros.

Hacia las dos de la tarde, cuando hacía demasiado calor para que los pájaros se mantuvieran activos, había visto dieciocho endémicos, tantos que



ya había empezado a repasarlos mentalmente, asociando conscientemente cada especie con el lugar del avistamiento. Mi amigo Todd Newberry, autor de *The Ardent Birder* [El observador de aves apasionado], cree que sólo deben incluirse en una lista las especies cuyo avistamiento se recuerda de un modo específico: si en tu lista hay un pájaro del que no conservas ningún recuerdo, debes tacharlo. Yo no soy tan radical (si en mi lista del viaje a Ecuador dice que vi una Tangara Velia, entonces, ¡por Dios!, tengo que haberla visto), aunque sí creo, como Todd, que observar pájaros debería ser un modo de experimentar el lugar en el que estás, no sólo un ejercicio de poner crucecitas en una lista. Deberían importar los números tanto como importan en cualquier clase de juego: como un objetivo abstracto, una manera de acumular energías para una experiencia que a menudo implica momentos desagradables (levantarse a las cuatro y media de la mañana, pasar tanto rato de pie que te duelen las piernas, sufrir los ataques de ácaros y mosquitos) de los que uno preferiría prescindir si no tuviera ese objetivo.

Dicho lo cual, me parecía que tenía buenas perspectivas de completar mi lista: aún me quedaban tres días y sólo diez especies endémicas por avistar. Pero dar por hecho que las perspectivas son buenas siempre es un error. A la mañana siguiente, cuando Lyndon y yo echamos a andar por el hermoso hábitat boscoso de las Blue Mountains con un tiempo fresco y perfecto, no vimos un solo endémico nuevo en las primeras cinco horas de observación. Ya habían dado las once cuando Lyndon detectó milagrosamente un Anambé Jamaicano entre un follaje denso que yo había juzgado desprovisto de pájaros por completo. En el mismo camino, más adelante, descubrió un pájaro negro distinto, al acecho en una maraña de cambroneras y epifitas. Aunque no llegué a verlo entero, conseguí juntar la imagen de sus diferentes partes y quedé bastante convencido de que se trataba de un Zanate Jamaicano, el más raro entre los endémicos del país. Sólo se encuentra en los bosques autóctonos que permanecen intactos, de los que cada vez quedan menos. Me apenaban sus apuros, pero me alegré, con ese egoísmo propio del observador de pájaros, de añadir a mi lista la especie más difícil de la isla: ya llevaba veinte de veintiocho, y en poco más de un día.

Cené en una posada cerca del extremo noroeste de la isla con mi siguiente guía, Ricardo Miller, funcionario especializado en pájaros y presidente del

club nacional de aves de Jamaica. Ricardo es un hombre guapo, con gafas, perspicaz. Criado en un ambiente humilde, de niño soñaba con ser piloto. Se alistó en la Fuerza Combinada de Cadetes de Jamaica y a los quince consiguió una de las dos becas que se dan cada año para cursar la formación, con una Cessna 150 de un solo motor, que permite obtener la licencia. Luego solicitó una plaza en la fuerza aérea y aprobó con nota el examen escrito de ingreso, pero falló en el físico porque tiene escoliosis. Su plan B era ser matemático, pero como no resultaba muy práctico tuvo que pasar al plan C, que consistía en estudiar ciencias medioambientales.

—Siempre me había gustado estar al aire libre —me contó— y había visto cómo se convertían en hoteles las playas de mi infancia. En las zonas por donde solía caminar entre matorrales ya no quedaban matorrales. Llegué a la conclusión de que, tal como iban las cosas, el país iba a necesitar expertos en medio ambiente.

—¿Y a tus padres les pareció bien? —pregunté.

—Claro que no: querían que fuera médico o algo por el estilo.

El problema fundamental de la conservación aviar en Jamaica es la falta de educación. Aunque algunas ONG están haciendo un buen trabajo, no hay fondos suficientes para familiarizar a los escolares con la riqueza natural del país, y el herpetólogo y observador de aves que en otros tiempos introducía a los licenciados como Ricardo en la ornitología ya había muerto. En consecuencia, los únicos que estudian a los pájaros son los extranjeros, y Ricardo, a los treinta años, es el miembro activo más joven del club de aves.

Los mayores problemas ecológicos de Jamaica son de orden demográfico, cultural y económico.

—Creo que nuestro crecimiento demográfico está fuera de control —me dijo Ricardo—, y eso implica más presión para el medio ambiente. Siempre he dado por hecho que éramos dos millones de habitantes, pero de pronto me entero de que somos tres: es como si hubiera ocurrido de la noche a la mañana.

—A mí me han hablado de tres millones y medio —le dije.

—¿Lo ve? ¡De la noche a la mañana!

Según Ricardo, los jamaicanos no se sienten atraídos en absoluto por la naturaleza.

—No les gustan los bichos —me comentó—. En cuanto ven una serpiente

le sueltan un machetazo, y si se encuentran un lagarto en casa, lo rocían con el insecticida. Creen que los cocodrilos los persiguen.

Ricardo también cree que en los últimos tiempos la influencia de los hombres de negocios chinos ha agravado esa actitud.

—Antes los jamaicanos se limitaban a matar a los cocodrilos —me contó—, ahora se los comen. Conozco a una bióloga que estaba investigando en una poza de marea; un buen día llegó por la mañana y se encontró a un chino con una navaja arrancando todo lo que había en las rocas para comérselo. Se puso a llorar y tuvo que cambiar de poza.

Le comenté que los países de Sudamérica con mucha población indígena cumplen mejor con la tarea de proteger la naturaleza que los que, como Chile, están formados en su mayor parte por inmigrantes, y Ricardo está de acuerdo en que Jamaica se parece más a Chile.

—Los jamaicanos llegaron aquí como esclavos —me dijo—. Parece que durante ese largo trayecto perdieron la conexión con la naturaleza. Sólo les interesa el dinero fácil. Si capturas ilegalmente un loro sacas menos de cien dólares: ese loro tiene mucho más valor si lo dejas en el bosque y traes visitantes a verlo, pero los furtivos son capaces de derribar árboles enteros para llegar al nido, y eso es terrible para la población de loros porque éstos realmente dependen de los bosques viejos donde hay huecos naturales para construir sus nidos. Con las tortugas marinas ocurre lo mismo: ¿para qué matar a una hembra que se acerca a desovar cientos de huevos? Otro tanto con las langostas: ¿por qué matan a las hembras preñadas?

Como parte de su trabajo diurno, Ricardo trabaja con los cazadores de la isla, a los que a finales del verano se les permite disparar a una cantidad limitada de ejemplares de cuatro especies de palomas y pichones. Los cazadores son aliados naturales de los ecologistas, pero también en este aspecto el país carga con la maldición del pasado.

—Los jamaicanos desprecian la caza —dijo Ricardo— porque el colonialismo nos legó una cultura cinegética reservada a gente rica con armas caras que se ganó el resentimiento de los pobres. Se tiene la sensación de que el gobierno incentiva la caza mientras que a la gente pobre de la calle ni siquiera se le permite tener pájaros en jaulas, hecho que se percibe como una manera más de fastidiar a los pobres.

El mejor modo de salvar los obstáculos económicos de la ecología es el

ecoturismo. El Consejo Jamaicano del Turismo está promoviendo activamente la imagen de Jamaica como destino para los observadores de aves y organiza viajes informativos para los mayoristas turísticos, pero para crear una infraestructura ecoturística en serio hace falta mucho dinero y, sin infraestructura, el ecoturismo no genera beneficios. Así que ese mismo gobierno sigue impulsando el desarrollo de megahoteles para vacaciones con todo incluido porque esos establecimientos no crean unos cuantos puestos de trabajo, sino cientos.

—Esos megahoteles están vacíos la mayor parte del año —me dijo Ricardo—, y cuando construyen uno nuevo es porque van a demoler otro viejo. Yo creo que sólo se deberían conceder licencias para construir hoteles nuevos si el cien por cien de los que ya existen tienen una ocupación del cien por cien durante el cien por cien del año.

Le pregunté a Ricardo si anotaba en una lista los pájaros que veía.

—Hago listas —dijo con una sonrisa culpable—: lo confieso. Llevo algo así como ciento ochenta y ocho especies.

—Aproximadamente ciento ochenta y ocho...

Se echó a reír y me contó de una reinita migratoria que había visto en septiembre, exhausta, paseando a primera hora de la mañana. Como estaba tan cansada que no podía huir, había tenido tiempo de fotografiarla con el móvil. Luego, en casa, con ayuda de unos amigos, la había identificado como una Reinita Plañidera.

—De modo que —concluyó— a lo mejor ya son ciento ochenta y nueve.

Al día siguiente yo estaba listo para salir a las cinco y media de la mañana, tal como habíamos quedado, pero al bajar al vestíbulo del hotel descubrí que Ricardo aún no había llegado. Me dispuse a esperarlo preguntándome si sería menos fiable de lo que me había parecido en un primer momento, pero entonces salió corriendo de la oscuridad del camino de acceso y me informó de que acababa de oír a un Búho Jamaicano y lo había visto volar hacia un árbol. Fui corriendo a buscar mi linterna. No conseguimos detectar el revelador reflejo que producen los ojos de estas aves entre el follaje, pero cuando el pájaro alzó el vuelo desde la parte trasera del árbol pude ver, gracias a la linterna y los binoculares, lo suficiente para identificarlo por el tamaño, el plumaje canela y otras características típicas de

los búhos antes de que desapareciera.

Nos dirigíamos a Ecclesdown Road, una estrecha cinta de asfalto que serpentea entre las boscosas faldas de los montes John Crow. (Se dice que el nombre «John Crow», con el que los autóctonos conocen al Aura Gallipavo, un pájaro encorvado de cara roja y plumas negras, viene de un predicador jorobado llamado John que en otros tiempos deambulaba por los montes intentando convertir a la gente con un largo abrigo negro y la cara enrojecida por el sol.)<sup>7</sup> Entre chaparrones intensos, Ricardo y yo caminamos unos cuantos kilómetros y vimos dos especies de papagayos endémicos jamaicanos, tres enormes Cucos Picogordo de Jamaica, un grupo de Cuervos Jamaicanos (conocidos localmente como *Jabbering Crows* [‘cuervos charlatanes’] por su balbuceo) y, en lo alto de un árbol, exhibiendo su barriguita color magenta, un colibrí al que suele llamarse Mango Jamaicano.

Nuestro objetivo principal era la Paloma Perdiz Jamaicana, un ave terrestre a la que los jamaicanos llaman *Mountain Witch* [‘bruja de la montaña’]. Está amenazada por la destrucción de su hábitat y por la acción depredadora de la mangosta, un mamífero introducido artificialmente en ese medio, y es casi tan difícil de ver como el mirlo negro. Cuando Ricardo oyó por fin su canto, apenas gocé de un inútil atisbo a contraluz del pájaro volando bajo a lo ancho de la carretera. En cuanto echamos a correr hacia el lugar donde la habíamos visto, un coche, el primero que veíamos en toda la mañana, rompió el silencio idílico de Ecclesdown Road tocando la bocina repetidamente. Dos hombres aparecieron por detrás de nosotros, uno de ellos cargado con una motosierra industrial y el otro con un bidón de gasolina. Casi de inmediato, la motosierra se puso en marcha en el bosque que quedaba un poco más abajo en la misma ladera, seguida al poco rato por el ruido de un árbol grande al desplomarse. Probablemente no habríamos podido ver a la paloma perdiz de todas formas, pero en aquel momento la situación pareció una parábola de las dificultades de la conservación medioambiental en un país con mucha población y poco dinero. Aunque la tierra que nos rodeaba pertenecía al gobierno, buena parte de la misma se gestiona como una concesión privada a largo plazo, y el departamento forestal carece de los recursos necesarios para perseguir policialmente, de manera eficaz, la tala ilegal, así que la Paloma Perdiz Jamaicana sigue en plena retirada.

Cuando Ricardo regresó a Kingston, a mí sólo me faltaban dos aves endémicas: la paloma perdiz y el cuco lagartero. Al día siguiente volví a levantarme pronto y eché a andar de nuevo por Ecclesdown Road, pero estaba lloviendo cada vez más fuerte y cuando llegó la hora de irme al aeropuerto no había visto nada nuevo. Aunque me tentaba la posibilidad de contar el cuco que había oído y la paloma que apenas había vislumbrado y declarar una victoria total, me atuve a las reglas del juego y me contenté con haber visto todas las especies endémicas de Jamaica a excepción de dos. El consuelo más típico, cuando uno no consigue tachar toda la lista, suele consistir en decirse: «Bueno, así tengo una razón para volver a Jamaica», pero, siendo realista, yo sabía que cuando volviera a darme por observar pájaros en el Caribe querría ir a islas con más aves endémicas por ver. Parte del atractivo del juego de observar aves es que el fracaso es inevitable, porque nadie va a ver todas las especies del planeta, y los juegos en los que el éxito está asegurado no merecen la pena. Es probable que nunca llegue a ver el cuco o la paloma perdiz.

En el aeropuerto de Santa Lucía me recogió un bombero retirado, Olson Peter, que señaló diversos cuarteles de bomberos en nuestro recorrido desde Castries hasta un albergue llamado A Peace of Paradise, en el lado atlántico de la isla. Consciente del error que había cometido en Jamaica, le di una propina de veinte dólares y me intrigó la cara que puso mientras se la guardaba. En la pensión, mi anfitriona, Lorraine Royall, me explicó que su tarifa de cincuenta dólares no estaba pagada de antemano, como yo había supuesto tras mi experiencia jamaicana. Me prometió que se los pagaría más adelante, pero mi equivocación volvía a suponer un mal presagio.

Al día siguiente, mi guía, un joven llamado Melvin, se materializó, como un genio salido de una botella, en medio de una nube de cannabis mientras yo desayunaba en el porche trasero de Lorraine en la media luz de la madrugada. Llevaba botas de caucho, unos vaqueros con los bajos enrollados, una camiseta de malla que le cubría hasta los muslos y un gorro de lana. Tomó la carretera y me llevó a través de una granja platanera hasta un árbol ornamental asiático, un *pomme d'amour*, en pleno estallido de flores de un rosa subido y lleno a rebosar de colibríes. Bajo sus ramas, pisando una gruesa alfombra rosada, ni siquiera necesité los binoculares para poder identificar aquellos pájaros. A continuación, bajamos a la carretera principal de la costa

y aparcamos junto a una brecha en el bosque «seco», que sólo lo era en comparación con el bosque lluvioso que crecía a mayor altitud. Melvin se llevó un pulgar a los labios y soltó unos chirridos rítmicos que convocaron de inmediato a un par de Cuitlacoques Pechiblanco. Dieron unos saltitos en lo alto de un árbol, constataron que no éramos cuitlacoques y desaparecieron. Me dio pena ver que se iban porque, haciendo honor a su nombre en inglés, tienen una presencia muy enérgica y una gran personalidad.<sup>8</sup>

La definición de las especies —esa categoría de la que dependen para sus tabulaciones quienes se dedican a hacer listas de pájaros— está sujeta a un constante debate científico. Dividir el universo de los pájaros en especies de circunspectos nombres latinos supone imponerle una cuadrícula en cierta medida arbitraria a un sistema fluido y extremadamente complejo de genes, cruces y evoluciones. Muchas de las aves endémicas del Caribe son prácticamente idénticas a especies continentales más comunes, pero en su hábitat isleño han evolucionado lo suficiente para desarrollar voces, plumajes, estructuras o hábitos levemente distintos. (Me pareció imposible, por ejemplo, distinguir el Cuervo Jamaicano de los cuervos que suelo ver por la ventana en Manhattan.) La Unión Ornitológica Americana revisa permanentemente su taxonomía oficial, agrupando múltiples especies en una sola o dividiéndolas para crear otras nuevas. Las divisiones pueden producir lo que los observadores de aves llamamos «un avistamiento de sofá»: un pájaro nuevo aparece en tu lista sin que tengas que salir de casa. Es como si la definición de lo que es un gol de campo y un *touchdown* en el fútbol americano estuviera sujeta a una revisión indefinida que alterase los resultados de los partidos jugados en el pasado.

Sea como fuere, el Cuitlacoche Pechiblanco no es una especie que propicie la menor indefinición. Con su espalda negra y su pecho blanco brillante, no se parecía a ningún otro cuitlacoche que hubiera visto antes. En otro tiempo, este pájaro era común tanto en Santa Lucía como en la Martinica, pero su territorio se ha reducido drásticamente al estropearse su hábitat. A estas alturas habrá unos doscientos en la Martinica, y los mil, más o menos, que se encuentran en Santa Lucía se concentran en una pequeña área de bosque seco de la costa atlántica. Hace siete años, los dueños de una propiedad de dos mil doscientos metros cuadrados en el centro del territorio del cuitlacoche empezaron a despejar la tierra para construir un complejo

turístico con el desafortunado nombre (desde el punto de vista del pájaro) de Le Paradis. Más adelante tuvieron problemas económicos, pero para entonces ya habían echado de su propiedad a la mayor parte de los cuitlacoques en peligro de extinción, habían hecho las excavaciones necesarias para instalar un campo de golf y habían empezado a levantar diversos complejos de edificios. Las construcciones inacabadas, semiderruidas e inundadas por la lluvia, recuerdan, vistas desde la carretera principal, los restos de una instalación militar destruida en una guerra pretérita.

Más adelante, mientras volaba de regreso a Nueva York, el avión pasó directamente por encima de Le Paradis y me ofreció una vista del campo de golf, que sucumbe bajo una densa maleza. Me pareció un buen hábitat para muchos pájaros, pero no para los cuitlacoques, que necesitan bosque. Confieso que no me dan ninguna pena los constructores. Al dirigirse a los pasajeros, el capitán de la compañía Jet Blue insistió en referirse a Jamaica como un «paraíso» que abandonábamos, y lo primero que dijo cuando llegamos a Nueva York fue: «Bienvenidos de vuelta a la dura realidad.» A mí me pareció que entendía las cosas exactamente al revés: incluso en plena recesión, los ciudadanos de Estados Unidos disfrutamos de lujos fantásticos que la mayor parte de los habitantes de las Antillas Orientales no pueden permitirse, y pese a la fuerte oposición política seguimos asegurándonos de que la situación de nuestras especies amenazadas sea, si no paradisíaca, al menos razonablemente segura. La dura realidad, al menos desde la perspectiva del crecimiento desmedido de la población y de los megadesarrollos turísticos, se encuentra más al sur.

Melvin hacía de guía a observadores de aves para complementar sus ingresos como buscador de plantas e investigador botánico para el departamento forestal de Santa Lucía. Era agradable y tenía buenas dotes para detectar pájaros en la espesura del bosque y atraerlos para que pudiéramos verlos —vimos la adorable Reinita de Santa Lucía y otras muchas especies de las Antillas Menores, incluido el Cocobino Gris, que también hace honor a su nombre en inglés—,<sup>9</sup> pero no tenía del todo claros los nombres de algunas especies, así que me pareció que sería mejor, en mi segundo día entero en Santa Lucía, buscar las tres endémicas que me quedaban con un observador de pájaros serio con el que Lorraine había contactado para que me hiciera de



guía. El problema, según ella, era que éste, un adventista del séptimo día, no había respondido a su petición de que confirmara la cita y, de hecho, como era sábado, cabía la posibilidad de que no respondiera hasta que se hiciera de noche.

A última hora de la tarde, cuando empezaba a refrescar, intenté acercarme en coche a la pista que atraviesa el bosque Descartiers y ver una o dos especies endémicas más. El huracán Tomás había producido innumerables corrimientos de tierras, así que algunas carreteras quedaban abruptamente cortadas por grietas. Después de perderme tratando de buscar rutas alternativas, conseguí llegar al nacimiento de la pista cuando ya sólo quedaban cuarenta y cinco minutos de luz solar. Bajé corriendo por un sendero con mis binoculares y me detuve a mirar y escuchar en algunos claros; sin embargo, en aquel bosque tropical, pese a estar bien conservado, parecía no haber ningún pájaro. Sólo entonces recordé una de las leyes fundamentales del observador de aves: «Los mejores ejemplares siempre están junto al aparcamiento.»<sup>10</sup> Mientras regresaba a toda prisa hacia mi vehículo, empecé a oír los chillidos de las cacatúas que volvían a sus nidos y, efectivamente, en el aparcamiento, bajo la escasa luz del sol, pude echarle un buen vistazo a una Amazona de Santa Lucía que salió volando.

A la hora de cenar fui al único restaurante cercano con licencia para servir alcohol. A una mesa de la terraza y con unas copas delante, estaban sentados un británico dicharachero llamado Nigel, dos jóvenes británicas y, para mi sorpresa, el adventista experto en aves. Nigel produce documentales sobre la naturaleza para Discovery Channel y por lo visto el adventista se lo iba a llevar al día siguiente a buscar pájaros. Nigel me invitó a sumarme a la expedición, pero no andábamos buscando las mismas especies y yo estaba dolido con el adventista por no haber contestado a los mensajes de Lorraine y no estar en su casa cumpliendo los preceptos de su religión. Me senté a otra mesa y escuché cómo Nigel obsequiaba a las chicas, con su tono insoportable, una serie de historias sobre los fabulosos pájaros de las Antillas Menores que había visto. El adventista se acercó a disculparse y me explicó que creía que yo iba a llegar una semana más tarde. Le dije que no se preocupara.

Cuando volví a A Peace of Paradise, Lorraine me informó de que el adventista la acababa de llamar.

—Lo primero que me ha dicho —explicó— ha sido: «No ha sido culpa mía.» Le pasas las fechas en un mensaje por escrito... ¿y resulta que no es culpa suya?

Manifesté mi sospecha de que al adventista le había parecido más rentable salir con un productor de Discovery Channel.

—Mmm, no se me había ocurrido —dijo Lorraine.

Le aseguré que me conformaba con Melvin.

A la mañana siguiente, de nuevo en el nacimiento de la pista Descartiers, nos cruzamos con Nigel y el adventista y acordamos caminar juntos. El adventista parecía un hombre agradable y desde luego sabía de pájaros; Nigel, por su parte, al cargar con un telescopio y un trípode por el sendero, se demostraba a sí mismo que no era un diletante ni se dedicaba a observar pájaros por mero oportunismo, sino que era un aficionado hecho y derecho, ávido, embelesado. Le comenté a Melvin la pobre impresión que me había causado Nigel la noche anterior, cuando se había dedicado a beber y a impresionar a las chicas. Melvin contestó con una sonrisa empática:

—Seguro que se puso nervioso con las chicas.

Gracias al telescopio de Nigel gozamos de unas vistas fabulosas de algunas Amazonas de Santa Lucía, aves que tienen los mejores atributos de los loros: intensa socialización, un arcoíris de colores, bellísimos patrones en la cabeza y los hombros y unos rostros que denotan inteligencia. El placer que experimentaba Nigel al contemplarlas lo redimió por completo a mis ojos.

De todos modos, se puso a llover con fuerza y al adventista no se le daba mejor que a Melvin convocar a los pájaros que no tenían ganas de exhibirse. Como aún me faltaban el Turpial y el Semillero de Santa Lucía, me llevé a Melvin de vuelta hacia la zona de la costa, más seca. Allí, en el mismo lugar de los cuitlacoques, Melvin consiguió atraer a una hembra de Semillero. Oímos los pasos de Nigel y el adventista haciendo crujir la maleza algo más arriba, trepamos por una ladera enfangada y vimos a Nigel hundido hasta las axilas en el follaje en un territorio que, según me habían advertido repetidamente, estaba infestado de una serpiente venenosa llamada «barba amarilla». Volvió la cabeza para dirigirme una sonrisa enloquecida: la sonrisa propia de un espíritu gemelo, y el adventista me informó de que de momento sólo habían conseguido avistar un Cuitlacoche Pechiblanco, y no del todo

bien. Decidí no mencionar que Melvin y yo, el día anterior, habíamos visto dos ejemplares perfectamente bien allí mismo y en menos de un minuto.

Volví a probar suerte con el turpial esa misma tarde en la pista Descartiers, pero llovía y había muchísima neblina. Al anoecer estaba harto de fracasar en mis intentos de avistar el turpial y harto también de levantarme todas las mañanas a las cinco, pero fui responsable y lo planifiqué todo para arrancar al día siguiente en plena oscuridad y concederme otra oportunidad. Al llegar la mañana, sin embargo, no me apeteció salir de la cama. Lo que pasa con los juegos es que no te conviene pensar demasiado en por qué estás jugando. Bajo cualquier juego se esconde un vacío profundo y enorme, pariente cercano de la nada, que yace bajo la superficie de nuestras ajetreadas vidas. Ya se me habían escapado dos especies endémicas de Jamaica, ¿qué más daba si también me perdía una endémica de Santa Lucía? ¿Qué más daba, en realidad, si veía o dejaba de ver cualquier pájaro?

El premio por haberme dormido fue un tremendo chaparrón entre las ocho y las nueve de la mañana: no habría podido ver ningún turpial, y me alegré de poder ponerme al día con el correo electrónico. Sin embargo, mientras estaba trabajando salió el sol. Repentinamente consciente de todos los pájaros que podría ver en las horas que tenía a mi disposición antes de ir al aeropuerto, hice la maleta a toda prisa y me acerqué con el coche a los puntos del bosque que me había mostrado Melvin. Los pájaros, que habían sido sometidos por la lluvia, apenas empezaban a recuperar su actividad. ¡Y cuánto me alegré de verlos! Encontré un pájaro nuevo para mi lista de primeros avistamientos (el Fiofío Caribeño, supuestamente «común» en Santa Lucía, aunque oculto para mí hasta entonces), pero no me alegré menos de ver los papamoscas y camachuelos que ya me resultaban familiares. Sólo hacía dos días que los conocía y ya me parecían viejos amigos.

Algo más abajo, siguiendo la línea de la costa, cerca del faro de Vieux Fort, vi un par de Rabihorcados Magníficos que peleaban, o tal vez se cortejaban, en el aire, justo encima de mi cabeza. Vi cielos azules, mares azules, bosque verdes. Un rabijunco que planeaba trazando círculos ociosos por encima del agua. Colibríes que salían disparados como dardos por todas partes. Tenía que irme pronto al aeropuerto, pero seguí caminado lentamente, aún alentando la esperanza de ver un Turpial de Santa Lucía, echándolo en falta.

# LOS HABITUALES

## (SOBRE LAS FOTOGRAFÍAS DE SARAH STOLFA)

A primera vista, estas fotografías no me gustaron: me recordaban diversas derrotas personales en las que prefería no regodearme, particularmente mi incapacidad de sobrevivir en Filadelfia. En Filadelfia pasé el peor año de mi vida, y no se trata de una constatación retrospectiva: mientras duraba, fui consciente de ello todo el tiempo. Filadelfia liquida ciertos tipos de egos: se niega a halagar nuestra sensación de que somos importantes. En ese aspecto, es distinta de las otras grandes ciudades obreras del Corredor del Noreste, Boston y Baltimore, en las que cada generación sucesiva da orgulloso testimonio de su poderoso sentido de la identidad. Se filman más series de televisión en un año en Baltimore y más películas en Boston que en una década en Filadelfia. Salvo por la lúgubre sucesión de calles desiertas acompañada por una canción fúnebre de Springsteen, en la película *Philadelphia* de Jonathan Demme no existe nada especialmente filadélfico. En esa ciudad todo tiene que ver con la ausencia, con las pérdidas, con los espacios intersticiales. Como idea, Filadelfia nunca ha alcanzado a concretarse. Hasta en los rincones más sórdidos de Brooklyn puedes ver a lo lejos la silueta de Manhattan y sentirte protegido por ella: a salvo, por la importancia de Nueva York, de que tus emociones te engullan. Un atisbo de la silueta de Center City desde Kensington o Point Breeze, en cambio, apenas supone más que un recordatorio de que no hay un lugar mejor al que ir: te lleva a pensar en andenes de tren mal iluminados, en oficinas demasiado grandes, en el frío cavernoso del Ayuntamiento y en la campana, silenciosa y agrietada, de nuestra nación.<sup>11</sup>

A la ciudad le han ido algo mejor las cosas en estos últimos años, pero a

mediados de los noventa, sólo con salir de casa y pasear por Filadelfia te asaltaban la soledad y esa clase de belleza que es prima hermana de la soledad. Una experiencia estética que no estaba contaminada por un fuerte sentido identitario. Una belleza tan pura que dolía. En la Filadelfia que yo conocí, no había prácticamente nada que fuese feo. Toda la ciudad, las amplias extensiones de Logan Circle cubiertas de césped mordisqueado por el invierno, las antiguas zonas industriales abandonadas, las fábricas que esperaban turno para la demolición, los letreros de plástico de las gasolineras de Washington Street, la fantasmagórica North Station, los proveedores de parafernalia cutre de South Street, las refinerías e instalaciones de tratamiento de aguas residuales —cuyo olor era lo primero que saludaba a los visitantes que llegaban desde el aeropuerto, ubicado en un lugar tan práctico como desolado—, todo, existía en un aislamiento espléndido a finales de un siglo de despoblación y declive industrial, e insistía en mostrarse en toda su singularidad. Incluso las partes de la ciudad de las que más se enorgullecía la oficina de turismo, el Art Museum, Rittenhouse Square, estaban acosadas por la inmensidad de los cielos y el clima triste, la bruma veraniega y los vientos invernales, memorablemente penetrantes, y quedaban cerca de la abismal Delaware, de modo que también rezumaban soledad.

En Filadelfia vive mucha gente, claro. Sin embargo, la densidad de población es baja para tratarse de un núcleo urbano. Cuando ves a una persona en Nueva York, lo que ves es un neoyorquino, uno de muchos, muchos. Todos los neoyorquinos comparten al menos una historia, que es la de habitar en Nueva York. Cuando ves a una persona en Filadelfia ves a un individuo. Ves un rostro que no está rodeado de la cantidad suficiente de rostros similares para ser objeto de generalización. No conoces la historia de ese rostro, pero sabes que debe de tener una historia y tienes mucho tiempo para grabarlo en tu memoria mientras esperas a que llegue un autobús de la SEPTA, o a que aparezca el siguiente rostro en las calles despobladas de Mount Airy. Filadelfia es una ciudad adecuada para la forma más pura y fundamental del cuento: la que practicaban Chéjov y Trevor y Welty, escritores cuyas reservas de empatía y curiosidad son equiparables a la infinita particularidad de las vidas de las personas normales. Caminando por las calles de Filadelfia, solía sentirme conscientemente oprimido por la grandeza y la virtud de estos escritores, y a menudo deseaba haber tenido el

ímpetu suficiente para imaginar un camino de acceso a las historias cotidianas de los seres humanos cuya seductora apariencia podía ver por todas partes a mi alrededor. Me sentía derrotado por la insuficiencia de mi coraje, de mi curiosidad o de mi amor fraternal.

Mirando las cuarenta fotografías de ciudadanos comunes y corrientes de Filadelfia tomadas por Sarah Stolfa y publicadas en su libro *The Regulars* [Los habituales] experimenté de nuevo esa sensación de derrota personal. Entre los habituales de Stolfa no hay rostros feos. De hecho, no hay un rostro que no sea extremadamente bello. Las imágenes de Stolfa tienen la cualidad, compartida por la ciudad en que fueron tomadas, de convertir en absurdo el mero concepto de fealdad. O, por decirlo de un modo más preciso, de recordarnos cómo se ha instrumentalizado la concepción de nuestra idea de belleza en la vida cotidiana. Filadelfia sólo es fea en la medida en que no llega a adecuarse a lo que desea quien la contempla, o a aquello a lo que otorga su aprobación. Por eso, un bonito complejo turístico de la cadena Four Seasons construido en una playa donde antes había animales salvajes me parece feo; la expansión de bonitas casas de ensueño más allá de los barrios residenciales me parece fea y las caras bonitas que defienden posiciones políticas aberrantes en la televisión me parecen feas. Y es por eso por lo que, al contrario, ningún animal o planta puede caer en la fealdad, salvo por nuestra desaprobación. La magia de los buenos retratos, como los de Stolfa, consiste en contextualizar y desreferenciar a los sujetos humanos de tal modo que éstos se evaden de nuestros juicios estéticos cotidianos y se reubican en un mundo natural en el que todo es interesante, todo provoca afinidad y asombro, todo merece una segunda mirada. Con su cámara, compone cuentos clásicos.

También es muy rock and roll. El rock, en su mejor expresión, obtiene la autenticidad de su inmersión en lo común. El hecho de que ninguna forma de arte padezca más ansias e inseguridades que el rock con respecto a la autenticidad podría parecer paradójico al principio, habida cuenta de que es la forma de arte más accesible para la gente común. (Para hacer rock sólo se necesita una voz y/o la capacidad de tocar acordes sencillos, para lo cual hace falta poco más que dos manos funcionales, un cociente intelectual de dos dígitos y unos cuantos meses de práctica.) El problema es que en cuanto una banda se vuelve medianamente buena, su éxito y su pericia empiezan a

percibirse como traiciones a la mismísima esencia de lo que hace que el rock sea tan bueno de entrada: su disponibilidad democrática para todos. Buena parte de la cultura de la música *mainstream* se dedica a crear sofisticadas mentiras comerciales para esconder este problema. (Mi canción favorita, en ese sentido, parece haber sido escrita por el relaciones públicas de Jennifer Lopez, y casi resulta conmovedora por la transparencia con que pretende contribuir a la imagen de esa cantante: «*Don't be fooled by the rocks that I got / I'm still, I'm still Jenny from the block*» [Que no te engañen los pedruscos que llevo / sigo siendo, sigo siendo, Jenny, la del barrio]). Es más atractivo el enfoque *indie* de ese problema, que consiste esencialmente en que la banda se empeña de modo resuelto en seguir siendo un grupo de gente común que hace música común. Delta 72, la banda en la que Stolfa tocaba de noche cuando, de día, trabajaba en el bar donde tomó estas fotos, sacó su primer single con Dischord Records y Kill Rock Stars, este último, un sello que disfrutaba reorganizando las palabras que componían su nombre de modos graciosos y polémicos (Stars Kill Rock, Rock Stars Kill [Las estrellas matan el rock, las estrellas del rock matan]). En una jugada absolutamente *indie*, los Delta 72 se mudaron de Washington, D. C., una ciudad que al menos gozaba de cierta notoriedad por haber sido la cuna del punk hardcore, a la profundamente intermedia, prescindible y, por lo tanto, impecablemente auténtica ciudad de Filadelfia. La estética *indie*, o su antiestética, se aprecia por todas partes en *The Regulars*: iluminación artificial, estimulantes típicos de la clase obrera, ropa asequible, trabajos tediosos, acicalamiento personal de bajo mantenimiento, calderilla y billetes de poco valor, proximidad con la depresión, el alcoholismo y otras formas de desesperación silenciosa, afinidad por los antros y otros lugares destartalados y llenos de humo; y, a pesar de todo, no es una negación del glamur del rock, sino más bien una expansión drásticamente democrática del terreno en el que el glamur es posible. Todos los sujetos que aparecen en *The Regulars* consiguen ser protagonistas convincentes de su propio marco bellamente iluminado, con una oscuridad de fondo que casi parece de estudio y pequeños objetos idiosincrásicos en primer plano, encima de la barra.

La inclusión de esa barra, con algunos elementos que aportan al mismo tiempo continuidad e individualidad a las imágenes, es fruto de la astucia o de una feliz casualidad. He aquí una pequeña estadística de lo que sale en las

cuarenta fotografías del libro:

Hombres: 27

Mujeres: 13

Cervezas: 34

Con whisky: 4

Con whisky y un vaso de agua: 1

Vino: 2

Whisky soda: 2

Sin bebida: 2

Sombreros: 7

Cintas en el pelo: 1

Adornos de hojas para el pelo: 1

Ropa con texto (incluidos placas y botones): 8

Tatuajes: 4

Anillos de alianza bastante inequívocos: 4

Clara o probable ausencia de alianza: 19

Dinero en metálico: 18

Bolsos: 5

Material impreso: 8

Auriculares: 1

Teléfono móvil: 2

Cigarrillos y/o encendedor y/o cenicero en pleno uso: 25

Comida: 1

Para mí, la cifra que destaca es el número de cigarrillos, y eso me lleva a una tercera derrota personal: mi incapacidad de ser (¿*indie*?, ¿auténtico?) el tipo de persona que se siente cómoda en los bares. El problema del tabaco siempre ha tenido mucho que ver con eso, pese a que yo mismo fumé durante veinte años; pero incluso en establecimientos donde se prohíbe fumar, si no formo parte de un grupo, me siento fatal porque me embargan la timidez, la



prudencia, la vergüenza y el retraimiento, y me angustio por cuestiones de etiqueta. En consecuencia, no puedo mirar a esta serie de clientes habituales sin sentir envidia y un anhelo, un deseo, de ser uno de ellos. En ese sentido, el libro es personal. El título lleva implícita la relación que se establece entre la fotografía y cada uno de sus retratados. Los veinticinco, al mirar directamente al objetivo, no están mirando sólo a una fotografía, sino también a la persona que los atiende habitualmente en el bar, Sarah Stolfa. Tal vez ellos estén solos, pero quien siente su soledad soy yo.

## PÉRDIDAS INVISIBLES

Imaginen un pájaro grácil, de un gris arratonado, no más grande que un estornino, que pasa la mayor parte de su vida en alta mar. Haga el tiempo que haga, el Paíño Ceniciento —un animal de sangre caliente que pesa menos de cincuenta gramos— rebusca en las aguas frías, entre las olas, peces diminutos e invertebrados marinos. Mientras aletea con las patas estiradas, rozando la superficie con las garras, parece que camine sobre las aguas como san Pedro (a quien deben su nombre todos los petreles) en la Biblia.

Aunque el Paíño (o Petrel) de Wilson, una especie cercana y aún más pequeña, es uno de los pájaros más abundantes y repartidos por todo el mundo, el Ceniciento es raro de ver y sólo habita en las aguas de California. Tiene un olor particular, fuerte y almizclado, que se puede percibir en la niebla. Se siente a gusto en el agua, pero, como todas las aves, necesita estar en tierra firme para poner sus huevos y criar a sus polluelos. Para eso, prefieren islas donde nada los moleste. Para librarse de la atención de los depredadores ponen sus huevos bajo tierra, en las grietas de las rocas, y sólo se desplazan por la noche.

En la reserva natural nacional de Los Farallones, un grupo de islas cuarenta y seis kilómetros al oeste del Golden Gate de San Francisco, el artista medioambiental Sam Bower ha construido una especie de iglú chapucero con pedazos de cemento sacados de las ruinas de viejos edificios de la isla principal. Una pequeña puerta permite acceder, a gatas, a un espacio forrado de plexiglás. Si uno entra una noche de verano y enciende una luz roja (menos molesta para los pájaros que la luz blanca), puede ver un Paíño Ceniciento empollando pacientemente un huevo en el fondo de una grieta donde luce aún más pequeño y frágil que sobre las aguas. Podría incluso oír el canto nocturno de uno de sus vecinos ocultos, un ronroneo suave y

melodioso que emerge de las rocas como si fuera una voz de otro mundo: el mundo de las aves marinas, que abarca dos tercios de nuestro planeta pero nos resulta, por lo general, invisible. Hasta hace poco, la invisibilidad era una ventaja para las aves marinas, una capa protectora. En cambio ahora, a medida que desaparecen de los mares, necesitan que la humanidad las proteja, y es difícil que te importe un animal que no puedes ver.

Los Farallones representan, hoy en día, un pequeño portal hacia el pasado, cuando abundaban las aves marinas en todo el mundo. Cuando visité la isla principal, en el mes de junio, anidaban en la reserva más de medio millón de aves. En laderas escarpadas y en terrenos llanos de vegetación escasa, rodeados por aguas de un azul profundo en las que abundan las focas y los leones marinos, había frailecillos, araos y cormoranes, Mérgulos Sombríos, Alcas Unicórneas, con sus extraños cuernos, y, en mi opinión, demasiadas Gaviotas Occidentales. Los polluelos de las gaviotas estaban rompiendo el cascarón y se hacía imposible caminar por cualquier lado sin indignar a sus padres, que chillaban con una estridencia dolorosa para los oídos y se alzaban por los aires para ametrallar a los intrusos con excrementos de un olor insoportable.

Merecía la pena pasar el trago de las gaviotas para llegar a las colonias de Araos Comunes que hay en la isla. Una mañana, Pete Warzybok, un biólogo de Point Blue, el grupo ecologista que colabora con el Servicio Nacional de Pesca y Naturaleza en el control de la vida silvestre en Los Farallones, me llevó a un puesto de observación elevado, construido con madera contrachapada, desde el que se veía una metrópoli de araos. Como una manta de pimienta molida, veinte mil pájaros blanquinegros cubrían una pendiente rocosa que surgía entre los acantilados rociados por las olas. Los araos, de picos puntiagudos y parecidos a los pingüinos, estaban apretujados hombro con hombro incubando huevos o vigilando a sus diminutas crías en espacios que podían llegar a medir apenas unos centímetros cuadrados. En la colonia había una atmósfera de laboriosidad silenciosa, apenas interrumpida por algún cloqueo amable. Las amenazadoras gaviotas no paraban de sobrevolar la zona en busca de alguna oportunidad para el desayuno y, de tanto en tanto, un arao que aterrizaba con torpeza o que pretendía corretear para alzar el vuelo se enfrascaba en una riña con su vecino, aunque las disputas

terminaban tan repentinamente como habían comenzado y los pájaros seguían acicalándose como si nada hubiese ocurrido.

—Los araos hacen lo que hacen —me comentó Warzybok—: no son los pájaros más listos del mundo.

Lo que hacen los araos es practicar la devoción. Aunque el divorcio no es insólito entre ellos, suelen establecer un vínculo estrecho con su pareja y, a lo largo de los treinta y cinco años o más que suelen vivir, regresan cada año al mismo territorio para criar un polluelo. Los padres se reparten la tarea de incubar de manera igualitaria y uno de los dos permanece en la colonia mientras el otro hace sus incursiones en el mar y se sumerge en busca de anchoas, pequeños peces de roca o lo que encuentre a su disposición. Incluso si el que ha ido a buscar comida tarda mucho en volver, el que se ha quedado —cada vez más hambriento y recubierto de guano— se resiste a abandonar el huevo. En la literatura sobre los araos se cuenta la anécdota de una madre cuyo huevo echó a rodar cuesta abajo nada más ponerlo. Llegó una gaviota, se lo tragó, se quedó quieta un momento con un bulto enorme en el cuello y luego lo regurgitó. El huevo siguió rodando cuesta abajo hasta que chocó con un arao que se apresuró a sentarse encima para incubarlo. «A falta de un huevo —me explicó Warzybok—, son capaces de incubar una piedra o un poco de vegetación. Ponen pescado encima de huevos cuyo polluelo no ha llegado a nacer con la intención de alimentarlo. Y nunca renuncian: pueden pasarse setenta y cinco u ochenta días alternando turnos para empollar un huevo muerto.»

Las crías de arao se echan al agua cuando apenas tienen tres semanas de vida, demasiado jóvenes aún para volar o sumergirse. Sus padres las acompañan y permanecen meses a su lado, alimentándolas y enseñándoles a pescar mientras las madres, que han invertido muchas calorías en la producción del huevo, se recuperan por su cuenta. La devoción parental y la división igualitaria del trabajo da sus dividendos: el índice de éxito reproductivo entre los araos de Los Farallones es extremadamente alto, suele superar el setenta por ciento, y se cuentan entre las aves marinas que más se reproducen en toda América del Norte. Pese a ser enorme, la colonia que Warzybok y yo visitamos contenía menos del cinco por ciento de los araos de las islas.

La población de araos representa hoy en día un final provisionalmente

feliz para una historia larga y triste. Hace doscientos años, cuando los cazadores rusos empezaron a aniquilar a las focas californianas por su piel, en Los Farallones había hasta tres millones de araos. En 1849, cuando la fiebre del oro provocó la gran expansión de San Francisco, las islas se convirtieron en un objetivo comercial para una ciudad que no tenía industria avícola. Hacia 1851, la Farallone Egg Company recogía medio millón de huevos de arao cada año para venderlos en pastelerías y restaurantes. Los recolectores llegaban en barco por primavera, chafaban los huevos que ya estaban puestos y procedían a recoger todos los huevos frescos que ponían los araos a partir de ese momento. Durante el siguiente medio siglo se recolectaron al menos dieciséis millones de huevos en Los Farallones. Como son fieles al lugar en que anidan, los pájaros seguían regresando, un año tras otro, para que les robaran el objeto de su devoción.

Hacia 1910, en la isla principal quedaban menos de veinte mil araos. Luego, cuando cesó la recolección de huevos, los araos fueron víctimas de los gatos y los perros introducidos en la isla por los fareros, y muchos morían en el mar por culpa del petróleo que vertían en el agua los barcos que entraban en la bahía de San Francisco. La población de araos no se recuperó de verdad hasta después de 1969, cuando la isla principal se convirtió en área natural protegida. Y entonces, a principios de la década de 1980, la población volvió a disminuir drásticamente.

El problema era un método de pesca indiscriminada con redes de deriva. Al levantar una red enorme hacia la superficie del mar se recoge no sólo el pescado que se buscaba, sino también marsopas, nutrias y pájaros pescadores. Hoy en día, al menos cuatrocientas mil aves marinas mueren cada año en todo el mundo en las redes de deriva: araos, frailecillos y patos en las aguas del Norte, pingüinos y petreles junto al litoral de Sudamérica. Los estragos que estas redes causan cada año entre los araos pueden superar los ciento cuarenta y seis mil ejemplares que mató en 1989 el vertido de petróleo del *Exxon Valdez*, el más destructivo de la historia.

A mediados de la década de 1980, muchos estados de la Unión Americana, entre los que se contaba California, tomaron nota del desastre ecológico e impusieron severas restricciones a la pesca con redes de deriva, o directamente la prohibieron. El resultado, en Los Farallones, fue un crecimiento inmediato de la cantidad de aves marinas. Durante los últimos

quince años, a salvo de las redes y libres para «hacer lo que hacen», los araos han cuadruplicado su población. Ahora la única amenaza para su supervivencia en Los Farallones es la alteración de sus fuentes de alimentación por culpa del cambio climático y la sobrepesca.

Pete Warzybok, asomado en el puesto de observación, iba anotando distintos tipos de peces que los araos de su estudio llevaban a sus nidos. Para un pescador californiano a quien se pide que comparta el botín del océano con las aves marinas —los araos de Los Farallones consumen más de cincuenta mil toneladas métricas de pescado cada verano— el argumento de la conservación de los araos no es sólo una cuestión ética o estética. Los pájaros que estudia Warzybok funcionan como aparatos de monitorización aérea para la pesca, una flota de drones de investigación vivos. Rastrean miles de kilómetros cuadrados de océano y son expertos en descubrir dónde se esconde la comida. Sin más ayuda que sus prismáticos y un cuaderno, Warzybok puede reunir, desde un barco, más datos sobre las poblaciones actuales de anchoa y peces de roca que los gestores de la pesca en California, y por mucho menos dinero.

Los araos de Los Farallones han tenido buena suerte: han sobrevivido a la mayor parte de las principales amenazas que acosan a las aves marinas e incluso podría sostenerse que tienen una utilidad económica. En el resto del planeta, durante los últimos sesenta años, se estima que la población general de aves marinas se ha reducido en un setenta por ciento. Esta cifra es aún peor de lo que parece porque una cantidad desproporcionada de aves marinas están en peligro de extinción. Entre los cerca de trescientos cincuenta tipos de aves marinas que hay en el mundo, el porcentaje de especies que aparecen en las listas de animales en peligro o amenaza directa de extinción es mayor que en cualquier otro grupo de pájaros. Los loros, como grupo, tienen sus problemas, pero también reciben muestras de admiración en todo el mundo. Las aves de caza tienen valor para los cazadores; las águilas y otras aves rapaces son conspicuas e icónicas. Las aves marinas crían en islas remotas e intimidantes y se pasan la mayor parte de la vida en aguas que nos parecen inhóspitas; si desaparecieran del todo, ¿cuánta gente se daría cuenta?

Imaginemos a un joven albatros en el sur del océano Atlántico. Sigue los vientos circumpolares, cada día recorre planeando ochocientos kilómetros o

más con unas alas de tres metros de envergadura al tiempo que usa la nariz para calcular la velocidad del viento y seguir el rastro de los peces, gambas y crustáceos que se acercan a la superficie del agua. A menudo, el mejor lugar para encontrar comida es la estela de los barcos de pesca de arrastre en profundidad. El joven albatros traza una serie de círculos planeando en torno a un pesquero y contempla el caos que arman otras aves marinas menores entre los pedazos de pescado lanzados por la borda. Cuando se lanza en picado hacia la melé, cuenta con la ventaja de su tamaño: un pico gigantesco y una envergadura que anuncia «¡Soy enorme!». Los demás pájaros se dispersan, pero cuando el albatros golpea el agua ocurre algo terrible: sus alas abiertas han quedado atrapadas en el cable de la red del pesquero, que lo arrastra hacia abajo y lo sumerge a toda velocidad. Nadie se da cuenta. En esas aguas frías y revueltas no hay nadie más que la tripulación del pesquero e, incluso si ésta tuviera tiempo para mirar, el pájaro de todas formas desaparecería en un segundo y su cadáver sólo saldría a la superficie cuando el barco ya no estuviera allí.

Cada año, los pesqueros de arrastre matan a miles de albatros sin que nadie lo vea. Otras decenas de miles mueren atrapados por sedales de pesca de palangre, junto con una cantidad aún mayor de petreles y pardelas. La muerte accidental en los caladeros de pesca es una de las dos amenazas más graves a las que se enfrentan las aves marinas, y es difícil de encarar porque los pesqueros que operan en alta mar suelen hacerlo bajo una intensa presión económica y un grado mínimo de supervisión. Son pocos los países que regulan la captura accesoria de aves por parte de su flota pesquera.

En uno de estos países, Sudáfrica, conocí a un exitoso pescador llamado Deon van Antwerpen, capitán de un atunero de palangre. Yo estaba en un pequeño puerto de Ciudad del Cabo con Ross Wanless, un biólogo que gestiona el programa de conservación de aves marinas de BirdLife en Sudáfrica. Wanless había acudido al puerto para informarse de los problemas que tenía Van Antwerpen con la regulación del gobierno sobre aves marinas. Van Antwerpen, un tipo fortachón y locuaz, gesticulaba descontento mientras señalaba una cesta de un verde claro que tenía en la popa del barco y que estaba llena de plomos de los que se usan en el sedal de palangre. «Hemos perdido tres mil de éstos», dijo.

Los pesqueros de palangre matan a los albatros de un modo distinto que

los de arrastre. Un pájaro más pequeño se zambulle y emerge a la superficie con un anzuelo con su cebo; se pone a intentar arrancar el cebo y, en ese momento, el albatros se lanza en picado, se lo traga entero, se queda enganchado al anzuelo y se ahoga. Una solución consiste en poner pesos al sedal, de tal modo que el anzuelo con su cebo se hunde enseguida y queda fuera del alcance de los pájaros. Sin embargo, un peso metálico sin forrar puede convertirse en una bala dirigida a la frente de cualquier miembro de la tripulación cuando suben a bordo un atún de cuarenta y cinco kilos y el sedal da un tirón. BirdLife recomienda unos pesos que se sueltan más fácilmente, con un envoltorio de plástico luminiscente (la luz atrae a los peces), y Van Antwerpen estaba interesado en probarlos en su barco. «Cada pájaro que atrapo —le aseguro a Wanless— representa, potencialmente, un pescado que se me escapa. Pero tenéis que conseguir una regulación que sea práctica. Si no, la mayoría no hará ni caso.»

A continuación se produjo una compleja conversación entre un patrón excepcionalmente concienzudo y un ecologista cuyo objetivo es brindar métodos de pesca seguros para las aves a todas las flotas de pesca de altura del mundo. Van Antwerpen tenía sobre todo una queja respecto a los pesos de plástico que BirdLife quiere que instalen cerca de los anzuelos: «Si un tiburón muerde el sedal, perdemos el peso.» ¿Había algún problema si él aumentaba a cuatro metros la distancia entre el peso y el anzuelo? Wanless frunció el ceño y señaló que en ese caso no se protegería a las aves marinas porque el anzuelo tardaría demasiado en hundirse. ¿Y si se aumentara el peso del plomo, quizá eso compensaría el efecto de una mayor separación? Van Antwerpen dijo que estaría encantado de hacer el experimento: era cierto que no quería atrapar albatros, tan sólo quería pescar atunes sin perder todos sus plomos.

Los pesqueros pueden reducir las capturas de aves marinas si arrastran un sedal «espantapájaros», que consiste en una cuerda con borlas brillantes con un cono de plástico en la punta. Los sedales espantapájaros son baratos, fáciles de usar y muy eficaces cuando se trata de mantener a los pájaros alejados de la estela del barco. Un arrastrero con un único sedal espantapájaros puede reducir el índice de mortalidad de albatros hasta en un noventa y nueve por ciento. Como los anzuelos de palangre permanecen cerca de la superficie allá donde se acaba el sedal espantapájaros, Sudáfrica



exige una medida de protección adicional, ya sea instalar pesos en los sedales o lanzarlos sólo después del atardecer, cuando los pájaros están menos activos y no pueden ver el cebo.

Wanless y su esposa, Andrea Angel, que es la directora del cuerpo especial dedicado a los albatros dentro de BirdLife, llevan más de una década trabajando con el gobierno y la flota pesquera de Sudáfrica. Cualquier barco destinado a la pesca comercial en aguas sudafricanas hoy en día tiene que adoptar prácticas destinadas a mitigar la captura accesorias de aves, y Wanless y Angel tienen la intención de establecer relaciones con todos los pilotos de la flota del país. «La manera de conseguir algo —me dijo Wanless— no pasa por presentarse con una solución técnica moderna, sino por relacionarse con seres humanos.» Como consecuencia de los esfuerzos de Wanless y Angel, la cuota anual de aves marinas sacrificadas en Sudáfrica ha descendido desde una estimación de treinta y cinco mil en el año 2006 hasta las apenas tres mil de hoy en día. La flota de arrastreros de la vecina Namibia ha reducido las capturas accesorias de veinte mil a mil.

Sin embargo, no basta con la regulación para proteger a las aves marinas, también hace falta una monitorización independiente de los pesqueros y, en condiciones ideales, incentivos económicos para que la industria reduzca las capturas accesorias. Aunque los de palangre tienen una razón clara para atrapar menos pájaros («Prefieren atrapar billetes de diez mil dólares, que es lo que representa un atún rojo», me explicó Wanless), la demanda de pescado procedente de la pesca sostenible es un incentivo aún mayor. La persecución de este segmento elitista del mercado, particularmente en Europa, ha llevado a buena parte de la flota de arrastreros de Sudáfrica a pagar para llevar en cada barco un observador que garantice el cumplimiento de las normas sobre capturas accesorias. Si no lleva a bordo un observador, incluso un capitán como Van Antwerpen incumplirá las normas de vez en cuando.

La mejor fórmula para que el gobierno asegure su cumplimiento es exigir que todos los barcos vayan equipados con una cámara digital para monitorizar tanto las capturas de pesca como las accesorias de aves. Cuando Australia aplicó esta norma con su flota tropical de atuneros, en 2016, los capitanes de barco llamaban en pleno ataque de pánico a los legisladores australianos para preguntarles dónde podían comprar sedales espantapájaros. «En cuanto pones una cámara a bordo, se terminó el juego —me dijo

Wanless—. Te arriesgas a perder la licencia por haberte querido ahorrar un equipamiento que cuesta cien dólares.»

Otro avance tecnológico prometedor es el Hookpod, al que Wanless llama «la bala de plata». Se trata de un envoltorio de plástico duro que se cierra en torno al anzuelo, protegiendo tanto a los pájaros como al cebo que éstos se comerían, y el resorte que lo abre no se acciona hasta que se encuentra a la profundidad adecuada. El Hookpod no es tan barato como ponerle un peso a cada anzuelo, pero si se compara con el valor de los atunes sigue siendo barato, y además lleva un led que los atrae. «Lo que nos gusta de los Hookpods —me dijo Van Antwerpen— es que echamos seis al agua y con dos de ellos pescamos sólo porque llevaban luz.»

En teoría, si los Hookpods se convierten en equipamiento estándar en todos los barcos de pesca de palangre, si se exige a todos los arrastreros que lleven sedales espantapájaros y simplemente se prohíbe la pesca con redes de deriva (como se ha hecho en Sudáfrica), es posible hacer de los océanos del planeta un lugar seguro para las aves. De momento, sin embargo, la situación sigue siendo atroz. Wanless y Angel han ampliado su alcance a flotas pesqueras de Sudamérica, Corea e Indonesia, con resultados que no son en absoluto desalentadores, pero las flotas de China y Taiwán, que sumadas representan dos tercios de los barcos pesqueros de alta mar, prestan bien poca atención, por no decir ninguna, a la mortalidad de aves marinas y venden sus capturas en mercados que, en su mayor parte, se muestran indiferentes al concepto de sostenibilidad. Wanless estima que sólo entre los arrastreros y los pesqueros de palangre siguen matando a trescientas mil aves marinas al año, entre las que se cuentan cien mil albatros. Esto ya es bastante duro para especies de población abundante, como la Pardela Sombría, pero otras que, como los albatros, tardan en alcanzar la madurez y suelen criar sólo en años alternos, se enfrentan directamente a la amenaza de extinción. Y, por desgracia, las prácticas de pesca modernas, por muy dañinas que sean, no son la más letal de las amenazas a las que se enfrentan las aves marinas.

La isla de Gough, una masa de roca volcánica de unos noventa kilómetros cuadrados en el Atlántico Sur, alberga a millones de aves marinas en época de cría, incluida la población mundial total del Petrel de Schlegel y todas las parejas, salvo muy pocas, del Albatros de Tristán de Acuña, que se halla en

situación crítica. Ross Wanless fue por primera vez a Gough en 2003, cuando era estudiante de doctorado, porque otros investigadores habían informado de que la cantidad de petreles y albatros que sacaban adelante a sus crías era alarmantemente baja. Se sabía que las ratas y los gatos, introducidos por los humanos en islas de todo el mundo, causaban grandes estragos entre las aves marinas, pero en Gough no había ratas ni gatos, sólo ratones. Por medio de cámaras y luces infrarrojas, Wanless grabó lo que hacían los ratones a las crías de los petreles. «Se puso el sol —me explicó—, y apareció un ratón en la madriguera de los petreles. Dudó un poco y luego se puso a mordisquear a la cría. Llegaron más ratones y presencié un ataque enloquecido, repugnante. Empezó a manar la sangre y los ratones se fueron alterando cada vez más. En algunos momentos llegaban a juntarse cuatro o cinco para competir por una misma herida, lamiendo la sangre y abriéndose camino para comerse los órganos internos del pájaro.»

Como evolucionaron sin depredadores terrestres, las aves marinas no tienen defensas contra los ratones. Un petrel en su madriguera oscura ni siquiera puede ver lo que le están haciendo a su cría, mientras que los albatros, en sus nidos, carecen del instinto que les permitiría reconocer a los ratones como enemigos. En 2004, Wanless grabó 1.353 casos de reproducción fallida entre los Albatros de Tristán de Acuña de la isla de Gough, casi todos por la depredación de los ratones, frente a los sólo 500 que llegaron a buen fin; en años más recientes, el índice de fracasos en la cría ha llegado hasta el noventa por ciento. Entre todas las especies de aves marinas de Gough, los ratones matan hoy en día unos dos millones de crías cada año, y muchas de esas especies ya están perdiendo a sus ejemplares adultos en los caladeros de pesca. La mortalidad anual entre los Albatros de Tristán de Acuña en el mar ha ascendido hasta el diez por ciento, más del triple de lo que representaría la tasa de muertes por causas naturales. Un diez por ciento de mortalidad adulta más un noventa por ciento de reproducciones fallidas es la fórmula perfecta para la extinción.

El declive calamitoso de la población de aves marinas tiene muchas causas. La sobrepesca de la anchoa y otros peces pequeños deja directamente a los pingüinos, alcatraces y frailecillos sin la energía que necesitan para reproducirse. La sobrepesca del atún, cuyos bancos empujan a los peces más pequeños hacia la superficie marina, puede dificultar la alimentación de las

pardelas y los petreles. Parece ser que el cambio climático, al alterar las corrientes oceánicas, ya está provocando fracasos reproductivos entre los frailecillos en Islandia, y las especies que anidan en islas de baja altitud son vulnerables al ascenso del nivel del mar. La polución por plástico, particularmente en el océano Pacífico, está taponando los sistemas digestivos de las aves marinas, hambrientas de comida de verdad, y el resurgir de las poblaciones de mamíferos marinos —que, desde otros puntos de vista, supone un éxito medioambiental— implica que hay más focas dispuestas a comerse crías de pingüinos, más leones marinos capaces de echar a los cormoranes de sus territorios de cría y más ballenas capaces de competir con los pájaros pescadores por sus presas.

La primera amenaza para las aves marinas, sin embargo, son los depredadores introducidos por el hombre: ratas, gatos y ratones que infestan las islas donde se reproducen las aves. Ésta es la mala noticia, la buena es que el problema de las especies invasivas tiene soluciones aplicables. Algunas organizaciones, como Island Conservation, una ONG con sede en California, han perfeccionado el uso de helicópteros y de la tecnología de SIG (Sistemas de Información Geográfica) para atacar a los depredadores con cebos que llevan un veneno específico para mamíferos. Los amantes de los animales podrán lamentar la matanza masiva de pequeños mamíferos peludos, pero los seres humanos tienen una responsabilidad aún mayor ante las especies que se ven amenazadas de extinción por haber introducido a esos depredadores en su hábitat, por mucho que lo hicieran sin darse cuenta.

El intento de erradicación de roedores más ambicioso que se ha hecho hasta la fecha lo organizó la South Georgia Heritage Trust. La isla San Pedro, también llamada Georgia del Sur, que queda a poco menos de mil quinientos kilómetros de la península Antártica, es el territorio de reproducción de unos treinta millones de parejas de aves marinas; sin ratas y ratones, la isla podría acoger tranquilamente al triple. Entre 2011 y 2015, con un coste de más de diez millones de dólares, un par de helicópteros atravesaron todas las áreas libres de hielo de la isla San Pedro y fueron soltando cebos. No se han detectado ratas ni ratones vivos desde 2015.

Se están planificando esfuerzos similares para la isla de Gough en 2019 y para la isla de Marion, que pertenece a Sudáfrica, en 2020. Los ratones llegaron a Marion en el siglo XIX, con los balleneros y los barcos dedicados

a la captura de focas. En la década de 1940, el gobierno de Sudáfrica introdujo gatos para controlar a los roedores y los felinos tardaron poco en volverse salvajes. En vez de matar a los ratones, diezmaron las colonias de especies de aves marinas más pequeñas que anidaban en la isla. («Los ratones saben exactamente cómo es un gato —me explicó Ross Wanless—, las aves marinas no.») Se daba por hecho que la población de aves marinas de Marion se recuperaría en cuanto sacaron de allí a los últimos gatos, en 1991, pero no fue así. «La única explicación son los ratones», dijo Wanless.

Las aves marinas son una conmovedora combinación de extrema vulnerabilidad y máxima resistencia. Un Albatros de Tristán de Acuña de nueve kilos no puede impedir que un ratón de treinta gramos se coma a sus crías, y en cambio es capaz de avanzar en gélidas aguas saladas, entre vientos brutales, y puede intimidar a una gaviota grande. Gracias a su longevidad, puede sobrevivir a veinte años de fracasos reproductivos y engendrar nuevas crías cuando desaparece el factor que amenazaba su nido. «Las aves marinas responden bien a la restauración», me dijo Nick Holmes, el director científico de Island Conservation. «Al solucionar lo que las amenaza en tierra, reforzamos su resistencia a las demás amenazas.» Cuando Island Conservation y sus socios erradicaron las ratas de la isla Anacapa, al sur de Santa Bárbara, California, el índice de crianza efectiva del Mergulo Californiano Aliblanco (un primo menor del Arao Común) saltó inmediatamente del treinta al ochenta y cinco por ciento. Ahora los mérgulos se sienten a salvo en Anacapa, y por primera vez se tiene constancia de que los Petreles Cenicientos se están reproduciendo en la isla.

Para prevenir la extinción de una especie, primero hay que saber que existe. Hacen falta pruebas oculares, y las aves marinas son especialmente hábiles a la hora de esconderse. Veamos la historia del Petrel Taiko. En 1867, un barco italiano de investigación científica, el *Magenta*, disparó a un espécimen solitario de petrel, grande, gris y blanco, en el Pacífico Sur. Durante más de un siglo, quedó como única prueba científica de que esa especie existía. Sin embargo, la invisibilidad es seductora y, en 1969, un ornitólogo aficionado llamado David Crockett fue a las islas Chatham, en Nueva Zelanda, en busca de aquel pájaro. Aunque los granjeros europeos y maoríes habían desbrozado buena parte de la isla principal de las Chatham

para pastos, en el rincón sudoccidental se conservaba el bosque, y en él se encontraron montones de huesos de petreles sin identificar en los yacimientos de una población polinesia, los moriori, que se había instalado en las islas algunos siglos antes. Según relatos que había leído Crockett, los últimos moriori capturaban y comían ejemplares de un petrel grande, conocido localmente como *taiko*, por lo menos hasta 1908. Crockett sospechó que el *taiko* era el mismo petrel del *Magenta*, y que tal vez todavía anidaba en las madrigueras del bosque.

El dueño de la zona del bosque donde los moriori capturaban al *taiko* era un ganadero de ovejas descendiente de maoríes, Manuel Tuanui. Alentados por la perspectiva de descubrir en su tierra un pájaro autóctono desaparecido, Tuanui y su hijo adolescente, Bruce, ayudaron a Crockett a organizar una serie de arduas búsquedas del *taiko*, rastreando el bosque en busca de madrigueras e instalando focos para atraer a las aves marinas que volaban por la noche. Para Bruce, Crockett era «ese tipo raro que perseguía al *taipo* [‘fantasma’, en maorí]. Cuando Bruce se casó con una joven de una isla vecina, Liz Gregory-Hunt, ella también se vio atrapada por la búsqueda familiar del *taiko*. «Te absorbe como un vórtice —me dijo—, y se convierte en tu vida.»

La noche del 3 de enero de 1973, Crockett se vio recompensado con el avistamiento, a la luz de los focos, de cuatro pájaros que coincidían con la descripción del petrel del *Magenta*: prueba ocular. Pero también quería capturar algún *taiko* y averiguar dónde anidaban, y eso era aún más difícil que verlos. Tuvieron que pasar otros cinco años hasta que un día, cuando Bruce y Liz iban a la ciudad en coche desde la granja, un tío de Bruce los paró en la carretera y les dio la noticia: «Acaban de capturar dos *taikos*.» A Crockett y los Tuanui les costó otros nueve años localizar dos madrigueras activas de *taikos* en el bosque gracias al seguimiento por radio de los pájaros capturados.

Para los Tuanui, esto sólo fue el principio. El único lugar conocido de reproducción de los *taiko* estaba en sus tierras y había que protegerlo de las amenazas que ya habían estado a punto de provocar su extinción. Alrededor de las madrigueras se instalaron hileras de trampas para gatos y comadrejas, que no son de origen autóctono, y Manuel Tuanui, en un gesto que sus vecinos consideraron «demencial», donó casi mil doscientas hectáreas de

monte al gobierno de Nueva Zelanda, que valló la tierra para que el ganado bovino y vacuno no pudiera transitar por ella. Al cabo de pocos años, gracias a los esfuerzos de la familia, el número de parejas de *taiko* de las que constaba que se estaban reproduciendo en el bosque empezó a crecer; hoy ya son más de veinte.

En un caluroso día de enero me reuní con un especialista británico en aves marinas, Dave Boyle, y una voluntaria también británica, Giselle Eagle, para emprender una larga caminata hasta la madriguera de una hembra de *taiko* que tenían marcada como S64. Estaba incubando un huevo en una madriguera que un *taiko* macho había conservado durante dieciocho estaciones antes de atraer a una pareja. Boyle quería examinar a S64 antes de que la cría rompiera el cascarón y la hembra pasara más tiempo buscando alimento en el mar. «No hay manera de saber qué edad tiene —me dijo—. Tal vez haya criado ya antes en otro lugar con otra pareja, o tal vez sea muy joven.»

El terreno era accidentado, y el bosque denso y pantanoso en algunas zonas. La madriguera de S64 quedaba encajada en una ladera escarpada y cubierta por una capa gruesa de helechos y hojarasca. Boyle se arrodilló y retiró la tapa de un nido subterráneo de madera instalado al fondo de la madriguera. Tras mirar en su interior, movió la cabeza con gesto triste. «Parece que la cría se ha quedado atascada al romper el cascarón.»

No es extraño que los polluelos mueran, sobre todo si la madre es joven e inexperta, pero cada vez que la reproducción fracasa supone un revés para una especie cuya población apenas llega a los doscientos ejemplares. Boyle metió la mano en la caja y sacó a S64. Era grande para ser una hembra de petrel, pero en sus manos parecía pequeña, y no tenía ni idea de lo única y valiosa que era; se retorció e intentó morder a Boyle hasta que éste la metió en una bolsa de tela. Para disuadirla de permanecer en el entorno de la madriguera, sacó el polluelo muerto y la cáscara partida, en la que se le habían enganchado las patas. A continuación, con la ayuda de Eagle, le puso una arandela en una pata a S64, le clavó una aguja para tomar muestras de ADN y le inyectó un microchip en la espalda, bajo la piel.

—No es un buen día para ella —dijo Eagle.

—Cuando le hayamos puesto el microchip —respondió Boyle—, ya nunca tendremos que volver a manosearla.

Los pocos *taikos* que sobrevivieron a siglos de depredación y de deterioro del hábitat anidaban en el bosque porque era relativamente seguro, no porque fuera el lugar óptimo. Incluso los *taikos* adultos se ven obligados a trepar por un árbol cuando han de alzar el vuelo, y las crías nuevas han de pelear durante varios días para poder salir del bosque, en un esfuerzo que puede debilitarlas demasiado para la supervivencia en el mar. En 1998, cuando la familia Tuanui creó una organización formal, la Taiko Trust de las Islas Chatham, uno de sus objetivos era recaudar dinero de fuera de la isla para disponer de un recinto totalmente vedado a los depredadores y mucho más cerca del agua. El recinto se completó en 2006, con el nombre de Sweetwater, y muchos polluelos que nacen hoy en día en el bosque son desplazados a Sweetwater antes de que echen plumas con el objetivo de «imprimir» el lugar en su memoria e incentivar que regresen allí para reproducirse. En 2010 regresó a Sweetwater por primera vez un *taiko* que había experimentado ese proceso, y desde entonces han vuelto muchos más.

La Taiko Trust también ha desplazado a Sweetwater, desde una isla cercana, polluelos de Petrel de las Chatham, un pájaro un poco más pequeño y tan sólo un poco menos amenazado que el *taiko*, para ofrecerle a esta especie un lugar alternativo y seguro donde anidar. Para dar su apoyo a la población de Albatros de las Chatham, una especie cuya única colonia sobrevive en Te Tara Koi Koia, un apretujado grupo cónico de rocas alejado del litoral y conocido como la Pirámide, la fundación ha trasladado a trescientos polluelos a un segundo recinto de la isla principal, por encima de los majestuosos acantilados de la granja de los Tuanui y, por tanto, aislado de los depredadores. «Sabíamos que, para que la fundación sobreviviera —me dijo Liz Tuanui—, era necesario diversificar las especies.»

Liz lleva ya cuatro décadas en el vórtice. Preside la Taiko Trust y entre ella y Bruce han vallado en total trece zonas de bosque, siete de ellas por entero y corriendo con los gastos correspondientes. De este modo se han beneficiado tanto las aves marinas como la flora local y los pájaros terrestres (la espléndida Paloma de las Chatham, que antaño estuvo a punto de extinguirse en la isla principal, cuenta hoy en día con más de mil individuos), pero Bruce prefiere poner el énfasis en la sinergia entre conservación y ganadería. Al vallar el bosque, según me contó, ha protegido también los cursos de agua, ha obtenido refugios para sus rebaños durante las tormentas y



le resulta más fácil reunir a sus ovejas. Cuando le presioné para que explicara por qué una familia dedicada al ganado ovino había asumido la carga de salvar a tres de las aves marinas más raras del mundo, con los costes enormes que ello suponía tanto en lo económico como en el volumen de trabajo, me explicó encogiéndose de hombros:

—Si no lo hacíamos nosotros —dijo—, nadie más iba a hacerlo. Encontrar los *taikos* supuso un esfuerzo enorme. Tenía que ver con nosotros, pero también con las Chatham... Despertó mucho interés por toda la isla.

—Es impresionante —me explicó Liz—: hemos multiplicado por diez el número de personas que protegen el monte con respecto a hace veinticinco años.

—Si no promovemos ahora esa protección —agregó Bruce—, para la próxima generación todo será mucho más difícil.

Me parece que la diferencia crucial entre las islas Chatham y el mundo en el que vivimos la mayoría es que los isleños no tienen que hacer grandes esfuerzos para imaginarse las aves marinas. Desde el recinto cercado de la fundación, al que pronto regresarán los jóvenes Albatros de las Chatham para cortejar a sus parejas, se tarda sólo dos horas en llegar en barco a Te Tara Koi Koia. Allí, en laderas vertiginosas, por encima de las olas que azotan rocas recubiertas de algas, los albatros, con su semblante serio, cuidan a sus polluelos de piel gris y mullida. En lo alto, en tal cantidad que anulan el sentido de la proporción y no parecen más grandes que las gaviotas, los albatros circulan y planean en el viento con sus alas inmensas. Muy poca gente los verá alguna vez.

## 13/09/01

La única pesadilla recurrente que he tenido durante muchos años tiene que ver con el fin del mundo y se desarrolla como sigue: en un paisaje urbano atestado de gente, no muy distinto del bajo Manhattan, piloto un avión de pasajeros por una avenida en la que nada es como debe ser. Parece imposible que los edificios que se alzan a ambos lados no me arranquen las alas y que consiga mantener el avión en el aire desplazándome a tan baja velocidad. Siempre hay algo que obstaculiza el paso, pero de algún modo consigo cambiar bruscamente de rumbo o pasar por debajo de algún paso elevado, aunque sólo sea para enfrentarme luego a un rascacielos tan alto que para superarlo tendría que elevarme en vertical. Cuando emprendo un ascenso decepcionantemente insuficiente, el rascacielos crece y se abalanza hacia mí y entonces me despierto, con una sensación de alivio que no se puede explicar con palabras, en mi cama.

El martes no hubo despertar. Buscabas una televisión y te ponías a mirar. Salvo que de verdad fueras una muy buena persona, probablemente estabas, como yo, experimentando el choque entre varios mundos incompatibles en el interior de tu mente. Junto al horror y la tristeza de lo que estabas viendo, puede que también sintieras una decepción pueril porque te acababan de desmontar el día, o una preocupación egoísta por el impacto que tendría en tu bolsillo, o algo de admiración por la brillantez en la concepción del ataque y su ejecución impecable, o —lo peor de todo— cierta admiración ante la calidad del espectáculo visual que había producido.

Da lo mismo si algunos palestinos bailaban por las calles o no. En algún lugar —de esto puedes estar absolutamente seguro— los artistas de la muerte que habían planeado el ataque se estaban regodeando en la belleza terrible del hundimiento de las torres. Tras años de soñar, trabajar y alimentar

esperanzas, la sensación de culminación que experimentaban en ese preciso momento era mayor de lo que se habrían atrevido a suplicar en sus rezos. A lo mejor algunos de esos felices artistas estaban escondiéndose en el destrozado Afganistán, un país donde la esperanza media de vida a duras penas llega a los cuarenta años: en ese mundo no se puede caminar por un bazar sin ver hombres y niños con alguna extremidad mutilada.

En este mundo, en el que el perfil arquitectónico de Manhattan ha quedado mutilado y los escombros calcinados del Pentágono nos recuerdan a Kabul, intento imaginar lo que no quiero imaginar: la escena dentro de un avión en el instante previo al impacto. A los mandos, un terrorista eleva una plegaria de agradecimiento a Alá con la esperanza de ser transportado de manera instantánea de este mundo al otro, donde las huríes lo recompensarán de forma inmediata por su glorioso logro. Al fondo de la cabina, un grupo de estadounidenses acurrucados tiemblan y gimotean, y sin duda muchos de ellos rezan a su Dios para pedir un final diametralmente opuesto. Y a continuación, un instante después, tanto para el secuestrador como para el secuestrado, se acaba el mundo.

En la calle, tras el impacto, los supervivientes decían que la gracia de Dios y su guía los habían librado de la muerte. Pero incluso ellos, los supervivientes, al emerger tambaleándose del humo, estaban entrando en un mundo distinto. ¿Quién iba a adivinar que todo podía terminar tan de repente una hermosa mañana de martes? En un margen de dos horas dejamos atrás una era feliz donde la economía parecía un juego de la Game Boy y todos vivíamos en mansiones de lujo para entrar en un mundo de miedo y venganza. Incluso si te habías pasado los noventa esperando que una explosión pusiera fin a la década, incluso si siempre habías creído que no se trataba de discutir si se darían nuevos casos de terrorismo en Nueva York, sino de cuándo se iban a dar, ese martes por la mañana no sentías satisfacción intelectual, ni un simple terror empático, sino un dolor profundo por la pérdida de la vida cotidiana en tiempos prósperos y olvidadizos: el tráfico obstaculizado por las camionetas de reparto y la imposibilidad de encontrar un taxi, *Apocalypse Now Redux* en las salas de cine locales, una cita para tomar algo en el *downtown* el miércoles, los sesenta y tres *homeruns* de Barry Bonds, las actualizaciones de AOL, cada hora, sobre las andanzas de J. Lo. El lunes por la mañana, el titular en primera plana del *Daily News* decía: LOS

RESIDENTES EN KIPS BAY AFIRMAN QUE TIENEN MOHO TÓXICO.  
Esa portada es (y seguirá siendo durante un tiempo) asombrosa.

El desafío en el viejo mundo, el mundo de los noventa, de Bill Clinton, era recordar que tras la prosperidad y la complacencia nos esperaba la muerte, y que había países enteros que nos odiaban. El problema del nuevo mundo, el mundo de principios de siglo, el de George Bush, será reafirmar lo ordinario, lo trivial, incluso lo ridículo, frente a la inestabilidad y el pavor: llorar a los muertos e intentar despertarnos, a continuación, en nuestras pequeñas humanidades y nuestras placenteras naderías cotidianas.

## POSTALES DE ÁFRICA ORIENTAL

Una vez estaba en casa hablando con mi hermano Bob y éste me preguntó si un safari por África Oriental era algo que *había que hacer*. Algunos amigos que viajan muchísimo —que compiten entre ellos y tienen una lista de lugares que *deben* visitar antes de morir— le habían asegurado que así era. ¿Estaba yo de acuerdo?

Desde luego, comparto la irritación de Bob por esta manía de las listas de cosas que uno tiene que hacer antes de morir. Nos molesta su consumismo evidente, la superficialidad de su realismo. Si uno es verdadera y depresivamente realista tiene que reconocer que la muerte no se vuelve menos definitiva o indeseable por mucho que uno vaya poniendo crucecitas en una lista, que ninguna de las experiencias que hayamos acumulado durante nuestra vida tendrá ninguna importancia cuando estiremos la pata y regresemos a la nada eterna. Quienes se dedican a hacer esa clase de listas parecen creer que quien planifica estratégicamente sus vacaciones puede engañar a la muerte.

—Hay algunos paisajes de una belleza asombrosa —le respondí—: no hay nada igual al cráter del Ngorongoro en todo el mundo.

—Pero no dirías que es algo que *tengo que hacer* —dijo Bob.

—Para nada: lo que tienes que hacer es lo que tú quieras.

Le estaba diciendo lo que él quería oír. De hecho, yo sí había encontrado una razón imperativa para viajar a África Oriental. Haber estado allí para observar pájaros me diferenciaba de los que hacían listas de viajes pendientes, pero eso no hacía más que cambiar la pregunta de por qué viajo, no la respondía.

Consideremos la teoría del simulacro del sociólogo francés Jean Baudrillard: la idea de que el capitalismo consumista ha reemplazado la realidad por una serie de representaciones de la misma. Salvo que viajes en helicóptero o en un avión monomotor, es imposible no percibir el contraste entre los parques de África Oriental, limpios y cubiertos de una vegetación exuberante, abarrotados de ñus y elefantes, y los campos que los separan, superpoblados, agotados por el exceso de pastoreo y atiborrados de desechos: la hegemonía de la Coca-Cola, las plantaciones de piñas Del Monte, exageradamente vigiladas, las líneas férreas y las autopistas que están construyendo los ingenieros chinos para acelerar la extracción de carbón y carbonato de sodio, los fantasmas del SIDA y del terrorismo islámico. Los parques funcionan como simulacros en los que los turistas, blancos en su mayoría, todos adinerados, pueden «experimentar» un «África» cuya representación responde a lo que han pagado por ella. Los baobabs y las acacias son nativos, y por la noche los visitantes del hemisferio norte no reconocen las constelaciones del sur: hasta ahí, todo es auténtico. Sin embargo, del mismo modo que hoy en día la gente, cuando se enfrenta a una tormenta de nieve de verdad, dice que se parece mucho a las de las películas, cabe la posibilidad de que uno se encuentre viendo cebras en el Serengueti y le dé por recordar las de un parque de Florida. No sólo lo real deja de ser real, sino que se nos antoja como una copia de una copia. El Serengueti lo sufre más por haber sido el escenario de tantos documentales sobre la naturaleza. La imagen de un león derribando a una gacela es un lugar común para cualquiera que se haya criado viendo los documentales de National Geographic. Peor aún, la constatación de que es un lugar común también es un lugar común. ¿Qué valor añadido recibe exactamente el turista por vislumbrar desde cierta distancia escenas dramáticas de la vida y la muerte que puede presenciar tan tranquilamente desde casa? ¿De veras necesita el mundo más fotógrafos de jirafas aficionados?

Y luego está, para mí, el problema de los mamíferos. Para asegurarme la compañía de mi otro hermano, Tom, y de un buen amigo de la universidad que también se llama Tom, les había prometido que veríamos toneladas de animales salvajes peludos en el viaje, no sólo pájaros. Sin embargo, en mis comunicaciones con los organizadores del viaje, la Rockjumper Birding

Tours, había subrayado que si tenía que escoger entre avistar un guepardo y contemplar una regordeta curruca parda, escogería lo segundo.

Me dicen que a mucha gente le interesan más los mamíferos que los pájaros puesto que nosotros también somos mamíferos. Esto me parece razonable y discutible al mismo tiempo: si la gran atracción de la naturaleza está en la Otredad, ¿por qué necesitamos a nuestros parientes cercanos para hacerla interesante? ¿No es una bochornosa muestra de egocentrismo? Los pájaros, con su linaje dinosáurico y su capacidad de volar, son verdaderamente Otros. Y sin embargo, al ser claramente bípedos como nosotros, y responder, también como nosotros, sobre todo a la visión y el sonido, se puede argumentar que se nos parecen más que otros mamíferos que tienden a ser furtivos, a caminar sobre cuatro patas y a vivir en un mundo definido por el olor.

Para el amante de los mamíferos, una cría de elefante en un zoo bien diseñado no es menos adorable que una cría de elefante en un parque natural africano; el único valor añadido por el parque es que las hierbas que arranca el elefante son tuyas, que se comporta como quien corre el riesgo de que lo ataquen los leones y que los límites del parque quedan tan lejos que no los vemos. Encerrar a un pájaro en una pajarera, en cambio, le niega su misma esencia: un águila no es nada si no puedes ver cómo alza el vuelo. Para experimentar los pájaros africanos, tienes que ir a África.

Si, según nos cuentan, un viaje exótico tiene sentido para «crear recuerdos», y si, según yo mismo insisto en decir, nuestros recuerdos consisten fundamentalmente en buenas historias, y si lo que hace que una historia sea buena es que contenga algún elemento inesperado, se deduce que el objetivo del viaje es sorprendernos. Mi hermano Tom se sorprendió al llegar a Nairobi y descubrir que la maleta que había facturado seguía en el aeropuerto internacional de Dulles. Los cuatro días de espera que tuvo que pasar para reunirse con su maleta ocupan un lugar central en sus recuerdos y en las historias que cuenta sobre ese viaje.

Una manera fácil de provocar sorpresas es no hacer los deberes en casa antes de partir. A mí me sorprendió, por ejemplo, descubrir que la mosca tse-tse no es un péfido insecto nocturno parecido a los mosquitos, sino una mosca grande, diurna y agresiva. Peor para mí, pero recordaré esas moscas,

así como la cola de buey con mango de cuero que usaba nuestro conductor y experto local en pájaros, un tanzano llamado Geitan, para sacudírselas de la espalda y echarlas del Land Cruiser.

Otra sorpresa fue la cantidad de horas que pasamos en ese Land Cruiser. La mayor parte de los viajes para ver pájaros son terribles para los pies porque exigen caminatas interminables y uno pasa largos ratos sin sentarse. Debido al riesgo que suponen los mamíferos africanos, en particular los elefantes y los búfalos, sólo nos dejaban salir del vehículo en los alojamientos y en unas pocas áreas de pícnic. Incluso en los alojamientos en que se nos permitía caminar de verdad por el bosque teníamos que llevar con nosotros un guardia armado y permanecer siempre juntos. El que peor lo llevaba era mi hermano, que ya a los dos años (como se puede constatar en algunas películas domésticas) odiaba estar encerrado y adoraba andar a solas por ahí. Hacia el final de una excursión, en una pequeña cabaña cerca del Ngorongoro, Tom se quejaba tanto que lo animé a separarse de nosotros y caminar solo los últimos cien metros; David, nuestro guía de la Ruckjumper, nos soltó una buena reprimenda por eso. Al principio del viaje, el otro Tom había comentado que lo que más miedo le daba era que le gritaran; después de la bronca de David, mi hermano reconoció que a él también.

Aparte de las sorpresas, la otra forma que la realidad tiene de captar tu atención es agotarte. En África me costó un tiempo deshacerme de la sensación de que podía estar en Florida. Sin embargo, al final, debido a la vastedad de los parques de Tanzania y Kenia, así como a la cantidad abrumadora de vida salvaje, empecé a ver las manadas de herbívoros como habitantes de algo que parecía un ecosistema intacto, a ubicarlas mentalmente en un continuo histórico en el que, al principio, deambulaban con libertad por todo el continente, y conseguí, al menos en parte, que me parecieran asombrosas.

Empecé a *verlas*. Ahí estaba la curiosa grandeza de la cabeza de las cebras, la rotundidad de sus ancas cuando subían en desbandada por una cuesta; me parecían eminentemente domesticables y montables, aunque por lo visto no lo son, y eso me llamó mucho la atención. Los oryx —un animal espectacular— tenían unos cuernos tan largos que casi no necesitaban mover la cabeza para rascarse la cola. Las jirafas son tan grandes que cuando



echaban a correr, algo que hacían de vez en cuando, parecía que galoparan a cámara lenta. (Así deben de percibir los pájaros pequeños nuestros movimientos.) Con los ñus todo es una cuestión numérica: en el Serengueti, si ves uno ves un cuarto de millón, y cuando migran avanzan en fila india, como los infinitos vagones de los trenes del carbón en Montana, que llegan de una punta a otra del horizonte. Los hipopótamos tienen fama de ser el animal salvaje más peligroso de África, pero a mí, mientras contemplaba cómo los miembros de una manada se refocilaban en un estanque, resoplando para tirarse agua entre ellos y rodando para flotar con sus barrigas rosadas y las almohadillas de sus patas apuntando al cielo, me parecieron de lo más enternecedor. Por lo que se refiere al puro carisma, sin embargo, nadie puede competir con los búfalos: tienen la misma cara de tipos malos que los más rudos marines, y en sus miradas encontré un brillo de inteligencia que no tenía nada de bovino. En el Ngorongoro vimos un ejemplar gigantesco que se burlaba de un trío de leones soñolientos mientras los demás miembros de la manada lo miraban embelesados. Sin dejar de volver la cabeza para confirmar que tenía público, avanzó hacia los leones hasta que éstos se desperezaron, con gestos de enojo, y buscaron otro sitio para seguir durmiendo. Entonces el macho se pavoneó en plan victorioso.

A pesar de la cantidad de documentales que han protagonizado, los mamíferos más difíciles de ver eran los felinos mayores. Cuando descubrimos a catorce leones durmiendo en un árbol, mi sensación principal fue de satisfacción por lo ridícula que parecía la hembra más grande, tumbada a horcajadas a lo largo de una rama con las patas traseras colgando en una posición incómoda. Fue interesante ver el cabezazo que se dio un leopardo con un tronco absolutamente vertical y contemplar cómo un lince despellejaba a un roedor y se lo comía, como si fuera una piruleta de carne, en dos bocados. Pero el mejor momento felino, por ser el más inesperado — las lluvias habían sido tardías y fuertes, y David nos había avisado de que era poco probable que pudiéramos verlos—, nos lo brindó un guepardo sentado sobre los cuartos traseros junto a la cuneta de una carretera. Miraba intensamente hacia el otro lado del camino y en dos ocasiones, sin desviar la mirada, soltó un rugido lleno de dulzura. David señaló hacia un terraplén lejano desde el que dos cachorros le devolvían una mirada llena de incertidumbre, estirando el cuello. ¿Quién puede resistirse a la visión de dos

inquietos cachorros de guepardo? Yo fui incapaz durante cinco minutos, pero luego, mientras el espectáculo de los guepardos continuaba y la madre recuperaba a sus cachorros para adentrarse con ellos en la hierba, empecé a repasar los árboles en busca de pájaros.

Lo que pasa con los pájaros es que, por muy bien que hayas hecho los deberes y por mucho que hayas estudiado atentamente las especies que esperas ver, cada vez que descubres una te llevas una sorpresa. En el Serengueti recorrimos varias veces un tramo de carretera con la esperanza de avistar algún Prionopo Crestigrís, una rara especie local, sin conseguirlo. En nuestra última tarde, David, Geitan y yo salimos sin los dos Tom para intentarlo por última vez. David intentó reproducir una grabación de la llamada del prionopo y de inmediato bajó en picado una bandada de siete ejemplares para presentarse en estrecha formación en la carretera. Su elegancia y su belleza representaban un extra absolutamente bienvenido pero innecesario. David y yo chocamos las palmas mientras Geitan daba botes sentado al volante, atontado de pura felicidad, y sacudía su matamoscas de cola de buey como si fuera un cetro real, al tiempo que gritaba: «¡Somos unos héroes!»

Se puede gozar de los grandes pájaros icónicos de África Oriental —la ubicua Carraca Lila, el repeinado Secretario, la Avutarda Kori, cuyo tamaño empequeñece a las gacelas— a simple vista. Algunas bandadas pequeñas de Cálaos Terrestres, con sus plumajes negros, vuelan plácidamente sobre la hierba oteando el paisaje con unos ojos tan expresivos que casi parecen humanos y luego se dejan caer de golpe para acicalarse, o tal vez tan sólo para pensar un poco. Los Buitres Orejudos, que son los pájaros carroñeros de mayor tamaño, son los primeros que se ceban con los restos de carroña cartilaginosa que dejan las hienas; otros buitres menores permanecen atentos, como quien espera tras el cordón de la entrada de la discoteca, hasta que llegue su turno; los altos Marabús Africanos permanecen inmóviles como camareros vestidos de esmoquin. Los machos de avestruz en pleno cortejo dan bandazos y se cimbrean de aquí para allá entre una espuma de plumas blancas. Aunque en YouTube se pueden ver vídeos de ese espectáculo, su verdadera dimensión —un ave de dos metros y medio bailando como un borracho en una boda— sólo se puede apreciar en persona.

Sin embargo, lo que me introdujo de una manera más profunda en África fueron los pájaros más pequeños, porque me ayudaron a olvidar que era un turista. Que un parque forme parte de la naturaleza o sea un mero simulacro depende por completo de la mirada de quien lo visita. Los animales, ya sean grandes o pequeños, se limitan a tomar lo que se les da y a seguir adelante con sus vidas como buenamente pueden. Resulta difícil, de todos modos, admirar una manada de elefantes en el Serengueti sin preguntarse si lo que los ha llevado allí no será la presión de los ganaderos y de los cazadores furtivos en busca de marfil. Para deshacerse del contexto posmoderno, para encoger el campo de visión, resulta útil enfocar los binoculares en algo diminuto.

En época de cría, al Obispo Colilargo le crece una cola negra muy extensa, de casi tres veces la longitud de su cuerpo; es tan larga que cuando se planta en un matorral tiene que posarla por encima de unas cuantas ramas, y quien contempla sus ahíncos para alzar el vuelo puede percibir el esfuerzo que representa para sus alas. Los tejedores, una familia vistosa y maravillosa, endémica en África, cuelgan sus nidos esféricos y complejos de las ramas finas de los árboles y a veces construyen entradas falsas para engañar a los depredadores. Ver a un tejedor naranja y amarillo cargar con una hoja de hierba hasta el nido y encajarla entre las demás hojas con toda su destreza es como entrar en un mundo cuyos límites quedan poco menos que a tiro de piedra. La Alondra Aplaudidora Canela, que cuenta con mi voto al mejor nombre de pájaro de África Oriental, es muy difícil de ver fuera de la estación de cría, cuando el macho sale disparado hacia lo alto y permanece allí suspendido, agitando las alas con tanta fuerza que suena como cuando se barajan las cartas al estilo americano. Mientras dura ese aplauso te sientes suspendido con el pájaro en el aire, y cuando se deja caer, el pedazo de tierra en el que aterriza se convierte en un sitio específico: el territorio de una Alondra Aplaudidora.

No *tienes que* ir de vacaciones a África Oriental: tienes que hacer lo que quieras. Pero si vas, una manera de asegurarte de que has estado allí de verdad es llevar unos buenos binoculares. Lo más hermoso y conmovedor que vi en mi safari fue un par de Cistícolas de Hunter. Como familia, las cistícolas son los pajarillos de color beis más anodinos que hay. Muchas especies son casi imposibles de distinguir si no las oyes cantar. Pero las dos

que yo vi —que vi bien, con los binoculares— estaban agarradas hombro con hombro a una ramita de acacia, encaradas en direcciones opuestas y cantando un dueto en contrapunto con los picos bien abiertos. Dos melodías y una pareja que cantaba sobre su condición de pareja. Durante un momento, su canción y su ramita lo fueron todo, precisamente por su pequeñez.

## EL FIN DEL FIN DE LA TIERRA

Hace dos años, un abogado de Indiana me envió un cheque de setenta y ocho mil dólares. El dinero procedía de mi tío Walt, que había muerto seis meses antes. Yo no esperaba que Walt me dejara ningún dinero, ni mucho menos contaba con ello, así que pensé que debía destinar mi herencia a algo especial, para honrar su memoria.

Resultaba que mi novia de años, californiana de nacimiento, me había prometido que pasaría unas vacaciones largas conmigo. Estaba agradecida por lo comprensivo que había sido cuando tuvo que volverse a Santa Cruz para cuidar de su madre, que tenía noventa y cuatro años y estaba perdiendo la memoria. Llevada por un impulso, me había asegurado: «Te acompañaré a cualquier lugar del mundo al que siempre hayas deseado viajar», a lo que yo, por motivos que ya no soy capaz de reconstruir, contesté: «¿Qué tal a la Antártida?» Tendría que haber prestado más atención al modo en que me miró —con los ojos muy abiertos—, pero una promesa era una promesa.

Con la esperanza de hacer más apetecible la Antártida a ojos de mi friolera californiana, decidí gastar el dinero de Walt en la reserva más lujosa posible: una expedición de tres semanas, organizada por Lindblad Expeditions y National Geographic, por la Antártida, la isla San Pedro y las Malvinas. Dejé una paga y señal y, a partir de entonces, la californiana y yo nos dedicamos, siempre que salía el tema, a bromear con cierta inquietud sobre el frío espantoso y los embravecidos mares del Polo Sur a los que había aceptado someterse. Yo no paraba de asegurarle que en cuanto viera un pingüino estaría encantada de haber hecho el viaje; sin embargo, cuando llegó el momento de pagar el resto de la reserva me pidió que lo pospusiéramos un año: la situación de su madre era muy poco estable y se resistía a emprender un viaje que la llevara tan irremediabilmente lejos de

casa.

Para entonces, también yo había desarrollado una cierta renuencia a la expedición, y ni siquiera era capaz de recordar por qué había propuesto viajar a la Antártida. La idea de «verla antes de que se funda» era deprimente y contradictoria: ¿por qué no esperar a que se fundiera y se eliminara ella solita de la lista de posibles destinos? También me cohibía la categoría de trofeo que se atribuía al séptimo continente, demasiado remoto y caro para que el turista corriente pusiera sus pies en él. Cierto que allí podrían verse aves extraordinarias: no sólo pingüinos, sino rarezas como la Picovaina de las Malvinas y el pájaro cantor más meridional del mundo, la Bisbita de las Georgias del Sur. Sin embargo, el número de especies antárticas es bastante reducido y ya me había hecho a la idea de que nunca llegaría a ver todas las especies de aves del mundo. La mejor razón que se me ocurría para ir a la Antártida era que aquel viaje no tenía absolutamente nada que ver con el tipo de cosas que solíamos hacer la californiana y yo: poco tiempo antes habíamos llegado a la conclusión de que nuestra escapada ideal duraba tres días, pero si pasábamos tres semanas juntos en el mar sin posibilidad de huir quizá descubriríamos que éramos capaces de hacer otras cosas. Haríamos algo juntos que luego, durante el resto de nuestras vidas, recordaríamos como algo que habíamos hecho juntos.

Así pues, accedí a aplazar un año el viaje. Me instalé en Santa Cruz y entonces la madre de la californiana sufrió una caída preocupante y ella tuvo aún más miedo de dejarla sola. Por fin reconocí que no me correspondía complicarle aún más la vida y la dispensé de acompañarme. Por suerte, mi hermano Tom, la única persona aparte de mi novia con quien me imaginaba compartiendo un camarote durante tres semanas, acababa de jubilarse y estaba dispuesto a ocupar su lugar. Cambié la reserva de cama de matrimonio a dos individuales y encargué botas estancas de goma y una guía con muchas ilustraciones de la flora y la fauna antárticas.

Pero ni siquiera entonces, cuando la fecha de la partida se aproximaba, conseguía convencerme de que de verdad me iba a la Antártida. No paraba de decir cosas como: «Todo indica que me voy a la Antártida.» Tom estaba muy emocionado, según me dijo, pero en mi caso la sensación de irrealidad, de fracaso en el intento de prever algo placentero, crecía sin parar. Quizá fuera que la Antártida me hacía pensar en la muerte ya sea por la muerte ecológica

con que la amenaza el calentamiento global o por la fecha límite para verla que representaba mi propia defunción. El caso es que había llegado a apreciar enormemente el ritmo normal y corriente de la vida con la californiana, el ruido de la puerta del garaje cuando ella volvía de la visita nocturna a su madre... Cuando preparé la maleta fue como si lo hiciera obligado porque ya había pagado el viaje.

En agosto de 1976, en San Luis, Misuri, una noche lo bastante fresca como para que mis padres y yo estuviésemos cenando en el porche, mi madre se levantó a contestar el teléfono en la cocina y de inmediato llamó a mi padre.

—Es Irma —dijo.

Irma era la hermana de mi padre y vivía con mi tío Walt en Dover, Delaware. Debía de ser evidente que había pasado algo terrible porque me recuerdo de pie en la cocina, junto a mi madre, cuando mi padre interrumpió lo que le decía Irma y le gritó al auricular como si estuviera furioso:

—Irma, por Dios, ¿está muerta?

Irma y Walt eran mis padrinos, pero yo no los conocía bien. Mi madre no soportaba a Irma (consideraba que sus padres la habían malcriado sin remedio en detrimento de mi padre) y, aunque se suponía que Walt, un coronel del Ejército del Aire retirado que se había convertido en orientador en un instituto de secundaria, era el más simpático de los dos, yo lo conocía sobre todo por un libro autoeditado, *Golf ecléctico*, que compilaba sus conocimientos golfísticos. Nos lo había enviado y yo, como lo leo todo, me lo había leído. El caso es que sólo había tratado propiamente a Gail, la hija única de Walt e Irma, una joven alta, guapa e intrépida que había estudiado en la Universidad de Misuri y nos visitaba a menudo. Se había licenciado el año anterior y había encontrado un empleo de aprendiz de orfebre en la ciudad colonial de Williamsburg, en Virginia. El motivo de la llamada de Irma era comunicarnos que Gail había cogido el coche para ir a un concierto de rock en Ohio y, mientras circulaba de noche, sola y bajo un aguacero, había perdido el control en una de las estrechas y tortuosas carreteras de Virginia Occidental. Aunque al parecer Irma no era capaz de pronunciar esas palabras, Gail había muerto.

Yo tenía dieciséis años y comprendía qué era la muerte. Y sin embargo,

quizá porque mis padres no me llevaron al funeral, no lloré por Gail. En cambio, tuve la sensación de que su muerte estaba de algún modo dentro de mi cabeza, como si una aguja espantosa hubiera cauterizado mi red de recuerdos de Gail para dejar en su lugar una zona de exclusión ocupada por una verdad primaria y malsana. Ésta era demasiado intimidatoria para entrar en ella de manera consciente, pero yo sentía que ahí, tras un cordón policial mental, se agazapaba la irreversibilidad de la muerte de mi adorable prima.

Un año y medio después del accidente, durante mi primer curso en la Universidad en Pensilvania, mi madre me transmitió una invitación de Irma y Walt a pasar un fin de semana en Dover junto con sus propias instrucciones estrictas de que respondiera que sí. En mi imaginación, la casa de Dover era la encarnación de esa zona que la verdad malsana ocupaba en mi cabeza. Llegué allí con un miedo que la casa no tardó en justificar. Impecablemente ordenada, y tan limpia que resultaba agobiante, transmitía la formalidad de una residencia oficial. Las largas cortinas, rígidas y de pliegues precisos, parecían repetirme incesantemente que ni los movimientos ni el aliento de Gail volverían a agitarlas jamás. El cabello de mi tía era del blanco más puro y lucía tan tieso como las cortinas. El lápiz de labios carmesí y la gruesa raya en los ojos acentuaban la blancura de su rostro.

Me enteré de que sólo mis padres llamaban Irma a Irma: para todos los demás era Fran, una abreviación de su apellido de soltera. Me había temido una escena de dolor sin tapujos, pero Fran llenaba los minutos y las horas hablándome sin cesar con un tono crispado y demasiado alto. Su cháchara (sobre la decoración de la casa, su supuesta familiaridad con el gobernador de Delaware, el rumbo que había tomado el país) resultaba exquisitamente aburrida en su absoluta lejanía del sentir corriente. No tardó en hablar sobre Gail de la misma manera: la naturaleza de la personalidad de Gail, la excelencia del talento artístico de Gail, el elevado idealismo de los planes de futuro de Gail. Yo hablaba bien poco, al igual que Walt. La cantinela de mi tía era insoportable, pero puede que yo ya hubiese comprendido que la zona que ella habitaba era en sí misma insoportable, y que sólo hablando con grandilocuencia, y sin parar, sobre nada en particular podía sobrevivir en ella; sólo así, de hecho, podía hacer posible que un visitante sobreviviese en ella. En resumidas cuentas, entendí que Fran había perdido el juicio por pura capacidad de adaptación. Aquel fin de semana sólo me concedió una tregua



durante el paseo en coche que me dio Walt por Dover y la base del Ejército del Aire. Walt era un hombre alto y flaco, de etnia eslovena y con una buena napia al que sólo le quedaba pelo detrás de las orejas. Su apodo era *Pelón*.

Visité a Fran y a Walt dos veces más mientras estaba en la universidad, ambos acudieron a mi graduación y a mi boda y luego, durante muchos años, tuve muy poco contacto con ellos más allá de las tarjetas que me enviaban por mi cumpleaños y los informes de mi madre (siempre influidos por el desagrado que le producía Fran) tras las visitas de compromiso que mi padre y ella hacían al apartamento situado en una urbanización con campo de golf en Boynton Beach, Florida, donde Fran y Walt se habían instalado. Pero entonces, después de la muerte de mi padre y mientras mi madre perdía su batalla contra el cáncer, ocurrió algo bien curioso: Walt se enamoró perdidamente de mi madre.

Para entonces, Fran había enloquecido por completo, víctima del alzhéimer, y estaba en una residencia de ancianos. Como mi padre también había padecido alzhéimer, Walt se había puesto en contacto con mi madre por teléfono en busca de su consejo y su compasión. Según ella, Walt había viajado por su cuenta a San Luis, donde ambos, al encontrarse juntos y a solas por primera vez, habían descubierto que tenían tantas cosas en común (ambos eran optimistas y amantes de la vida, y habían pasado largo tiempo casados con un Franzen rígido y depresivo) que habían terminado sumiéndose en una suerte de vertiginosa comodidad, en una intimidad incipientemente romántica. Walt la había llevado al centro, al restaurante favorito de mi madre, y después, al volante del coche de ella, había rayado el guardabarros contra la pared de un aparcamiento; entre risitas, un poco borrachos, habían acordado compartir los gastos de la reparación y no contárselo a nadie. (Walt acabó por contármelo a mí.) Poco después de esa visita, la salud de mi madre empeoró y se marchó a Seattle a pasar el tiempo que le quedara en casa de mi hermano Tom, pero Walt hizo planes para ir a verla y continuar lo que habían empezado. De los sentimientos que abrigaban el uno por el otro, los de Walt tenían más miras puestas en el futuro. Los de mi madre eran más agridulces, teñidos por la tristeza de las oportunidades que sabía perdidas.

Fue mi madre quien me hizo ver hasta qué punto Walt era una joya, y fueron la consternación y la pena de Walt cuando ella murió de repente, antes

de que pudiera volver a verla, las que abrieron la puerta a mi amistad con él. Walt necesitaba que alguien supiera que había empezado a enamorarse de ella, que estuviera al corriente de tan feliz sorpresa y comprendiera cuánto le dolía, en consecuencia, su pérdida. Y como yo había experimentado también, en los últimos años de vida de mi madre, una sorprendente escalada de admiración y afecto por ella, y como me sobraba tiempo —era un tipo sin hijos, divorciado, con poco trabajo y ahora huérfano—, me convertí en la persona con la que Walt podía hablar.

Durante la primera visita que le hice, al cabo de unos meses de la muerte de mi madre, nos dedicamos a las actividades obligadas en Florida del Sur: nueve hoyos en el campo de golf de su urbanización, unas mangas de *bridge* con dos amigos nonagenarios en Delray Beach y una parada en la residencia de ancianos donde languidecía mi tía. La encontramos postrada en la cama, en posición fetal. Walt le dio de comer con ternura una ración de helado y otra de pudín. Cuando entró una enfermera a cambiarle un esparadrapo en la cadera, Fran se echó a llorar contrayendo el rostro como un bebé y se quejó de que le dolía, le dolía mucho, era horrible, no era justo.

La dejamos con la enfermera y volvimos al apartamento. Habían trasladado allí buena parte de los muebles, tan formales, que Fran tenía en Dover, pero para entonces el desorden propio de un soltero, con revistas y paquetes de cereales desparramados por todas partes, suavizaba un poco su mortífera rigidez. Walt me habló con franca emoción de la muerte de Gail y sacó el tema de sus pertenencias. ¿Me gustaría tener algunos de sus dibujos? ¿Quería quedarme con la Pentax SLR que él le había regalado en cierta ocasión? Los dibujos tenían pinta de trabajos escolares, y yo no necesitaba una cámara, pero tuve la sensación de que Walt buscaba un modo de quitarse de encima cosas que no soportaba donar sin más a las tiendas de beneficencia. Dije que me los quedaría encantado.

En Santiago, la víspera de nuestro vuelo chárter al extremo meridional de Argentina, Tom y yo asistimos a una recepción de bienvenida de la Lindblad en un salón de reuniones del Ritz-Carlton. Dado que el precio de los camarotes en nuestro barco, el *National Geographic Orion*, iban desde los veintidós mil dólares hasta casi el doble de esa cifra, había encasillado de antemano a mis compañeros de viaje en el estereotipo de plutócratas amantes

de la naturaleza: jubilados de rostro curtido con la típica esposa florero y domicilio en un paraíso fiscal, tal vez un par de caras que reconocería de la televisión. Pero me había equivocado en los cálculos. Resultó que para esa clientela disponían de yates especiales: la gente reunida en aquel salón no era tan glamurosa como esperaba ni tan octogenaria. Entre el centenar de personas presentes, había una mayoría relativa de simples médicos o abogados y sólo vi a un tipo con la cintura de los pantalones montada sobre el barrigón.

Entre los temores que me provocaba la expedición, el tercero —por detrás del mareo y de que mis ronquidos molestaran a mi hermano— era que no se dedicaran esfuerzos suficientes a la búsqueda de especies de aves que sólo se encuentran en la Antártida. Cuando un empleado de la Lindblad, un australiano al que su compañía aérea le había perdido el equipaje, nos dio la bienvenida y respondió algunas preguntas de los presentes, levanté la mano, me declaré observador de aves y pregunté si había alguno más en el grupo. Confiaba en descubrir que éramos muchísimos, pero sólo vi levantarse dos manos. El australiano, que había considerado «excelente» cada pregunta anterior, no alabó la mía. Sin concretar, contestó que a bordo del barco habría miembros del equipo que sabían de pájaros.

No tardé en enterarme de que las otras dos manos en alto pertenecían a los únicos pasajeros que no habían pagado el pasaje completo. Se trataba de Chris y Ada, una pareja conservacionista de cincuenta y tantos años procedente de Mount Shasta, California. Una hermana de Ada trabaja en la Lindblad y diez días antes de la partida les habían ofrecido un camarote a precio reducido debido a una cancelación. Eso hizo que aumentara mi sensación de afinidad con ellos: aunque yo podía permitirme pagar el pasaje completo, una naviera como la Lindblad no habría sido mi primera elección; había escogido esa expedición por la californiana, para suavizarle el impacto de la Antártida, y yo mismo me sentía como un turista de lujo accidental.

Al día siguiente, en el aeropuerto de Ushuaia, en Argentina, Tom y yo nos encontramos casi al final de la lenta cola del control de pasaportes. Siguiendo las apremiantes instrucciones de la Lindblad, antes de salir de casa yo había pagado la «tasa de reciprocidad» con la que Argentina gravaba a los turistas estadounidenses, pero Tom había estado tres años antes en el país. Como la página web del gobierno no le permitía volver a pagar la tasa, había

impreso una copia de la negativa para llevarla consigo, suponiendo que aquel papel, junto con los sellos argentinos de su pasaporte, le autorizaría a cruzar la frontera. Pero no fue así. Mientras los demás pasajeros de la Lindblad subían a los autobuses que nos conducirían a un almuerzo a bordo de un catamarán, nos quedamos atrás suplicando ante un agente de inmigración. Transcurrió una hora. Pasaron veinte minutos más. Los chicos de la Lindblad se tiraban de los pelos. Finalmente, cuando empezaba a parecer que a Tom le permitirían pagar la tasa por segunda vez, salí corriendo, subí a un autobús y me encontré ante un mar de miradas poco amistosas. La expedición ni siquiera había empezado todavía y Tom y yo ya éramos los pasajeros problemáticos.

Ya a bordo del *Orion*, el guía de nuestra expedición, Doug, nos hizo acudir a todos al salón del barco, donde nos dio la bienvenida con entusiasmo. Doug era un tipo corpulento de barba blanca que en otro tiempo había sido escenógrafo.

—¡Adoro este viaje! —exclamó micrófono en mano—. Éste es el mejor viaje, de la mejor compañía y al mejor destino del mundo. Estoy tan emocionado como cualquiera de vosotros, como mínimo.

Se apresuró a añadir que ese viaje no era un crucero: era una expedición, y quería que supiéramos que él, en cuanto líder de la expedición, a poco que viera alguna oportunidad con el capitán, no dudaría en «hacer pedazos el plan», tirarlo por la borda y «salir en busca de grandes aventuras».

Durante todo el viaje, continuó, dos miembros del personal impartirían clases de fotografía y trabajarían por separado con los pasajeros que quisieran mejorar sus imágenes. Otros dos empleados bucearían siempre que fuera posible para proporcionarnos más imágenes. El australiano que había perdido el equipaje no había perdido el último modelo de dron, con una cámara de vídeo de alta definición, que podría utilizar en el viaje gracias a los nueve meses que había invertido en obtener los correspondientes permisos. El dron también nos proporcionaría imágenes. Y luego estaba el cámara de vídeo a tiempo completo que grabaría un DVD que todos podríamos adquirir al final del viaje. Me dio la impresión de que el resto de la gente en el salón entendía con mayor claridad que yo con qué propósito viajaba uno a la Antártida. Evidentemente, el propósito era llevarse imágenes a casa. El sello de National Geographic me había hecho esperar ciencia cuando debería haber pensado en

fotos. Mi sensación de ser un pasajero problemático se intensificó.

Durante los días siguientes me enseñaron qué pregunta uno cuando conoce a una persona en un barco de la Lindblad: «¿Es tu primera Lindblad?», o bien: «¿Ya habías hecho alguna Lindblad?» Esas frases me parecían perturbadoras, como si «una Lindblad» fuera algo vagamente espiritual, pero carísimo. Cada velada, en el salón, Doug solía empezar su resumen preguntando: «¿Ha sido un día fabuloso, sí o sí?», y luego hacía una pausa para la ovación. Se aseguraba de que supiéramos que habíamos sido especialmente afortunados al cruzar el Paso de Drake con el mar en calma y eso nos había proporcionado el tiempo suficiente para amarrar nuestros botes neumáticos en la isla Barrientos, cerca de la península Antártica. Atracar allí era algo muy especial que no todas las expediciones de la Lindblad tenían la suerte de conseguir.

En Barrientos ya estaba muy avanzada la época de anidamiento de los Pingüinos Papúa y Barbijo. Algunos polluelos ya habían mudado el plumaje y seguido a sus padres de vuelta al agua, que es el elemento favorito de los pingüinos y su única fuente de alimento. Pero quedaban miles de aves. Polluelos grises y sedosos perseguían a cualquier adulto que tuviera aspecto de poder ser uno de sus progenitores rogando un poco de comida regurgitada, o se apiñaban buscando protegerse de los págalos, unas aves parecidas a las gaviotas que se alimentan de los huérfanos y los que no prosperan. Muchos adultos se habían replegado colina arriba para la muda, un proceso que entraña pasar varias semanas de pie, sin moverse, con hambre y picores, mientras las plumas nuevas desplazan a las viejas. En términos humanos, se hacía imposible no admirar la paciencia y el silencioso aguante de los que estaban mudando el plumaje. Aunque la colonia estaba cubierta por todas partes de excrementos que apestaban a ácido nítrico y daba lástima ver a los polluelos huérfanos y condenados, yo me alegraba de haber llegado hasta allí.

Los parches de escopolamina que Tom y yo llevábamos en el cuello habían disipado mis dos mayores temores. Con la ayuda del parche y las aguas tranquilas no me estaba mareando, y gracias al estruendo de la radio despertador, a todo volumen para amortiguar los ronquidos, Tom conciliaba cada noche un profundo sueño de diez horas inducido por la escopolamina. En cambio, con mi tercer temor había dado en el blanco. Ningún naturalista de la Lindblad se acercó a Chris y Ada, ni a mí, para observar aves marinas

desde la cubierta panorámica. Ni siquiera había una buena guía de campo de la fauna antártica en la biblioteca del *Orion*. Lo que sí había eran docenas de libros sobre exploradores del Polo Sur, en particular sobre Ernest Shackleton, una figura que a bordo provocaba casi tanto fetichismo como la experiencia de nuestra expedición en sí misma. Cosida en la manga izquierda de la parka naranja que me había facilitado la compañía, llevaba una insignia con el retrato de Shackleton que conmemoraba el centenario de su épica travesía en bote abierto desde la isla Elefante. Nos dieron un libro sobre Shackleton, varias conferencias en Power Point sobre Shackleton, hicimos visitas especiales a sitios relacionados con Shackleton, nos proyectaron un largo documental sobre una recreación del viaje de Shackleton y tuvimos la oportunidad de recorrer cinco kilómetros de la ardua senda a la que Shackleton había sobrevivido. (En una fase posterior del viaje, bajo la mirada de nuestro camarógrafo, nos llevaron como ganado a la tumba de Shackleton, donde nos ofrecieron vasitos de whisky irlandés y nos invitaron a brindar por él.) El mensaje parecía ser que nosotros, en aquella expedición organizada por la Lindblad, no éramos muy distintos de Shackleton. No sentirse heroico a bordo del *Orion* era una forma segura de quedarse solo. Yo agradecía al menos tener dos compatriotas con quienes estudiar las guías de campo que habíamos comprado, buscar rastros del Prión Antártico (una pequeña ave marina) e intentar distinguir por el tono del pico a qué especie pertenecía un petrel gigante que pasaba volando a toda prisa.

A medida que descendíamos por la península, Doug se dedicó a insinuar la posibilidad de que hubiera noticias emocionantes. Finalmente, nos congregó en el salón y nos reveló que en efecto estaba pasando algo: gracias a los vientos favorables, él y el capitán habían «tirado el plan por la ventana». Teníamos una oportunidad muy especial de cruzar el Círculo Polar Antártico y ya navegábamos a toda máquina hacia el sur.

La noche anterior a nuestra llegada al círculo, Doug nos advirtió de que a la mañana siguiente hablaría muy temprano por el intercomunicador para despertar a aquellos pasajeros que quisieran salir a ver «la línea magenta» (era un chiste) mientras la cruzábamos. Y, en efecto, nos despertó a las seis y media con otro chiste sobre la línea magenta. Cuando el barco estaba a punto de cruzarla, Doug contó atrás desde cinco con mucho dramatismo. Luego felicitó a «cada persona a bordo», y Tom y yo regresamos a la cama. Sólo

más tarde supimos que el *Orion* se había aproximado al Círculo Polar Antártico mucho antes de las seis y media, a una hora en la que cualquiera dudaría en despertar a unos millonarios y cuando, además, está demasiado oscuro para tomar fotografías. Ocurrió que Chris se había despertado antes del alba y había seguido las coordenadas del barco en la pantalla de su camarote. Había visto cómo el buque reducía la marcha, viraba hacia el oeste y luego hacia el norte y navegaba con ese rumbo para hacer tiempo.

Aunque Doug resultó ser el principal artífice de esa clase de simulacros para una compañía con cierto cariz sectario, despertó mi compasión. Se acercaba al final de su primera temporada como guía de la expedición de la Lindblad, estaba claramente agotado y bajo la intensa presión de ofrecer el viaje de su vida a unos clientes que al fin y al cabo no eran plutócratas y esperaban una buena relación calidad-precio. Por lo que pude averiguar, Doug era además la única persona en el barco, sin contarme a mí, que había sido un observador de aves lo bastante concienzudo para llevar una lista de las especies que iba observando. Ya había dejado de actualizarla, pero en una de sus recapitulaciones nocturnas nos contó la divertida historia de su desesperación y su fracaso a la hora de avistar una bisbita en su primer viaje a la isla San Pedro. Si no hubiera estado atendiendo frenéticamente a todo un barco lleno de obsesos por la imagen, me habría gustado llegar a conocerlo mejor.

Debo decir también que la Antártida estaba a la altura del entusiasmo de Doug. Hasta entonces nunca había tenido la experiencia de contemplar un paisaje de una belleza tan deslumbrante que me fuera imposible procesarla, percibirla como algo real. Un viaje que ya de antemano se me antojaba irreal me había llevado a un lugar que también lo parecía, aunque en mejor sentido. Es posible que el calentamiento global ponga en peligro la capa de hielo occidental del continente, pero la Antártida aún está lejos de haberse fundido. A ambos lados del canal Lemaire se alzaban montañas negras y picudas, altísimas, pero no tanto como para hallarse simplemente cubiertas de nieve: estaban *enterradas* en caprichosos ventisqueros hasta la mismísima cima, y la roca sólo quedaba expuesta en los acantilados más verticales. Protegida del viento, el agua era un espejo, y bajo el cielo gris se veía de un negro absoluto, inmaculado, como el del espacio exterior. Entre los tonos monocromáticos, entre los interminables negro, blanco y gris, surgía el discordante azul del

hielo glaciar. No importaba qué tono tuviera: ya fuera el matiz azulado de los bloques de hielo que se balanceaban en nuestra estela, el azul oscuro e intenso de los castillos flotantes de hielo, con sus arcos y cámaras, o el pálido tono poliestireno de los témpanos desprendidos del glaciar, mis ojos no podían creer que el color que estaban viendo existiese de verdad en la naturaleza. Una y otra vez se me escapaba la risa de pura incredulidad. Immanuel Kant había vinculado lo sublime con el terror, pero tal como lo experimenté yo en la Antártida, desde el mirador estratégico y seguro de un barco con un ascensor de vidrio y latón y un café exprés de primera, se trataba más bien de una mezcla entre lo bello y lo absurdo.

El *Orion* siguió surcando mares inquietantemente cristalinos. Ni en la tierra ni en el hielo ni en el mar se veía obra alguna del hombre, ni edificios ni otros barcos, y en lo alto de la cubierta panorámica los motores del *Orion* eran inaudibles. Allí plantado, en silencio, tratando de avistar petreles junto a Chris y Ada, me sentía como si estuviéramos solos en el mundo y una corriente invisible e irresistible nos arrastrara hasta su confín como al Viajero del Alba en Narnia. Pero entonces nos internamos en una banquisa y nos vimos rodeados por ella: se impuso tomar imágenes. Botaron con gran estruendo una lancha neumática y soltaron el dron del australiano.

Unas horas más tarde, en el fiordo Lallemand, cerca de la latitud más meridional que íbamos a alcanzar, Doug anunció otra «operación»: el capitán embestiría con el barco la enorme capa de hielo en la boca del fiordo para varar allí y entonces podríamos elegir entre remar por los alrededores en kayak o dar un paseo por el hielo. Yo sabía que el fiordo era nuestra última esperanza de ver un Pingüino Emperador; en la expedición era probable que avistáramos otras siete especies de pingüino, pero el Emperador rara vez se aventura más al norte del Círculo Polar Antártico. Mientras el resto de pasajeros corría a sus camarotes para ponerse los chalecos salvavidas y las botas de aventurero, instalé un telescopio en la cubierta panorámica. Al escudriñar con él el campo de hielo, moteado por focas cangrejas y pequeños Pingüinos de Adelia, vislumbré de inmediato un ave que no me resultaba familiar. Parecía tener un manchón de color detrás de las orejas y un resplandor amarillo en el pecho. ¿Era un Pingüino Emperador? La imagen ampliada era imprecisa y temblorosa, casi todo el cuerpo del ave quedaba oculto por un pequeño iceberg y la corriente movía poco a poco el barco o



bien el propio iceberg. Antes de que consiguiera verlo bien, el hielo había tapado al ave por completo.

¿Qué podía hacer? Es posible que el Pingüino Emperador sea el ave más fantástica del mundo. Con más de un metro de altura, la estrella del documental *El viaje del emperador* incubaba sus huevos durante el invierno antártico hasta ciento cincuenta kilómetros tierra adentro; mientras los machos se arraciman para darse calor y proteger los huevos, las hembras se acercan al agua anadeando o deslizándose en busca de alimento, y cada uno de ellos y ellas es tan heroico como Shackleton. Pero el ave que había vislumbrado estaba fácilmente a ochocientos metros de distancia y yo era consciente de mi papel de pasajero problemático que ya se había visto implicado en un prolongado retraso del grupo y también de mi penoso historial de avistamientos incorrectos. ¿Qué posibilidades había de enfocar el hielo al azar con el telescopio y ver al instante un ejemplar de la especie más buscada del viaje? No tenía la sensación de haberme inventado aquel resplandor amarillo y el manchón de color, pero a veces los ojos del observador de aves ven lo que desean ver.

Tras un breve momento existencialista, consciente de que decidía mi destino, bajé corriendo de la cubierta panorámica y fui en busca de mi naturalista favorito del personal, que se dirigía a toda prisa hacia la «operación» de Doug. Lo agarré de la manga y le dije que me parecía haber visto un Pingüino Emperador.

—¿Un Emperador? ¿Está seguro?

—Al noventa por ciento.

—Ya lo comprobaremos —me contestó apartándose de mí.

Deduje por su tono que en realidad no pensaba hacerlo, de modo que fui corriendo hasta el camarote de Chris y Ada, aporreé la puerta y les di la noticia. La creyeron, que Dios los bendiga. Se quitaron los chalecos salvavidas y me siguieron de vuelta a la cubierta panorámica. Para entonces, por desgracia, había perdido el rastro del escondrijo del pingüino: había muchísimos icebergs. Bajé hasta el puente de mando, donde otro miembro del personal, una mujer holandesa, me dio una respuesta más satisfactoria.

—¡Un Pingüino Emperador! Ésa es una especie clave para nosotros, tenemos que decírselo ahora mismo al capitán.

El capitán Graser era un alemán flacucho y vivaz, tal vez mayor de lo que

aparentaba. Quiso saber dónde estaba exactamente el ave en cuestión. Señalé hacia donde imaginaba que estaría y el capitán llamó por radio a Doug y le dijo que tenían que mover el barco. Percibí la exasperación en la voz de Doug: ¡estaba en plena operación! El capitán le dio instrucciones de suspenderla.

Cuando el barco empezó a moverse, mientras cavilaba hasta qué punto se irritaría Doug si me había equivocado con lo del ave, redescubrí el pequeño iceberg. Chris, Ada y yo nos plantamos junto a la borda y lo escudriñamos con los prismáticos. Pero entonces no había nada detrás, al menos nada que pudiéramos ver hasta que el barco se detuviera y diera la vuelta. Los radiotransmisores emitían gruñidos de impaciencia. Cuando el capitán acababa de encajarnos en el hielo, Chris distinguió un ave prometedora que se zambullía rápidamente en el agua, pero Ada creyó verla emerger aleteando de nuevo hacia el hielo. Chris la enfocó con el telescopio, echó una larga mirada y se volvió hacia mí con el rostro impávido.

—Coincido contigo —declaró.

Chocamos las palmas. Fui en busca del capitán Graser, que echó un vistazo con el telescopio y soltó un grito.

—¡Ja, ja, ja, un Pingüino Emperador! ¡Un Pingüino Emperador! ¡Justo lo que yo esperaba!

Dijo que me había creído porque, en un viaje anterior, había visto un Emperador solitario en la misma zona. Sin dejar de soltar gritos de alegría, se puso a bailar una giga, ¡una giga!, y luego corrió hacia los botes neumáticos para echar un vistazo más de cerca.

El Emperador que él había visto con anterioridad resultó ser excepcionalmente amistoso o inquisitivo, y por lo visto yo había reencontrado al mismo ejemplar porque, en cuanto el capitán se le acercó, lo vimos tumbarse panza abajo y deslizarse encantado hacia él. A través del intercomunicador, Doug anunció que el capitán había hecho un emocionante descubrimiento y que el plan había cambiado. Los paseantes que ya estaban en el hielo dirigieron sus pasos hacia el ave y el resto nos amontonamos en los botes neumáticos. Cuando llegué a la escena, treinta fotógrafos con chaqueta naranja, de pie o de rodillas, apuntaban con sus cámaras a un pingüino muy alto y apuesto que estaba muy cerca de ellos.

Ya había adoptado la decisión silenciosa y hostil de no tomar una sola

fotografía en aquel viaje, y tenía ante mí una imagen tan indeleble que no hacía falta cámara alguna para capturarla: parecía que el Pingüino Emperador celebrara una conferencia de prensa. Mientras un grupo de Pingüinos de Adelia se acercaba a sus espaldas, observándonos como si fueran personal de apoyo, el Emperador se enfrentaba a la prensa con una actitud de serena dignidad. Al cabo de un rato estiró el cuello con gesto pausado. Dando muestras de un equilibrio y una flexibilidad magistrales —y evitando, sin embargo, dar la impresión de exhibirse—, se rascó detrás de la oreja con una pata mientras se mantenía perfectamente erguido sobre la otra. Y entonces, como para subrayar hasta qué punto se sentía cómodo en nuestra compañía, se quedó dormido.

En la recapitulación de la velada, el capitán Graser agradeció efusivamente la labor de los observadores de aves. Había reservado una mesa especial para nosotros en el comedor, con vino gratis a nuestra disposición. En una tarjeta sobre la mesa se leía: EL REY DE LOS EMPERADORES. Los camareros del barco, filipinos en su mayoría, se dirigían a Tom con el apelativo «sir Tom» y a mí con el de «sir Jon», lo que me hacía sentirme un poco como el John Falstaff de Shakespeare; pero aquella noche me sentía, desde luego, el rey de los emperadores. Durante todo el día, pasajeros a los que ni siquiera conocía me habían parado en los pasillos para darme las gracias o aplaudirme por el hallazgo del pingüino. Por fin tenía una idea de cómo debía de sentirse un atleta del instituto al llegar a clase después de marcar el *touchdown* que salvaba la temporada. Durante cuarenta años, me había acostumbrado a sentirme como un problema cuando me hallaba en un grupo numeroso. Convertirme en el héroe, aunque fuera por un día, era una absoluta y desconcertante novedad. Me pregunté si, con mi negativa a ser más participativo, llevaría toda la vida perdiéndome algo esencial para el ser humano.

Mi tío Walt, el veterano del Ejército del Aire, enterrado ahora en el cementerio militar de Arlington, siempre fue tremendamente sociable. Jamás dejó de mostrar una lealtad apasionada a su población natal de Chisholm, en la zona de los yacimientos de hierro de Minnesota, donde se había criado con muy poco dinero. Había sido jugador de hockey en la universidad y luego piloto de bombardero durante la Segunda Guerra Mundial, donde participó en

treinta y cinco misiones en el norte de África y el sur de Asia. Había aprendido a tocar el piano por su cuenta y podía interpretar de oído cualquier estándar de jazz; en el golf, los elementos de su swing eran eclécticos. Escribió dos libros de memorias dedicados a los muchos buenos amigos que había hecho en la vida. Era, además, un demócrata liberal casado con una rigurosa republicana. Era capaz de entablar una conversación animada prácticamente con cualquiera, y a mí no me costaba demasiado entender que mi madre imaginara que, de haber vivido con un tipo normal como Walt, en vez de con mi padre, se habría divertido muchísimo.

Una noche, en el restaurante de la urbanización del sur de Florida, tras varios cócteles, Walt me contó no sólo su historia con mi madre, sino también su historia con Fran y Gail. Tras haberse retirado del servicio activo y haber llevado con Fran la vida social propia de los oficiales en distintas bases en el extranjero, se dio cuenta de que había cometido un error al casarse con ella. No era sólo que sus padres la hubiesen malcriado: era una trepadora social implacable que odiaba sus comunes orígenes provincianos en Minnesota y renegaba de ellos en la misma medida que él los valoraba y celebraba; era insoportable.

—Me faltó carácter —explicó—. Debería haberla dejado, pero me faltó carácter.

Tuvieron a su única hija cuando Fran rondaba los treinta y cinco, y ella no tardó en obsesionarse con Gail y oponerse a mantener relaciones sexuales con Walt, lo que lo llevó a buscar consuelo fuera de casa.

—Hubo otras mujeres —me confesó—. Tuve amantes. Pero siempre dejé muy claro que era un hombre de familia y que no estaba dispuesto a abandonar a Fran. Los domingos, mis colegas y yo nos poníamos hasta las cejas de alcohol y conducíamos hasta Baltimore para ver jugar a Johnny Unitas y a los Colts.

En casa, a Fran le dio por estar cada vez más encima de Gail, su apariencia personal, sus deberes y sus trabajos de manualidades. No parecía capaz de hablar o de pensar en otra cosa que en Gail. Los cuatro años en la universidad supusieron cierto alivio para la pobre chica, pero en cuanto regresó a la Costa Este y se fue a trabajar a Williamsburg, Fran redobló sus intrusiones en la vida de su hija. Walt veía con claridad que algo andaba terriblemente mal, que Gail se estaba volviendo loca por culpa de su madre,

pero no sabía cómo escapar.

A principios de agosto de 1976, Walt estaba tan desesperado que hizo lo único que podía hacer: anunció a Fran que regresaba a Minnesota, a su querido Chisholm, y que no volvería a vivir con ella —que no soportaba ser su esposo— mientras no pusiera fin a aquella obsesión con su hija. Luego hizo la maleta, cogió el coche y se fue a Minnesota. Y ahí seguía, en Chisholm, diez días después, cuando Gail decidió ponerse al volante una noche de mal tiempo para cruzar Virginia Occidental. Según él, Gail estaba al corriente de que había decidido tomarse un tiempo alejado de su madre: se lo había contado él mismo.

Walt dejó ahí su historia y pasamos a hablar de otras cosas: de su deseo de encontrar una novia entre las residentes de la urbanización, de lo limpia que tenía la conciencia respecto de ese deseo ahora que mi madre había muerto y Fran estaba en una residencia, y de su preocupación por ser demasiado provinciano, muy poco refinado para las sofisticadas viudas de la urbanización. Me pregunté si habría omitido el colofón de su historia porque era obvio: tras un accidente en Virginia Occidental que jamás podría desvincularse de su huida a Minnesota, y después de que Fran hubiese perdido a la única persona que le importaba, quedándose atrapada para siempre en una precaria monomanía póstuma, en un mundo de dolor, a él no le había quedado otra opción que volver a su lado y, a partir de entonces, dedicar su vida a cuidar de ella.

Comprendí que la muerte de Gail no sólo había sido «trágica» en el sentido más trillado de la palabra: estaba teñida del componente paradójico e inevitable de toda tragedia auténtica, agravado por los veintitantos años que para entonces Walt había dedicado a atender a Fran y aligerado tan sólo por la ternura de su preocupación por ella. La verdad es que era un tipo estupendo. Tenía el corazón lleno de amor y se lo había entregado a su mujer destrozada, y no me conmovía sólo la tragedia, sino también la sencilla humanidad del hombre que la sufría. Me conmovía y me provocaba cierta perplejidad. Pese a que saltaba a la vista, yo me había pasado toda la vida sin ver, influido por la rigidez moral y la actitud distante característicamente suecas de la familia de mi padre, a ese tipo corriente que tenía amantes y cogía el coche para irse a Baltimore con sus colegas y aceptaba su destino con valentía. Me pregunté si mi madre habría visto en él lo que yo veía ahora,

y si lo quería por ello, como me pasaba a mí.

La tarde siguiente, un amigo de Walt, Ed, lo llamó para pedirle que acudiera a su casa con unas pinzas de arranque. Cuando llegamos, encontramos a Ed de pie en la acera junto a un coche estadounidense enorme. Parecía estar al borde de la muerte: tenía la piel de un tono amarillento terrible y se balanceaba un poco cuando estaba de pie. Dijo que había pasado un mes enfermo, pero que ya se encontraba mucho mejor. Aun así, cuando Walt conectó las pinzas al coche de Ed y le pidió que intentara arrancar el motor, éste le recordó que estaba demasiado débil para hacer girar la llave en el contacto. (Aunque sí esperaba poder conducir.) Me puse al volante. En cuanto probé a girar la llave, me di cuenta de que el coche tenía un problema mucho más grave que haberse quedado sin batería: no respondía en absoluto, y así se lo hice saber. Pero Walt no estaba satisfecho con la forma en que había conectado las pinzas, dio marcha atrás con su propio coche y desgarró un cable que fue a parar descabezado al suelo. Pese a que intenté detenerlo, Walt salió del coche y arrancó violentamente la pinza que aún estaba enganchada en la batería, y entonces le dio por enfadarse conmigo. Cuando me puse a forcejear con un destornillador para volver a colocar la pinza en el cable, no le gustó cómo lo hacía, intentó arrancármelo de las manos y me soltó un bufido.

—¡Por Dios, Jonathan! ¡Maldita sea! ¡No se hace así! ¡Dámelo, joder!

Ed, para entonces en el asiento del copiloto, iba escorándose cada vez más hacia un lado y deslizándose hacia abajo mientras Walt y yo forcejeábamos por el destornillador que yo, también enfadado, no quería soltar. Cuando se calmó y conseguí reparar el cable como él quería, volví a girar la llave en el contacto del coche de Ed. El motor siguió sin dar señales de vida.

Tras aquella primera visita, procuraba ir a Florida a ver a Walt todos los años y llamarlo cada pocos meses. Finalmente encontró novia, y era una joya. Incluso cuando empezó a quedarse sordo y a perder un poco la cabeza, yo aún podía mantener una conversación con él. Continuamos compartiendo momentos muy intensos, como cuando me dijo lo importante que era para él que algún día yo pudiese contar su historia, y le prometí que lo haría. Pero me parece que nunca estuvimos tan unidos como el día en que me gritó por las pinzas de arranque. Había algo raro en aquellos gritos: fue como si hubiera

olvidado —como si algo le hubiera hecho olvidar, quizá la mortandad manifiesta de Ed y su coche, quizá la refracción de su amor por mi madre a través de mi persona— que él y yo no teníamos una historia real juntos; no habíamos pasado más de una semana de convivencia, en total, en nuestra vida. Me había gritado como gritaría un padre a su hijo.

La californiana había hecho bien en temerle al clima, más frío de lo que yo le había hecho creer; en cambio, acerté en lo de los pingüinos. Desde la península Antártica, donde los había en cantidades impresionantes, la ruta del *Orion* nos llevaba de nuevo hacia el norte y luego muy hacia el este, a la isla San Pedro, donde su número me dejó pasmado. San Pedro es uno de los principales lugares de cría del Pingüino Rey, una especie casi tan alta como el Emperador y con un plumaje todavía más vistoso. Ver un Pingüino Rey en libertad me parecía, por sí solo, razón suficiente para haber hecho ese viaje; y no sólo eso, sino que parecía razón suficiente para haber nacido en este planeta. Lo reconozco: me encantan las aves, pero creo que un visitante de cualquier otro planeta que observara a un Pingüino Rey junto al espécimen humano más perfecto sin que su visión se viera enturbiada por la posibilidad de la atracción sexual declararía sin duda que el pingüino era la especie más hermosa. Y algo así no le pasaría tan sólo a un hipotético extraterrestre: a todo el mundo le encantan los pingüinos. Ese porte tan erguido y su gran disposición a dejarse caer boca abajo, su manera de gesticular con las aletas, que parecen brazos, los pasitos que dan al caminar o cómo corretean con atrevimiento con las carnosas patas hacen que se parezcan a los niños más que cualquier otro animal, incluidos los grandes simios.

Habiendo evolucionado, como lo han hecho, en orillas remotas, los pingüinos de la Antártida tienen además la peculiaridad de ser el único animal que no nos teme. En cuanto me senté en el suelo, los Pingüinos Rey se me acercaron tanto que podría haberles acariciado las plumas, brillantes y con aspecto de pelo. Su plumaje tiene unas líneas tan extraordinariamente definidas y unos colores tan intensos que normalmente uno tan sólo podría conocer algo así bajo el efecto de las drogas. Las colonias de Pingüinos Papúa y Barbijo no nos habían ofrecido sitios fantásticos donde sentarnos debido a los excrementos. En cambio, los Pingüinos Rey, tal como lo expresó uno de los naturalistas de la Lindblad, eran más pulcros. En la bahía de San

Andrés, en isla San Pedro, donde habría apiñados medio millón de Pingüinos Rey adultos con sus polluelos como de peluche, sólo me llegaba el olor a mar y a aire de montaña.

Aunque cada especie de pingüino tiene su encanto (el penacho del Pingüino de Macarrones, al estilo de las estrellas del glam-rock; los saltitos con las patas juntas que da el Saltarrocas Septentrional para subir o bajar pacientemente por una cuesta empinada), mi preferido entre todos era el Pingüino Rey. Combinaba un insuperable esplendor estético con la energía y la atención de los niños durante el juego. Tras surcar las aguas como delfines hasta llegar a la orilla, los Pingüinos Rey salían de las olas como proyectiles, agitando las aletas extendidas como si de repente el agua se hubiera vuelto demasiado fría para ellos; o un ejemplar solitario se quedaba de pie en la orilla y contemplaba el mar largo rato, tanto que uno se preguntaba qué pensamientos le pasarían por la cabeza; o un par de machos jóvenes, tambaleándose con excitación tras una hembra indecisa, se detenían a comprobar cuál de los dos retorció el cuello de manera más impresionante o a aporrearse inútilmente con las aletas. Tenían unos picos afiladísimos, pero se dedicaban a darse sopapos con unas aletas de lo más ineficaces.

En San Andrés, la actividad tenía lugar sobre todo en los alrededores de la colonia. Como había tantas aves incubando huevos o mudando el plumaje, la colonia en sí parecía sorprendentemente pacífica. Contemplarla desde arriba me hizo pensar en la vista de Los Ángeles desde Griffith Park a primera hora de la mañana de un fin de semana: era una megalópolis soñolienta de pingüinos honestos. Patrullando las calles se hallaban los Picovainas de las Malvinas, unas extrañas aves blancas como la nieve con cuerpo de paloma y hábitos de buitre. Incluso el sonido asombroso de los Pingüinos Rey (un bramido festivo, cada vez más agudo, que recordaba un poco al de una gaita, un poco al de un matasuegras y también al «ladrido» que emite el motor de ciertos aviones, pero que desde luego no se parecía a nada que hubiera oído sobre la faz de la tierra) tenía un efecto tranquilizador cuando lo hacían miles de pingüinos distantes a la vez.

En el siglo XX, los seres humanos hicieron un favor a los pingüinos al aniquilar a muchas ballenas y focas con las que éstos competían por el alimento. Las poblaciones de pingüinos aumentaron, y en los últimos tiempos la isla San Pedro se ha convertido en un lugar todavía más acogedor para



ellos porque el rápido retroceso de los glaciares está dejando al descubierto tierra adecuada para anidar. Pero es bien posible que la humanidad deje muy pronto de beneficiar a los pingüinos: si el cambio climático continúa acidificando los mares, el agua alcanzará un pH con el que los invertebrados marinos no podrán desarrollar sus conchas; uno de esos invertebrados, el kril o camarón antártico, es un ingrediente básico en la dieta de muchas especies de pingüinos. El cambio climático también está fundiendo rápidamente el hielo que rodea la península Antártica, que proporciona una plataforma para las algas con las que se alimentan los camarones en invierno y que, además, los ha protegido de una explotación comercial a gran escala. Es posible que no tarden en llegar de China, Noruega y Corea del Sur buques factoría del tamaño de petroleros a arrasarlo con el alimento del que dependen no sólo los pingüinos, sino también muchas ballenas y focas.

Los camarones antárticos son crustáceos del tamaño y el color de un meñique. Hacer una estimación de la cantidad total que hay de ellos en la Antártida es complicado, pero una cifra que se cita con frecuencia, la de quinientos millones de toneladas métricas, podría convertir a la especie en el mayor depósito mundial de biomasa animal. Por desgracia para los pingüinos, muchos países consideran buen alimento el kril, tanto para los humanos (según dicen, uno puede acostumbrarse al sabor) como en particular para peces de piscifactoría y ganado. Actualmente, la pesca anual de kril de la que tenemos constancia asciende a menos de medio millón de toneladas, con Noruega a la cabeza de la lista de recolectores; sin embargo, China ha anunciado su intención de aumentar su cosecha hasta dos millones de toneladas al año y ha empezado a construir los barcos necesarios para ello. Como ha explicado el presidente del Grupo Nacional para el Desarrollo Agrícola chino: «El kril proporciona proteína de muy buena calidad que puede procesarse para obtener alimento y medicinas. La Antártida es una verdadera mina para todos los seres humanos y China debería acudir allí a tomar la parte que le corresponde.»

El ecosistema marino de la Antártida es, en efecto, el más rico del mundo; es asimismo el único que permanece prácticamente intacto. Su uso comercial lo monitoriza y regula, al menos en teoría, la Comisión para la Conservación de los Recursos Marinos Vivos de la Antártida. Pero cualquiera de los veinticinco miembros de la comisión puede vetar las decisiones que ésta

tome, y uno de ellos, China, se ha resistido históricamente a la designación de grandes zonas marinas protegidas. Otro miembro, Rusia, de un tiempo a esta parte se ha vuelto abiertamente intransigente, no sólo por vetar el establecimiento de nuevas zonas protegidas, sino también por cuestionar la mismísima autoridad de la comisión para establecerlas. Por tanto, el futuro del kril, y con él el de muchas especies de pingüinos, depende de incertidumbres multiplicadas por incertidumbres: de cuánto kril haya en realidad, de la capacidad que pueda tener para resistir el cambio climático, de si puede recolectarse la cantidad que sea sin matar de hambre a otra fauna, de si dicha recolección puede regularse siquiera y de si la cooperación internacional en la Antártida podrá aguantar nuevos conflictos geopolíticos. De lo que no hay ninguna incertidumbre es de que la temperatura global, la población global y la demanda global de proteína animal aumentan con rapidez.

Las comidas en el *Orion* me recordaban inevitablemente al sanatorio de *La montaña mágica*: las prisas por llegar al comedor tres veces al día, el hermético aislamiento del mundo, los rostros inalterables en las mesas. En lugar de a Frau Stöhr sugiriendo tocar la «Erótica» de Beethoven teníamos al partidario de Donald Trump y a su esposa; luego estaba la risueña pareja de alcohólicos y la reumatóloga holandesa con su segundo marido también reumatólogo, su hija reumatóloga y el novio reumatólogo de esta última. Había dos parejas que siempre que se cargaban los botes neumáticos se las apañaban para ponerse en primera línea y un hombre que, con un permiso especial, había embarcado consigo un equipo de radioaficionado y se pasaba las vacaciones en la biblioteca del barco tratando de establecer contacto con otros aficionados como él. Y finalmente estaban los australianos, que en general no se mezclaban con los demás.

Durante las comidas, charlaba con la gente para preguntarles por qué habían decidido viajar a la Antártida. Me enteré de que muchos eran sencillamente adeptos de la Lindblad: algunos habían oído decir, mientras se hallaban en una expedición Lindblad distinta, que una Lindblad a la Antártida era la mejor de las Lindblad, acaso con la excepción de una Lindblad al mar de Cortés. Una pareja que me caía muy bien, formada por un médico y una enfermera llamados Bob y Gigi, había acudido a celebrar su vigesimoquinto

aniversario con un año de retraso. Otro hombre, un químico retirado, me contó que se había decidido por la Antártida porque ya no le quedaban más sitios nuevos por ver. Me alegré de que nadie mencionara lo de ver la Antártida antes de que se fundiese. Lo que me sorprendió fue que, durante la práctica totalidad del viaje, ni un solo miembro del personal ni del pasaje llegó a pronunciar siquiera las palabras «cambio climático» en mi presencia.

Cierto, me estaba saltando muchas de las conferencias a bordo. Para demostrarme que era un observador de aves de lo más acérrimo, tenía que estar en la cubierta panorámica. El observador de aves acérrimo se pasa el día entero en pie bajo el viento cortante y las salpicaduras del mar, con la vista clavada en la niebla o en la deslumbradora luz del sol con la esperanza de vislumbrar algo fuera de lo corriente. Incluso cuando tu intuición te dice que ahí fuera no hay nada, la única manera de saberlo con certeza es dedicarle horas y examinar cada puntito en el horizonte que pueda ser un pájaro, cada Prión Antártico (¡podría ser un rarísimo y entusiasmante Prión Piquicorto!) que vuele fugaz entre unas olas de colores tan exactos a los suyos, cada Albatros Viajero (¡podría ser un Albatros Real Septentrional!) que esté dudando si vale la pena seguir la estela del barco. Observar el océano es a veces mareante, a menudo congelante y casi siempre agotador de tan aburrido. Después de haber acumulado treinta horas haciéndolo para avistar una sola ave marina digna de mención, un Petrel de las Kerguelen, decidí tranquilizarme y me entregué a una compulsión más sociable: jugar al *bridge*.

Las otras tres jugadoras, Diana, Nancy y Jacq, procedían de Seattle y pertenecían a un club literario que contaba con varios miembros más en el barco. Al igual que Chris y Ada, se convirtieron en mis amigas. En una de las primeras manos que jugamos hice un descarte estúpido y Diana, una formidable abogada especialista en quiebras, se rió de mí.

—Qué jugada tan horrible —soltó.

Me cayó bien justamente por haberme hablado de ese modo: me gustaba que se dijeran groserías en la mesa. Cuando mi pareja de juego, Nancy, que era propietaria de un concesionario de carretillas elevadoras, jugaba su primer contrato a seis del viaje y yo le señalé que las bazas restantes eran suyas, me espetó:

—Déjame jugar todas las cartas, capullo.

Según ella, me lo había dicho con afecto. La tercera jugadora, Jacq,

también abogada, me contó que había escrito una obra de teatro sobre una cena de Acción de Gracias a la que había asistido en casa de Diana, en el transcurso de la cual el marido enfermo de ésta había muerto en la cama que habían instalado en la sala de estar. Jacq, por su parte, era el único miembro del pasaje al que le había visto un tatuaje. Al igual que en *La montaña mágica*, los primeros días de la expedición fueron largos y memorables y los últimos más bien una masa borrosa en plena aceleración. En cuanto hube disfrutado de un gratificante encuentro con unas Bisbitas de las Georgias del Sur (eran preciosas y muy confiadas), perdí el interés en visitar estaciones balleneras abandonadas. Incluso en la voz de Doug, en nuestro quinto día en la isla San Pedro, fue perceptible cierto cansancio cuando nos dijo:

—Bueno, creo que haremos otra salida en kayak.

Me recordó a Vladimir y Estragón cuando deciden, bastante hacia el final de *Esperando a Godot* y tras haber agotado cualquier otra distracción imaginable, «hacer el árbol».

Hacia el final de la última jornada del viaje, que había pasado en su mayor parte en la mesa de *bridge* mientras centenares de aves marinas potencialmente interesantes describían círculos ahí fuera, bajé al salón a escuchar una conferencia sobre el cambio climático. La impartía el australiano del dron, que se llamaba Adam, y asistieron menos de la mitad de los pasajeros. Me pregunté por qué la compañía habría dejado una conferencia tan importante para el último día. La explicación más caritativa era que la Lindblad, que se enorgullece de su conciencia medioambiental, nos quería mandar a casa enardecidos para que contribuyéramos más decididamente a proteger el esplendor natural del que habíamos disfrutado.

La petición inicial de Adam sugirió otras explicaciones.

—Las tarjetas de comentarios de los pasajeros no son el sitio ideal para expresar sus creencias sobre el cambio climático —nos dijo soltando una risita nerviosa—: no maten al mensajero.

Procedió entonces a preguntar cuántos de nosotros creíamos que el clima de la Tierra estaba cambiando. Todos los presentes en el salón levantaron la mano. Y ¿cuántos creíamos que lo estaba provocando la actividad humana? Una vez más se alzaron casi todas las manos, pero no la del partidario de Donald Trump ni la del radioaficionado. Desde el fondo del salón nos llegó la voz de viejo cascarrabias de Chris.

—¿Qué me dice de la gente que piensa que la cuestión no es creerlo o no?

—Excelente pregunta —contestó Adam.

Su conferencia era una especie de apasionada repetición de *Una verdad incómoda*, incluido el famoso gráfico del «palo de hockey» con el aumento de las temperaturas y el famoso mapa de Estados Unidos sin Florida, perdida como consecuencia de la elevación del nivel del mar. Pero la imagen que nos pintaba Adam era más sombría incluso que la de Al Gore, porque el planeta se está calentando mucho más deprisa de lo que hasta los más pesimistas daban por hecho diez años atrás. Adam mencionó la carrera de trineos Iditarod, que en su última edición se había iniciado sin nieve, el invierno horriblemente caluroso que estaba sufriendo Alaska, la posibilidad de un Polo Norte sin hielo en el verano de 2020. Según señaló, mientras que hace diez años se sabía que se estaban reduciendo el ochenta y siete por ciento de los glaciares de la Antártida, esa cifra parecía ser ahora del cien por cien. Pero su comentario más cenizo fue que los científicos expertos en el clima, siendo, como son, científicos, se ven obligados a ceñirse a hacer afirmaciones con un alto grado de probabilidad estadística. Cuando esbozan futuros escenarios climáticos y predicen el aumento de la temperatura global, tienen que hacer una estimación de temperatura a la baja, una a la que se llegue en el noventa y tantos por ciento de los casos, y no la que se alcanza en el escenario promedio. Y así, la científica que predice con seguridad un calentamiento de cinco grados Celsius para finales de siglo, bien podría decirte en privado, delante de unas cervezas, que en realidad espera que el aumento sea de nueve grados.

Cuando pienso en esta posibilidad, siento mucha tristeza por los pingüinos. Pero entonces, como ocurre tan a menudo en los debates sobre el cambio climático cuando se deja de hablar de diagnósticos y se pasa a discutir los remedios, las sombras adquirieron el tono aún más oscuro del humor negro. Sentados en el salón de un barco que consumía doce o catorce litros de combustible por minuto, escuchábamos a Adam ensalzar las virtudes de comprar en mercadillos agrícolas y de cambiar las bombillas incandescentes por bombillas tipo LED. También sugirió que la educación universal de las mujeres haría descender la tasa de natalidad global y que librar al mundo de las guerras liberaría el dinero suficiente para adaptar la economía global a las energías renovables. Adam pidió entonces que

hiciéramos preguntas o comentarios. Los escépticos del cambio climático no tenían interés en discutir, pero un creyente se puso en pie para decir que administraba un montón de propiedades inmobiliarias y que se había fijado en que los inquilinos con subvenciones federales siempre tenían las casas demasiado calientes en invierno y demasiado frescas en verano, puesto que no pagaban por los servicios. En su opinión, hacerles pagar sería una forma de combatir el cambio climático, a lo que una mujer respondió en voz baja:

—Yo diría que los megarricos derrochan mucho más que la gente de las viviendas subvencionadas.

Después de eso, el debate llegó a su fin rápidamente: todos teníamos que hacer las maletas.

A las seis en punto, el salón volvió a llenarse, esta vez hasta los topes, para el clímax de la expedición: una proyección de diapositivas a la que se había invitado a contribuir a los pasajeros con tres o cuatro de sus mejores instantáneas. El profesor de fotografía que la presentaba se disculpó de antemano por si a alguien no le gustaban las canciones que había elegido como banda sonora. La música (*Here Comes the Sun, Build Me Up, Buttercup...*) no ayudaba, desde luego, pero el espectáculo en general era desalentador. Había esa sensación de menoscabo que siempre me produce nuestra cultura visual: por muy bien que consigas diseccionar la vida para meterla en una secuencia de fotografías, por muy poco espaciadas en el tiempo que estén las imágenes, lo que esas secuencias siempre acaban por transmitirme con mayor intensidad es todo lo que queda excluido de ellas. También era tristemente evidente que las tres semanas de formación con National Geographic no habían bastado para alcanzar la frescura de las imágenes que caracterizan a National Geographic: el efecto de las fotografías de los expedicionarios en su conjunto era un regusto a ilusión sin contraparte real. El pase de diapositivas pretendía haber captado una aventura que habíamos vivido en grupo, como Shackleton y sus hombres, pero no habíamos experimentado un largo invierno antártico ni pasado meses compartiendo carne de foca. La relación vertical entre la Lindblad y sus clientes había sido demasiado insistente para fomentar que se fraguaran vínculos horizontales. Así pues, el pase de diapositivas parecía un anuncio de la Lindblad hecho por aficionados. Su ilusorio contexto estropeaba incluso las imágenes que deberían haberme importado, en el sentido en que cualquier

fotografía de un aficionado es importante: porque deja constancia del rostro de lo que amamos. Cuando mi hermano me enseñó en privado una fotografía que había tomado de Chris y Ada sentados en un bote neumático (Chris fracasando en su intento de mantener un rostro de insatisfacción absoluta, Ada sonriendo abiertamente), me recordó la felicidad que había sentido al encontrarme con ellos en el barco. Aquella imagen estaba llena de significado... para mí: súbanla a la página web de la Lindblad y su sentido se vendrá abajo; quedará convertida en anuncio.

Bueno, y ¿qué sentido había tenido viajar a la Antártida? Resultó que, para mí, había tenido sentido experimentar el contacto con los pingüinos, quedar anonadado por el paisaje, hacer unos cuantos amigos nuevos, añadir treinta y una especies de aves a mi lista de avistamientos y honrar la memoria de mi tío. ¿Bastaba para justificar el dinero gastado y el dióxido de carbono consumido? Díganmelo ustedes. En todo caso, el pase de diapositivas me prestó un servicio sin querer al llamar mi atención sobre todos los minutos que, sin haberlos fotografiado, había pasado, vivo, en el viaje: ¡cuánto mejor era estar congelado y aburrido de tanto contemplar el mar que estar muerto! Otro servicio que guardaba relación con el anterior se reveló a la mañana siguiente, cuando el *Orion* atracó en Ushuaia y Tom y yo quedamos libres para vagar por las calles a nuestro aire. Descubrí que tres semanas a bordo del *Orion*, viendo las mismas caras todos los días, me habían vuelto intensamente receptivo a cualquier rostro que no hubiera estado en él, en particular a los más jóvenes: tenía ganas de abrazar a cada joven argentino que veía.

Es cierto que lo más eficaz que podemos hacer la mayoría de los seres humanos, no sólo para combatir el cambio climático, sino para preservar la biodiversidad del mundo, es no tener hijos. Quizá también sea cierto que nada puede impedir la lógica de las prioridades humanas: si la gente quiere carne y hay kril disponible, se apoderará de ese kril. Incluso puede que sea cierto que los pingüinos, que tanto nos recuerdan a los niños, sean el puente más prometedor hacia una mentalidad nueva, más atenta a las especies que la lógica humana ha puesto en peligro: también ellos son nuestros niños; también ellos merecen nuestros cuidados.

Y sin embargo, imaginar un mundo sin gente joven es como imaginarse viviendo para siempre en un barco de la Lindblad. Mi madrina había llevado una vida así después de morir su única hija. Recuerdo la sonrisa medio

demente con la que me confió una vez el valor en dólares de su vajilla de porcelana de Wedgwood. Pero Fran ya estaba chiflada incluso antes de que Gail muriera: se había obsesionado con una réplica biológica de sí misma. La vida es precaria, y uno puede aplastarla aferrándose a ella con demasiada fuerza o amarla como lo hacía mi padrino. Walt perdió a su hija, a sus camaradas de guerra, a su esposa, a mi madre, pero nunca dejó de improvisar. Lo recuerdo sentado a un piano en el sur de Florida, esbozando su amplia sonrisa mientras aporreaba las teclas y entonaba viejas melodías de teatro musical para que las viudas de su urbanización pudieran bailar. Incluso en un mundo de moribundos, continúan naciendo nuevos amores.



## XING PED<sup>12</sup>

Nos dicen que, como especie, los humanos estamos programados para mirar a corto plazo, para no contar con un futuro que, de todos modos, podría no llegar nunca; sin duda, así es como piensan los ingenieros que diseñan las señales de tráfico pintadas en las calles de las ciudades. Por lo visto, dan por hecho que conduces con los ojos fijos en un punto que queda justo delante del morro de tu vehículo. Se supone que vas diciendo: «Anda, ahí va un PED... Y ahora, ¡jala!, por ahí llega un XING» (que suena a chino, pero no lo es), y luego... En fin, ahí la cosa ya se vuelve un poco incoherente porque, si estás siempre mirando tan cerca, ¿cómo se supone que vas a ver al peatón que empieza a cruzar la calle? Es muy extraño. Cuando aprendes a conducir te dicen que mires siempre más allá, pero si ves una señal a lo lejos y la lees de arriba abajo, como si se tratara de un texto normal y corriente, lo más lógico es que leas CEDA EL PASO, AUTOBÚS, cuando el autobús que se suma con furia al tráfico espera que seas *tú* quien ceda el paso. Sólo un mal conductor sabe que ha de ceder el paso al autobús por haberlo leído en una señal de la calzada. El caso es que, para sobrevivir en un mundo moderno en el que no sólo la señalización del tráfico, sino también el sistema político y económico reinante, premian la miopía, aprendemos a pensar (o a no pensar) como malos conductores. Cedemos el paso al autobús. Cogemos el vaso de cartón, nos bebemos su contenido, tiramos el vaso. En Estados Unidos, cada minuto se tiran treinta mil vasos de cartón. Lejos de allí, al otro lado de la línea del ecuador, la selva tropical atlántica del Brasil ha sido arrasada para instalar vastas plantaciones de eucaliptos que surten de pulpa a las fábricas del mundo, pero eso queda más allá del morro de tu vehículo: tienes que llegar a sitios que quedan mucho más cerca. Bastante complicada es ya tu vida sin cargar todo el día con un vaso reutilizable a cuestas. Y aunque

cargaras con él, sabes que vives en un mundo pensado para los malos conductores: ¿qué va a cambiar por los 0,00015 vasos desechables de Starbucks que tiras tú cada minuto? ¿Qué va a cambiar por culpa de la contribución infinitesimal de las emisiones de tu vehículo a la aceleración de la llegada de un futuro no tan distante y prácticamente inhabitable? Los seres humanos son seres humanos y la programación es la programación. Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.

# LISTA DE AVES

Abanico Maorí (*Rhipidura fuliginosa*)  
Abejaruco Carmesí (*Merops nubicoides*)  
Abubilla común (*Upupa epops*)  
Aguja Colipinta (*Limosa lapponica*)  
Águila Calva (*Haliaeetus leucocephalus*)  
Albatros de las Chatham (*Thalassarche eremita*)  
Albatros de Tristán de Acuña (*Diomedea dabbenena*)  
Albatros Real Septentrional (*Diomedea sanfordi*)  
Albatros Viajero (*Diomedea exulans*)  
Alca Unicórnea (*Cerorhinca monocerata*)  
Alcaudón Dorsirrojo (*Lanius collurio*)  
Alondra Aplaudidora Canela (*Mirafra rufocinnamomea*)  
Amazona de Santa Lucía (*Amazona versicolor*)  
Anambé Jamaicano (*Pachyramphus niger*)  
Arao Común (*Uria aalge*)  
Arao de Brünnich (*Uria lomvia*)  
Aura Gallipavo (*Cathartes aura*)  
Avutarda Hubara (*Chlamydotis undulata*)  
Avutarda Kori (*Ardeotis kori*)  
Azor común (*Accipiter gentilis*)  
Azulillo Sietecolores (*Passerina ciris*)

Barrancolí Jamaicano (*Todus todus*)  
Baza Africano (*Aviceda cuculoides*)

Bisbita de las Georgias del Sur (*Anthus antarcticus*)  
Búho Jamaicano (*Pseudoscops grammicus*)  
Buitre Orejudo (*Torgos tracheliotos*)

Cálaho Bicornes (*Bucerus bicornis*)  
Cálaho Terrestre (*Bucorvus leadbeateri*)  
Caracolero Común (*Rostrhamus sociabilis*)  
Carraca Lila (*Coracias caudatus*)  
Charlatán Canoro (*Garrulax canorus*)  
Chorlito Chico (*Charadrius dubius*)  
Chorlito Egipto (*Pluvianus aegyptius*)  
Chotacabras Portaestandarte (*Caprimulgus longipennis*)  
Cisne Chico (*Cygnus columbianus*)  
Cisticola Buitrón (*Cisticola juncidis*)  
Cisticola de Hunter (*Cisticola hunteri*)  
Cocobino Gris (*Cinlocerthia gutturalis*)  
Colibrí Gorjirrubí (*Archilochus colubris*)  
Colibrí Picoespada (*Ensifera ensifera*)  
Colibrí Zunzuncito (*Mellisuga helenae*)  
Collalba (*Oenanthe sp.*)  
Copetón Jamaicano (*Myarchus barbirostris*)  
Correlimos Gordo (*Calidris canutus*)  
Cuco Lagartero Jamaicano (*Coccyzus vetula*)  
Cuco Picogordo de Jamaica (*Coccyzus pluvialis*)  
Cuervo Jamaicano (*Corvus jamaicensis*)  
Cuitlacoche Pechiblanco (*Ramphocinclus brachyurus*)  
Curruca Capirotada (*Sylvia atricapilla*)

Fiofío Caribeño (*Elaenia martinica*)

Gaviota Garuma (*Larus modestus*)  
Gaviota Occidental (*Larus occidentalis*)  
Gerigón Piquicorto (*Smicrornis brevirostris*)

Guácharo (*Steatornis caripensis*)

Halcón Peregrino (*Falco peregrinus*)

Halcón Sacre (*Falco cherrug*)

Junquero (*Phleocryptes melanops*)

Lavandera Boyera (*Motacilla flava*)

Lori Arcoíris (*Trichoglossus moluccanus*)

Mango Jamaicano (*Anthracothorax mango*)

Marabú Africano (*Leptoptilos crumenifer*)

Mérgulo Californiano Aliblanco (*Synthliboramphus scrippsi*)

Mérgulo Sombrío (*Ptychoramphus aleuticus*)

Mirlo Acuático (*Cinclus cinclus*)

Mosquitero común (*Phylloscopus collybita*)

Mosquitero Silbador (*Phylloscopus sibilatrix*)

Obispo Colilargo (*Euplectes progne*)

Oropéndola Europea (*Oriolus oriolus*)

Paloma de las Chatham (*Hemiphaga chatamensis*)

Paloma Perdiz Jamaicana (*Geotrygon versicolor*)

Paíño Ceniciento (*Hydrobates homochroa*)

Paíño (o Petrel) de Wilson (*Oceanites oceanicus*)

Papamoscas Acollarado (*Ficedula albicollis*)

Papamoscas Gris (*Muscicapa striata*)

Pardela Sombría (*Ardenna grisea*)

Pelícano Ceñudo (*Pelecanus crispus*)

Petrel de las Chatham (*Pterodroma auxiliaris*)

Petrel de las Kerguelen (*Aphrodroma brevirostris*)

Petrel de Schlegel (*Pterodroma incerta*)

Petrel Taiko (*Pterodroma magentae*)

Picovaina de las Malvinas (*Chionis albus*)  
Pingüino Barbijo (*Pygoscelis antarcticus*)  
Pingüino de Adelia (*Pygoscelis adeliae*)  
Pingüino de Macarrones (*Eudyptes chrysolophus*)  
Pingüino Emperador (*Aptenodytes forsteri*)  
Pingüino Papúa (*Pygoscelis papua*)  
Pingüino Rey (*Aptenodytes patagonicus*)  
Pingüino Saltarrocas Septentrional (*Eudyptes moseleyi*)  
Pito Lúgubre (*Dendropicos lugubris*)  
Prión Antártico (*Pachyptila desolata*)  
Prión Piquicorto (*Pachyptila turtur*)  
Prionopo Crestigrís (*Prionops poliolophus*)

Rabihorcado Magnífico (*Fregata magnificens*)  
Reinita Cerúlea (*Setophaga cerulea*)  
Reinita de Santa Lucía (*Dendroica delicata*)  
Reinita Jamaicana (*Setophaga pharetra*)  
Reinita Plañidera (*Geothlypis philadelphia*)

Secretario (*Sagittarius serpentarius*)  
Semillero Azulillo (*Euneornis campestris*)  
Semillero de Santa Lucía (*Melanospiza richardsoni*)  
Suimanga de Gould (*Aethopyga gouldiae*)

Tangara Velia (*Tangara velia*)  
Toco Negro Occidental (*Tockus artlaubi*)  
Tórtola Senegalesa (*Spilopelia senegalensis*)  
Turpial de Santa Lucía (*Icterus laudabilis*)

Urraca Hermosa (*Cyanocorax formosus*)

Zanate Jamaicano (*Nesopsar nigerrimus*)

# NOTAS

<sup>1</sup> En adelante, sigo el criterio, común entre ornitólogos, de utilizar mayúsculas cuando me refiero a las aves en función de su especie (y no cuando se trata de nombres genéricos o de familia). Muchos pájaros carpinteros podrían ser descritos como lúgubres, pero sólo hay una especie llamada Pito Lúgubre. (*Salvo allí donde se indique, todas las notas son del autor.*)

<sup>2</sup> *Las correcciones.* (N. del e.)

<sup>3</sup> Ésta es una de las frases que he añadido a la versión original de este artículo, publicado en *The New Yorker* con el título «Carbon Capture» [Captura del carbono], en aras de una mayor claridad y precisión.

<sup>4</sup> Poco después de mi visita, su marido vendió la escopeta. Al cabo de dos años, tras la publicación de este artículo en *National Geographic* con fotografías de David Guttenfelder, el gobierno albanés instituyó una veda de dos años en todo el país. Desde entonces, ésta se ha renovado por otros cinco años. De todos modos, imponer esa prohibición sigue siendo un problema.

<sup>5</sup> En efecto, Morsi fue derrocado en julio de 2013 y está en prisión desde entonces.

<sup>6</sup> El Copetón Jamaicano (*Myarchus barbirostris*) se llama en inglés *Sad Flycatcher*, que significa literalmente ‘papamoscas triste’. (N. del t.)

<sup>7</sup> *Crow* quiere decir ‘cuervo’. (N. del t.)

<sup>8</sup> *White-breasted Thrashers*. *To thrash*, en inglés, significa ‘dar una paliza, azotar, aplastar o destrozar a alguien’. *Thrasher*, como adjetivo, denota forzosamente alguien enérgico. (N. del t.)

<sup>9</sup> En inglés, el Cocobino Gris se llama *Gray Trembler*, ‘tembleque gris’. (N. del t.)

<sup>10</sup> El corolario de esa ley dice: «Pero sólo los avistarás cuando vuelvas, empapado en sudor, de una larga caminata.»

<sup>11</sup> Se refiere a la Liberty Bell, o campana de la libertad, forjada en 1751 para la torre del edificio de la asamblea estatal de Pensilvania. Cuando la fueron a tañer por primera vez, se rajó. Hoy en día se exhibe, convertida en símbolo, en el edificio llamado Independence Hall, en Filadelfia. (N. del t.)

<sup>12</sup> En Estados Unidos, la señal de tráfico con la leyenda PED XING (doble abreviatura de «Pedestrians crossing», donde la x, por su forma de cruz, sustituye a la palabra *cross*) advierte al conductor de la posibilidad de que algún peatón cruce la carretera. (N. del t.)





*Nzofrenick*

*"La lectura hace al hombre completo;  
la conversación lo hace ágil,  
el escribir lo hace preciso".*

*Francis Bacon*

